Sophie Saint Rose

Serie Texas



Amor por destino 2

Amor por destino 2

Sophie Saint Rose

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Capítulo 1

Jenny bajó de su ranchera y dio un portazo. Gimió cuando la manilla cayó al suelo y resignada se agachó para recogerla. —Estupendo —siseó intentando colocarla de nuevo, pero al parecer esa vez no había suerte y algo se había salido de su sitio. La tiró a través de la ventanilla abierta y suspirando se pasó el dorso de la mano por la frente apartando un mechón rubio platino. Hacía un calor espantoso—. Mierda de día. —A través de las ventanillas sus ojos azules vieron el rostro de Bob Bentley en la acera y se le cortó el aliento agachándose de golpe. Gimió al ver sus zapatillas desgastadas. Estaba hecha una pena, así que agachada fue hasta el final de la camioneta intentando que no la viera. Su risa le llamó la atención y se incorporó poco a poco para ver como hablaba con una morena guapísima que reconoció enseguida porque había ido con ella al instituto. Gruñó porque Alison Reidy era muy simpática y agradable. Además su padre era el dueño del concesionario y tenía dinero. Sería una buena novia para Bob, que era el hermano del dueño del rancho más grande del condado. Desde allí vio como le guiñaba un ojo antes de alejarse y como ella se le quedaba mirando antes de suspirar. Estaba loca por él y no era para menos porque no solo era guapo, era un buen hombre y siempre estaba dispuesto a echar una mano. Muchos le llamaban oso porque era enorme. Media uno noventa y gracias a su trabajo con el ganado tenía buenos músculos. Más de uno se había arrepentido de meterse con los Bentley después de enfrentarse a Bob o a su hermano Marc. Eran los dueños de la zona y hasta que su hermano se había casado hacía unos meses con su mejor amiga, eran los solteros más cotizados por cualquier fémina a cien kilómetros a la redonda. Suspiró recordando sus ojos grises y su

sonrisa socarrona cuando alguien carraspeó tras ella sobresaltándola.

Se volvió de golpe para ver ante ella a su mejor amiga acariciando su voluminoso vientre de siete meses. Megan divertida levantó sus cejas pelirrojas sin quitarle sus preciosos ojos verdes de encima. —¿Qué haces?

—Oh… Nada. —Se incorporó. —Es que le he hecho otro rayón a la camioneta.

Su amiga vio su machacado vehículo que tenía rayones por todos lados e incluso un abollón en la defensa. —Si quieres…

—Ni se te ocurra decirlo, Megan. Ya has hecho bastante.

—Puedo hacer mucho más y lo sabes.

—¿Cómo está Marc? —preguntó para que cambiara de tema.

—Está bien. Algo nervioso con la llegada de nuestro primer retoño. Ya no me deja salir de casa sola por si tengo un frenazo y mi barriga choca contra el volante. Me ha traído Bob. —Sonrió maliciosa. —¿Le has visto?

—¿Yo? No —dijo haciéndose la tonta—. Bueno, me voy a comprar que necesito… —Pensó rápidamente. —Compresas.

—Creo que he llegado en mal momento a esta conversación. —Jenny gimió por lo bajo y se volvió para encontrarse a Bob tras ella con una sonrisa en el rostro. —Hola, Jenny…

Su voz la estremeció de arriba abajo y sonrojada susurró —Hola, Bob.

Él se apartó el sombrero texano de la frente mostrando el principio de su cabello negro. —¿Qué tal? ¿Cómo van las cosas por el rancho?

—Muy bien, desde que Megan se encarga van muy bien, gracias.

—Yo no me encargo. Solo te he prestado a cinco de mis chicos.

Jenny chasqueó la lengua. —Miente como una bellaca. Está todo el día diciéndome lo que tengo que hacer.

Su amiga jadeó mientras Bob sonreía aún más. —¿Y qué tal tu padre?

Hablar de él la avergonzaba un poco. —Mucho mejor, gracias. Si todo va bien en un mes podrá venir los fines de semana.

—Eso es estupendo —dijo Megan alegrándose por ella.

—Me han llamado esta mañana, por eso no te lo había dicho. —Sonrió mirando a su amiga. —Y sé que te alegras. Gracias.

—Mucho, me alegro mucho por ti.

Jenny sonrió mirando de reojo a Bob y se hizo un silencio que le resultó muy incómodo. —Bueno, debo irme. Tengo algo de prisa.

—¿Por qué no vienes a cenar esta noche al rancho? —preguntó su amiga tan amable como siempre para que no se sintiera sola en su casa—. Así te enseñaré lo que me ha comprado Alice. Está como loca con el nacimiento de su primera biznieta.

—Oh, me encantaría, pero esta noche no puedo. Te llamo, ¿vale? —dijo antes de salir casi corriendo.

Megan confundida la vio alejarse. —Qué raro. ¿Qué puede tener que hacer?

—Desde que regresó de la universidad para cuidar a su padre está muy rara. Y conmigo ni te cuento.

Como si fuera tonta miró a su cuñado interrogante. —¿Y eso por qué?

—No tengo ni idea —dijo molesto—. Pero es verme y parece que le ha comido la lengua el gato. Debo caerle mal o algo. Ni idea —dijo como si le importara poco. La miró de arriba abajo—. ¿No has comprado nada?

—Está en la camioneta.

—Megan, como Marc se entere de que has cargado pesos, me rompe las piernas.

—Por eso no se lo vas a contar. Sobre Jenny…

—Bah, igual son imaginaciones mías. Cuando su padre se emborrachaba todos los días se volvió rara con todo el mundo. ¿Nos vamos? Tengo mil cosas que hacer en el rancho.

Preocupada caminó a su lado hasta su camioneta negra y su cuñado le abrió la puerta como todo un caballero. —No es rara. Pasó un mal momento —dijo subiéndose y poniéndose cómoda.

Bob chasqueó la lengua cerrando la puerta. Cuando se sentó a su lado y arrancó el motor ella preguntó —¿Por qué piensas que es rara?

—Mira, antes de irse a Nueva York no es que la conociera mucho, era una cría. La veía contigo de vez en cuando y nunca fue de hablar demasiado, ¿pero después de que muriera su madre y tuviera que regresar de la universidad por el alcoholismo de su padre…? Ya no abría la boca. Y no es lo que opino yo. Mucha gente piensa que es algo rara.

Megan jadeó llevándose la mano al pecho. —No puede ser. Pero si es un amor. Intentó cuidar al señor Parker y abandonó una carrera que le apasionaba…

—Pues será un amor contigo y con su padre, pero con los demás es hosca y muy seca.

—¿De veras?

—La última vez que hablé con ella fue poco después de tu boda. Una mañana me la encontré en el banco. Coincidí tras ella en la cola. Intenté ser amable, pero solo me respondía con monosílabos y estuvimos allí media hora. Me miraba como si quisiera salir corriendo y te juro que hubo momentos en que me sentí como un pesado de primera.

Megan no salía de su asombro. —Marc dice que se avergonzaba por la situación que estaba pasando. Se quedaron en la ruina y encima su padre no dejaba de beber… Para ella que era tan buena estudiante y que soñaba con ser el médico del pueblo, tuvo que ser un shock con todo lo que había trabajado. Siempre odió el rancho. —Miró la carretera. —Me gustaría poder ayudarla más.

—Si no hubiera sido por ti lo hubieran perdido todo. Tú pagaste sus deudas y le prestas a

tus vaqueros para que la ayuden en el rancho. Has hecho muchísimo más que nadie.

—Es lo que hacen los amigos.

Bob la miró de reojo. —Pues solo a ti te considera su amiga. Así que supongo que dio gracias a Dios porque regresaras con tu gente.

—¿Por qué dices eso? —preguntó extrañada.

—Venga Megan, ¿no te has dado cuenta? No tiene más amigos que tú en la ciudad. No se relaciona con nadie. Cuando murió su madre muchos quisieron ayudarla al ser conscientes de su situación y la situación de su padre. Les rechazó a todos. Y debo decir que algunos de muy malas maneras.

—No me lo puedo creer. Jenny siempre es muy agradable.

—Marc y yo fuimos a verla un día que tuvo que sacar a su padre del calabozo por una bronca en un bar. Tu marido le ofreció nuestra ayuda, incluso con el rancho a pesar de que en ese momento teníamos muchísimo trabajo. ¿Y qué le dijo ella? Que se arreglaba muy bien sola y que no necesitaba la ayuda de los Bentley. Casi nos echa del rancho a patadas.

Megan se sonrojó. —Eso debió ser porque yo me había enfadado con Marc. Siempre ha sido una amiga fiel y eso que necesitaba vuestra ayuda. —Bob gruñó entrando en el rancho y ella vio que estaba molesto. —Ahora todo mejorará. El rancho empezará a dar dinero de nuevo y cuando su padre se encargue del trabajo otra vez, podrá volver a estudiar. De eso me encargo yo, vaya que sí —dijo tozuda—. Con lo lista que es, no puede llevar el rancho.

—Vaya, gracias. Así que nosotros somos tontos. ¡Incluida tú porque te recuerdo que eres dueña del JT!

—¡Es muy lista! ¡Tiene que terminar la carrera!

—¡Si fuera lista y quisiera ser médico como dices, hubiera vendido el rancho!

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices? ¿Cómo va a…? ¿Le ofrecieron comprar el rancho?

Su cuñado detuvo la camioneta ante la casa y la miró fijamente con los mismos ojos grises de su marido. —Le hice una oferta por el rancho hace año y medio y me dijo que no. Y era muy generosa, te lo aseguro.

Separó los labios de la impresión. —Creí que no querías. Que aquí estabas a gusto y…

—Déjalo.

—¡No, déjalo no! ¿Quieres independizarte de tu hermano?

—Mi padre me dejó mucho dinero, pero el rancho Bentley es de Marc. Quería tener mi propio espacio. Mi casa por si en el futuro… Déjalo, es una tontería.

Le cogió del antebrazo. —No es una tontería, lo entiendo perfectamente.

Bob sonrió. —Desgraciadamente ahora no hay nada a la venta por aquí cerca que me convenga y ni de coña quiero alejarme de la familia, así que no hay solución.

Megan se mordió el labio inferior viendo cómo se bajaba de la camioneta. Preocupada abrió la puerta y se sobresaltó al encontrarse a su marido ante ella. —Hola, cielo.

—Pareces acalorada —dijo preocupado.

—Estoy bien. —Bajó con su ayuda y se puso de puntillas para darle un beso. —¿Cómo va todo?

Marc entrecerró sus ojos. —Nena, ¿seguro que todo va bien?

—Sí, claro. —Se acarició el vientre. —Tengo hambre, eso es todo.

Su marido sonrió cogiendo un par de bolsas de la parte de atrás. —Pues a comer.

Bob la miró apretando los labios y supo que no quería que le contara nada a su marido. Eso la preocupó. La preocupó muchísimo.

Jenny contenta con la visita de su amiga, se sentó a su lado en la mesa de la cocina

después de servirle una buena limonada. Megan bebió ansiosa y ella se apartó un mechón rubio platino de la cara. —¿No es hora de tu siesta obligatoria?

Megan dejó de beber. —Ni una palabra a Marc que cree que estoy en la habitación.

Se echó a reír. —¿Te has escapado?

—Lo hago casi todas las tardes para ir al JT a hablar con Joss y María. Allí soy libre.

Jenny se partía de la risa. —Así que hoy la visita me ha tocado a mí. Supongo que tienes algo que decirme. Desembucha.

—Tienes una fama pésima en la ciudad —dijo sin dar rodeos—. Creen que eres rara.

—¿Y?

Megan jadeó. —¡Lo sabías!

—Claro que lo sabía. ¡Pero mejor que me crean rara a que tengan pena por mí!

Ahí entendió la táctica de su amiga. —¡Has apartado a todos a propósito! ¿Estás loca?

—¡Cuando el cura dé un sermón en la iglesia sobre ti, hablando de que después de la muerte de tu madre aún tienes que soportar a un padre alcohólico que arruina tu carrera mientras tu rancho se hunde en la miseria, me das un sermón! ¿Sabes cuántos buenos samaritanos hay por los contornos? —preguntó con rabia—. Muchos, te lo aseguro, pero quieren llevarse algo a cambio.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

—¿Por qué crees que cada vez que salgo de casa llevo la escopeta? Una vez Greg Martin me acorraló en el establo y me ofreció cincuenta pavos porque se la chupara.

Megan palideció por lo que le contaba su amiga.

—Y el del banco… —Miró el vaso de su limonada con desprecio. —Me dijo que si pasábamos un par de tardes a la semana juntos, podía hacer la vista gorda otros seis meses a la hipoteca que mi padre había solicitado al banco. Otro quiso comprarme el tractor por ciento

cincuenta dólares. Sanguijuelas. Cerdos… —La miró a los ojos. —¿Cómo hubieras reaccionado tú?

—Seguramente hubiera descargado la escopeta varias veces.

—Ganas no me faltaron, te lo aseguro.

—Bob me ha dicho que te ofreció comprarte el rancho.

—Podría haber presionado a mi padre para vender. Estaba tan borracho continuamente que podría haberlo conseguido… ¿Pero quitar a mi padre lo único que ha conocido cuando ya había perdido al amor de su vida? Le hubiera matado de un disgusto cuando se diera cuenta de que ya no tenía nada. —Sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas. —Si no hubieras aparecido tú… Ya había perdido la esperanza.

Megan preocupada se levantó y la abrazó. —Ahora estoy aquí. —Le acarició la espalda. —Estoy aquí y no me voy a ir a ningún sitio.

Jenny se aferró a ella. La quería como a una hermana y era la única persona que la había ayudado de manera desinteresada. En cuanto Megan había vuelto a casa después de una exitosa carrera en el rodeo y se había dado cuenta de su situación, no dudó en ayudarla y enviar a su padre a una clínica de desintoxicación que pagaba ella misma. Asumió todas sus deudas y le ofreció a sus vaqueros para que la ayudaran con el rancho. Le debía tanto… Jamás podría devolverle todo lo que había hecho por su padre y por ella.

—Eh… No quiero que llores más, que ya has llorado mucho.

Sorbió por la nariz mientras su amiga se sentaba de nuevo y la vio coger el block que tenía siempre sobre la mesa con un lápiz colocándoselos justo delante. Jenny la miró sin entender. —Apunta todos los nombres de esos buenos samaritanos —dijo Megan maliciosa—. No te olvides ninguno.

—¿Para qué quieres saberlos?

—Curiosidad que tiene una.

—Ah, no… que ya he tenido bastantes líos. ¡Eres muy capaz de pegarles un tiro!

—Es solo para saber con quién trato. No va a pasar nada —dijo antes de beber.

—Prométeme que no harás nada. Ya has hecho mucho más de lo que haría cualquiera. Prométemelo, Megan —dijo muy en serio.

—Solo quiero saber quiénes son, eso es todo. —Su amiga se cruzó de brazos cabezona. —Jenny…

—No pienso apuntar nada. Te conozco muy bien y tú quieres guerra.

—¡Son unos cerdos y deben pagar!

—¡Prométemelo!

Vio en sus ojos azules que no pensaba ceder y sus dientes rechinaron. —Está bien. No haré nada, ¿de acuerdo? Te lo prometo. Pero apunta quienes son porque esos no vuelven a hacer tratos con los Bentley.

Los ojos de Jenny brillaron. Al menos recibirían algo como castigo. Los Bentley eran muy influyentes por la zona y si se chivaba no se enteraría nadie aumentando su vergüenza. —¿De veras?

—De veras. Apunta, amiga… Y no te dejes a nadie.

Antes de la cena Marc se sentó impresionado tras el sillón de su escritorio leyendo la lista. —Nena, ¿esto es en serio?

—Me lo ha dicho ella misma y te aseguro que la creo.

—Por Dios… —Repasó la lista de nuevo antes de decir incrédulo —¿James Pickery? Joder, si tiene sesenta años. Sus nietos fueron a clase con vosotras.

—Le exigió la cuenta de la tienda y en ese momento no podía pagar. Le dijo que pasara a

su trastienda.

—Será hijo de puta… —dijo entre dientes leyendo la lista que ella ya se sabía de memoria. Levantó la vista hacia ella dejando el papel sobre la mesa—. ¿Qué quieres que haga, nena?

—¿Tú qué crees? Ella no hace nada por vergüenza, pero tienen que pagar. —Sus preciosos ojos verdes exigían sangre y Marc sonrió.

—Cancelaré las cuentas con los que tenga tratos y veré qué hago con los demás.

Sonrió radiante. —Gracias, marido. Sabía que no me fallarías.

Se la comió con los ojos levantándose para acercarse a ella. —Nunca, preciosa.

—¿Y no dirás nada a nadie? No quiero que Jenny lo pase mal por esto.

—Eso no tienes ni que pedirlo.

No le podía querer más y cuando se acercó le dio un beso en los labios. —Te amo.

—Tanto como yo a ti.

Él intentó besarla de nuevo, pero Megan se apartó a toda prisa. —Siento interrumpir este momento romántico, pero es que me muero de hambre. Y la abuela Alice debe estar ya en el comedor. Así que continuaremos después, amor.

—¡Sí, estoy aquí! —gritó la abuela demostrando que tenía un oído muy fino —. ¿Dónde está todo el mundo?

Riendo salieron del despacho sin darse cuenta de que Bob estaba en el hueco de la escalera cubierto por las sombras. Salió de allí entrando en el despacho y cogió la hoja de encima del escritorio. Leyó los nombres por encima y apretó los labios antes de doblarla y metérsela en el bolsillo trasero del pantalón.

Capítulo 2

Los vaqueros arriaron las reses hasta el cercado y Matthew cerró la valla antes de acercarse a ella sobre su montura. —Ya está, señorita Parker.

—Gracias, Mathew. —Miró la manada. Hace años eran siete veces más. Pero era lo que había. —Podéis iros.

El hombre que había trabajado para su padre cuando ella era pequeña, empujó ligeramente su sombrero hacia atrás. —Me preguntaba si el señor Parker volvería pronto.

Le miró a los ojos. —Pues no sé cuánto durará el tratamiento. —El hombre apretó los labios. —¿Ocurre algo?

—Oh, no.

Ya había visto esa expresión antes en otros vaqueros. —Habla sin miedo.

—Es que me debía dinero. Un día me lo encontré en Victoria y no pude negarme. Le debo mucho al señor Parker y no quería… —dijo como si estuviera avergonzado—. Él me dio una oportunidad cuando llegué aquí. Olvídelo.

Se sonrojó enderezando la espalda. —¿Cuánto?

—Doscientos dólares, señorita. Pero no se preocupe. Cuando regrese hablaré con él.

—No me los pedirías si no los necesitaras, Mathew.

Él apretó los labios. —Mi mujer debe ir al dentista.

Asintió llevándose la mano al bolsillo trasero del pantalón. —He vendido un ternero. Puedo pagarte.

—Si lo necesita para otra cosa…

—Lo necesitas más tú. —Sacó doscientos dólares y se los tendió. —Perdona por el retraso.

Mathew se sonrojó. —No, perdone usted por molestarla con esto.

Sonrió con pesar cogiendo las riendas y volvió su caballo. La angustia regresó a su pecho como siempre que vivía una situación así. ¿Acabaría alguna vez? Cuando creía que ya había terminado, que todo ya estaba pagado, siempre llegaba alguien con ese tipo de pedidos. Por supuesto a algunos no les creía porque su padre no les pediría dinero ni muerto, pero estaba segura de que Mathew no le mentiría en una cosa así. Era un hombre honrado y trabajador. Y que su padre le hubiera pedido dinero para emborracharse cuando él lo necesitaba para su familia la avergonzaba sobremanera.

Cuando llegó al rancho, llevó a Daisy al establo y le quitó la silla. Estaba agotada y lo que menos le apetecía era cocinar. Cepilló a su yegua y le dio agua y comida. Estaba cerrando la puerta del establo cuando escuchó el motor de un coche. Se volvió para ver la ranchera de Joss y sonrió levantando la mano para saludar. Era el capataz del rancho de Megan y con su esposa María prácticamente habían criado a su amiga desde que había nacido y cuando se había quedado huérfana aún más. Jenny les adoraba. Eran como de la familia. Cuando el hombre se bajó de la camioneta con un táper ella sonrió. —No me lo puedo creer. Si es la lasaña de María, te doy un beso en los morros.

Joss se echó a reír. —Se pondría celosa y no te mandaría más.

—Pues te quedas sin beso. —Se acercó y cogió el táper. —¿Cómo tú por aquí?

—¿Venía a comprobar qué tal con los vaqueros? ¿Algún problema? —preguntó mientras iban hacia la casa.

—No, me has enviado a los más obedientes de la zona. Y lo has hecho a propósito porque eres muy listo.

Él se echó a reír. —No eres como mi Megan, que está acostumbrada a tratar con vaqueros desde niña.

Hizo una mueca porque tenía razón. Su padre siempre le había dicho que estudiara y pocas veces había tenido que ayudar en el rancho. —No hay problema, de verdad. —Dejó la lasaña sobre la encimera y abrió la nevera. —¿Una cerveza?

—Claro. Nunca rechazo una buena cerveza bien fría.

—No sé si será buena, pero fría seguro.

—Estupendo.

Se sentó en la mesa de la cocina quitándose el sombrero y sonrió cuando le tendió la cerveza. —El otro día mi Megan me dijo que tuviste problemas con ciertas personas de la ciudad cuando estábamos fuera. —Se sonrojó con fuerza. —Tranquila, no me ha dicho nombres y eso que le insistí.

—No tenía que haber dicho nada. —Se sentó ante él. —Eso ya pasó.

Joss asintió antes de beber un trago sin dejar de observarla. —Sí, pero hoy cuando la he visto parecía de lo más satisfecha. De hecho, estaba encantada de la vida. Y cuando hablamos de ello se hizo la loca, lo que me ha hecho pensar. ¿Uno de ellos era Mike Sanders?

Se quedó sin aliento. —¿Cómo lo sabes?

—Al parecer no te has enterado.

—¿De qué?

—Él y Bob Bentley tuvieron una pelea gordísima en el Starks. Nuestro chico le ha roto

los dientes. —Su corazón saltó en su pecho. —Al parecer estaban jugando a los dardos y la cosa se fue de madre. Marc le ha pagado la fianza.

Se llevó la mano al pecho. —¿Le detuvieron?

—Bueno, le dejó hecho un guiñapo. El sheriff algo tenía que hacer —dijo divertido.

—¡Joss, no tiene gracia!

—¿Eso es que sí? Y a mí no me mientas, niña. Que te conozco desde que llevabas pañales.

—Sí —respondió a regañadientes.

Joss sonrió satisfecho. —Joder, cómo me alegro.

—Pero fue una casualidad, ¿no? Bob no lo sabe.

—No, no lo sabe —dijo provocando que suspirara del alivio. Él hizo una mueca—. Pero lo sabe Marc.

—¡No fastidies!

—Te prometió que ella no haría nada, pero no que no se lo diría a su marido.

Le miró asombrada. —¿Es que Megan te lo cuenta todo?

Se encogió de hombros. —Es mi niña. No de sangre, pero para nosotros como si lo fuera. Excepto cuando perdió la virginidad, se lo ha contado todo a mi María. —Rio por lo bajo. —Y aun así se enteró. Es que mi mujer es muy lista.

Gruñó cogiendo su cerveza y dando un buen trago. La mataba. Cuando la pillara…

—Tranquila, le hizo prometer a Marc que no diría nada a nadie.

—¿Ni a Bob?

—Ni a Bob. —Rio por lo bajo. —Está la cosa como para arriesgarse a cabrear a Megan. No haría nada que la disgustara y más a punto de parir.

—Aún le queda mes y medio.

—Puedes estar segura de que por lo menos en mes y medio no dirá ni pío. Así que tranquila. ¿Cómo te sientes?

—¿Yo? —preguntó asombrada.

—¿No te da un gusto enorme saber que ese hombre se ha quedado sin dientes? —Jenny pensó en ello y sonrió antes de beber de su cerveza. —Lo suponía.

No podía negar que sentía una satisfacción enorme y saber que lo había hecho Bob le daba una satisfacción mayor. Todavía recordaba cómo ese cerdo le había exigido el pago de una entrega de pienso y le había dicho que no le fiaría más. Ella se había quedado de piedra porque solo le debía la última entrega. Él lo negó y le mostró facturas falsas por tres mil dólares. Y sabía que eran falsas porque no estaban firmadas por su padre. Se la había intentado colar como si ella fuera tonta. Por supuesto se negó a pagarlas y al ver que no iba a sacar nada de dinero, cambió la táctica intentando camelarla para que no le denunciara. Un puñetazo se llevó en toda la nariz y la amenazó con que como dijera algo o le denunciara nadie la creería. Todo el mundo le daría la razón a él porque tenía deudas por toda la ciudad. Pero su amiga si la creía y Joss también. Sonrió antes de beber de nuevo. —En realidad me siento genial.

—Cómo me alegro, niña. Cómo me alegro.

Bajó de la camioneta por el asiento del pasajero y algo nerviosa se pasó las manos por el vestido verde agua que hacía dos años que no se ponía, antes de mirar la entrada a la iglesia. Megan la había convencido para ir porque se negaba a que pasara sola todo el domingo sin dejar de trabajar. Se mordió el labio inferior preocupada porque luego estaba invitada a comer en el rancho. Algo incómoda, porque solo solía ir a casa de Megan cuando los hombres estaban trabajando, se dijo que ya estaba bien. Megan era su amiga y estaba casada con un Bentley. Si Bob era el hermano de su marido, pues mala suerte. Pero con todo lo que su amiga había hecho por ella, no pensaba hacerle un feo. Además, Bob ni la miraba. Era como desear la luna y como

para desear algo estaba ella, que cada vez que se le ocurría desear algo le salía todo al revés.

Se apartó un mechón de su hombro y miró a ambos lados antes de cruzar la calle. Mientras cruzaba vio llegar la camioneta de Bob y sintió los nervios en la boca del estómago. Y eso que ni siquiera le había visto todavía, solo a su camioneta. Aquello no podía ser sano.

Subió a la acera y fue hasta la entrada de la iglesia. El padre Logan estaba recibiendo a los feligreses y al verla subir las escaleras de piedra el hombre abrió los ojos como platos. —Por Dios, hoy es un día glorioso —dijo sonrojándola de la vergüenza—. ¡La vuelta de la hija pródiga!

—Padre, qué gracioso está esta mañana —dijo entre dientes.

—Bienvenida, bienvenida… Todos son bienvenidos a la casa del señor —dijo en voz alta como si ella fuera Jezabel o algo así. Quería morirse.

—Padre, ¿qué tal el golf? ¿Ha conseguido bajar ese hándicap?

La voz de Bob tras ella la sobresaltó y miró sobre su hombro. Él puso la mano en su espalda como si nada y la empujó ligeramente mientras el cura abría la boca para contestar. —Bueno, padre… hablaremos luego.

El padre Logan se quedó con la palabra en la boca y Jenny le miró de reojo mientras la guiaba por el pasillo. Estaba guapísimo con el traje gris que llevaba y la mano en su espalda la hizo sentirse especial. —¿Nos sentamos aquí? —preguntó él mirándola a los ojos.

—Sí —respondió en apenas un susurro desviando la mirada hacia los bancos roja como un tomate porque la había pillado mirándole.

Pasó primero y cuando él se sentó a su lado, Jenny posó su bolso sobre sus muslos antes de apretarse las manos nerviosa y mirar hacia atrás. —Estarán al llegar —dijo divertido—. Megan no sabía qué ponerse. Todo le queda pequeño.

Sonrió sin poder evitarlo. —Es que come como una lima. La niña va a salir bien hermosa.

—Sí. —La miró a los ojos. —¿Y tú has pensado en tener hijos?

—Como todas, supongo —respondió sin aliento porque si alguna vez había pensado en eso era con él—. ¿Y tú?

Bob sonrió. —Pues si te digo la verdad hasta hace poco no. Supongo que es por tenerlo en casa.

—Es lógico si todo el día se habla de bebés.

—En casa no se habla de otra cosa. —Él miró sus labios cortándole el aliento y cuando levantó la vista a sus ojos se sonrojó de nuevo hasta la raíz del pelo. —Y eso me ha hecho desear los míos, supongo. Ahora tengo que encontrar con quien.

A Jenny hasta le temblaban las piernas. ¿Tenía la voz más ronca? ¿Lo estaba diciendo con segundas? Pero qué tonterías pensaba. Bob era un hombre al que le gustaba conversar y eso es lo que estaban haciendo. Deja de soñar, Jenny.

—Yo también estoy muy emocionada con el nacimiento. Nunca he cogido un bebé. Me muero por verle la cara.

—¿Nunca has cogido un bebé? —Negó con la cabeza fascinada por esos ojos grises. —Pues yo te imagino con uno en brazos y me da que va a ser moreno.

Se le secó la boca y sin darse cuenta pasó la lengua por su labio inferior. Él siguió el movimiento y su corazón dio un vuelco porque se acercó unos milímetros. El olor de su after shave llegó hasta ella volviéndola loca.

—Ya estamos aquí —dijo Megan tras ellos preciosa con un ligero vestido verde intenso —. Mira, vamos las dos de verde —dijo contenta —. Bob muévete para allá.

Bob la miró divertido y Jenny se arrastró en el banco. Megan se sentó suspirando. —Qué calor.

Jenny se adelantó ante Bob. —¿Ese vestido no es el que te compraste para el parto?

La miró como si quisiera matarla. —Pues he tenido que estrenarlo antes.

Marc se sentó junto a su mujer y la abuela Alice le siguió haciendo lo mismo al lado de su nieto. —Niña, no le digas nada que está muy sensible con el tema.

Megan sorbió por la nariz. —Nadie me comprende.

—Claro que sí, nena —dijo Marc cogiendo su mano mientras Jenny asombrada separaba los labios. De repente parecía a punto de llorar.

Atónita miró a Bob que le hizo un gesto con la mano como si no tuviera importancia. Se levantó y le hizo un gesto para que se moviera. Divertido arrastró el trasero por el banco para que ella se sentara al lado de su amiga. —¿Estás bien? —susurró.

—No me vale nada. Estoy como una foca.

—Estás embarazada. Y no debes ponerte así. Es lógico que engordes.

—¿Tanto? —preguntó con la voz lo bastante alta para que varios les miraran.

—Lo que haga falta. Y no estás gorda, solo tienes barriga que bajarás en cuanto des a luz y te subas de nuevo al caballo a pegar gritos a todos esos vaqueros que te adoran. Porque tú eres Megan Tarner. —Al ver la mirada de Marc corrigió —Bentley. Así que no quiero que llores que esto tiene arreglo, ¿me oyes? Lo único importante es que la niña crezca y esté sana.

Megan la miró a los ojos. —Vale.

Marc sonrió dándole las gracias con la mirada. —Bah, son las hormonas.

Miró al frente para ver que el padre Logan ya estaba ante el altar. Ahora a aguantar el rollo que les soltara. Bob se acercó a su oído y susurró sobresaltándola —Vaya, vaya… Así que debajo de esa apariencia de chiquilla vergonzosa hay un carácter oculto. Interesante.

Le miró sorprendida y Bob sonrió levantándose para cantar el himno. Y cómo cantaba. ¿Siempre había cantado así? No lo recordaba. Igual es porque estaba sentada al lado. Esa canción era nueva porque ella no se la sabía. Cogiendo el libro vio que tenía apoyadas las manos en el banco de enfrente. Sus nudillos estaban amoratados y se los quedó mirando. Hizo una mueca porque debían dolerle. Levantó la vista hacia él y sus ojos conectaron provocándole un vuelco al

corazón. Por Dios, que la misa acabara pronto o le daría un infarto.

Megan tiró de la falda de su vestido y se sentó de golpe. Avergonzada vio que eran los únicos que no se habían sentado y cuando Bob lo hizo a su lado su muslo rozó el suyo provocándole mil sensaciones y todas eran exquisitas. Consciente de él en todo momento no se enteró de nada de la misa. Se levantó cuando lo hacía todo el mundo y se volvía a sentar cuando tocaba. Aquello era una tortura en toda regla. El muslo de Bob cada vez estaba más pegado porque sin saber cómo los demás les habían apretujado y cuando se sentó de nuevo casi lo hizo encima de él. —Perdona —dijo metiendo su culo en el espacio que Megan le había dejado antes de fulminar a su amiga con la mirada que asombrada levantó las cejas interrogante. Gruñó mirando de nuevo al cura que ese día estaba especialmente pesado cuando sintió un roce en el muslo y miró hacia allí para ver que Bob tenía la mano apoyada en su muslo y sus dedos rozaban el suyo. Asombrada miró al frente como un resorte. ¿Era a propósito? No, qué va. Seguro que no se daba cuenta. Estaban en misa, por el amor de Dios, ¿cómo iba a rozarla queriendo? Pero cuando su dedo meñique rozó su muslo de nuevo como si la estuviera acariciando casi pegó un bote sobre el asiento. Giró la cabeza hacia él y Bob sonrió de medio lado de una manera que la volvió loca antes de mirar con deseo sus labios. Jenny volvió la vista al frente de golpe sintiendo que su corazón gritaba de la alegría en su pecho. ¡Robert Bentley quería tema con ella! Vamos, ahora lo tenía claro como el agua. Su mano acarició su muslo provocándole una excitación que no había sentido en la vida y ella cubrió la mano con su bolso antes de mirarle a los ojos. —¿Qué haces? —preguntó casi sin voz.

Su mano se acercó a su sexo robándole el aliento y Bob se acercó a su oído. —Quiero hacerte el amor. Quiero hacerte gritar de placer mientras me rodeas con tus piernas y quiero ver cómo te… —Ella se apartó tapando su boca con la mano y Bob rio por lo bajo estremeciéndola. Besó la palma de su mano antes de apartarla mirándola como si la deseara más que a nada y no la soltó posando ambas manos sobre su muslo, para acariciar con el pulgar el lugar donde aún sentía sus labios. No, no la soltó. De hecho entrelazó sus dedos con los suyos antes de mirar al

frente. Jamás en su vida se sintió más feliz que en ese momento y disfrutó de su contacto casi con miedo porque no podía tener tanta suerte.

La gente empezó a cantar de nuevo y al darse cuenta de donde estaban y lo que estaban haciendo, apartó la mano a toda prisa temiendo que les vieran y él se tensó a su lado. Se mordió el labio inferior temiendo que se sintiera rechazado. ¿Llevaba años enamorada de él y ahora le rechazaba? Muy preocupada por cómo se lo había tomado le miró de reojo. Él apretó los labios antes de mirar al frente y casi grita de la frustración. ¿Es que no lo entendía? Estaban al lado de su familia. ¡Ante toda la ciudad! Angustiada se apretó las manos y quiso decirle algo, pero no se atrevió. Temió haberlo fastidiado todo y con el orgullo que tenían los Bentley, sabía que lo más probable es que le perdiera para siempre. Porque a un Bentley no le despreciaba nadie.

Capítulo 3

Y fue evidente que estaba furioso, porque en cuanto terminó la misa se fue de la iglesia sin esperarles y cuando salieron despidiéndose del padre Logan su camioneta ya no estaba.

Megan la cogió del brazo para bajar las escaleras y le susurró —¿Qué ha pasado con Bob?

—Se me ha insinuado.

Su amiga la miró ilusionada. —¿De verdad?

—Sí, y a lo bestia. Pero creo que piensa que le he rechazado —dijo preocupadísima.

Megan entrecerró los ojos. —Bien.

—¿Bien?

—Que no piense que lo tiene fácil. Que se esfuerce un poco. Siempre lo tiene facilísimo con todas las que se le tiran a los brazos.

—Eso, tú recuérdame al montón de desesperadas por él que están haciendo cola —dijo llegando al coche de Marc—. Os sigo en la camioneta.

—Voy contigo y trazamos estrategia —dijo emocionada. Se volvió para gritarle a su marido —. ¡Cariño, me voy con Jenny! —Vio como su marido miraba la camioneta con horror y soltó una risita. —Corre, corre…

Como niñas cruzaron la calle y se subieron en la camioneta por la puerta del copiloto. Arrancó el motor y dio marcha atrás. —¿Entonces crees que no está todo perdido?

—Cuéntame lo que ha ocurrido para que le haya dado este repente y se te haya insinuado. ¿Has coqueteado?

—¿Yo?

Su amiga se echó a reír. —Sí, ya me parecía raro.

Gimió apretando el volante. —Es que esto se me da muy mal. Me pongo muy nerviosa a su lado. —La miró de reojo. —Estaba muy raro.

—¿Bob?

—Me hablaba de una manera muy intensa y después me rozó el muslo.

—¿Estás segura de que la intensa no eres tú?

La miró como si quisiera estrangularla. —¡Me dijo que quería hacer el amor conmigo y otras cosas que no te cuento porque me pongo como un tomate!

—Ah, pues entonces sí que se te ha insinuado. —Soltó una risita. —Es que Bob es de ir al meollo del asunto. No le gusta dar rodeos.

—Y después me cogió la mano como si fuéramos novios y también habló de hijos…

Megan dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Qué dices?

—Te lo juro. Pero eso fue antes —dijo nerviosa.

—¡Empieza desde el principio y no te dejes nada!

Cuando terminó estaban entrando en el rancho Bentley y su amiga la miraba impresionada. —¿Qué?

—No sé. Para ser alguien que hace unos días creía que eras rara, ha tenido un cambio muy drástico.

—¿Creía que era rara? —preguntó espantada.

—Ya te lo dije.

—No, me dijiste que la gente creía que era rara. ¡No Bob!

Hizo una mueca. —Bueno, es que Bob forma parte de la gente. No sé si meterme en esto. Los dos sois como mis hermanos. —Jenny la fulminó con la mirada. —Oye, que debo ser neutral.

—¿Me vas a ayudar o no?

—Claro que sí. —Sonrió como el gato que se comió el ratón. —Tranquila, que esta noche está en tu cama

—¿Tú crees? —De repente perdió todo el color de la cara. —Madre mía, estoy sin depilar.

—Relájate, ¿quieres? ¡Y habla con él durante la comida! Con el carácter que tienes conmigo, alucino viendo cómo te sonrojas como una mujer victoriana.

—¿Le contaste a Marc lo de la lista?

Megan parpadeó. —Oye, no me cambies de tema. Sobre Bob…

—¿Lo sabe Bob?

—¡No! Solo se lo he dicho a Marc para que cerrara las cuentas. —Se mordió el labio inferior. —Aunque las cuentas las lleva Bob y…

—¡Estupendo!

—¿Y qué más da que lo sepa? —Jadeó llevándose una mano al pecho. —¿Crees que le pegó por eso?

La miró de reojo. —¿Tú crees?

—Bob es muy protector. —Sonrió radiante. —¿Y si le interesas de verdad?

—Bueno, esperaba que fuera de verdad.

—Ya me entiendes. No hablo solo de sexo. ¿Y si se ha enamorado de ti? —La miró esperanzada. —Cuando me dijo que eras rara parecía molesto porque no le hablabas.

—Así que es culpa mía.

—Totalmente si huyes de él como una gacela. ¡Ponte las pilas! Por mucho que te ayude si siempre te comportas como una niña de doce años, va a pensar que de verdad te falta un hervor.

—Genial, ponme más nerviosa.

—Soy tu amiga, estoy aquí para ayudar. Pero no puedo hacerlo todo.

—Vale.

—Tú no te preocupes. Compórtate como eres y todo fluirá por sí solo. Ahora detén la camioneta.

—¿Aquí? —preguntó viendo la casa aún lo bastante lejos.

—Confía en mí y abre el capó. —Lo hizo dejando la camioneta a un lado y su amiga sonrió. —Ahora tira de algún cable del motor.

—¿Estás loca? ¡No puedo permitirme repararla!

—¿Quieres que te lleve a casa? Además, lo revisará Joss que para la maquinaria es un hacha. Pero rompe algo importante no vaya a ser que te lo arregle Marc. Venga, date prisa.

Se bajó de la camioneta rápidamente y levantó el capó. Se mordió el labio inferior mirando dentro y cuando escuchó el motor del coche de Marc arrancó los primeros cables que pilló. Gimió porque le daba que se había quedado sin transporte. Un verdadero drama en Texas, la verdad.

El coche de Marc se detuvo a su lado y abrió la ventanilla de Alice para gritar —¿Esa chatarra se ha estropeado?

Puso los ojos en blanco antes de dejar caer el capó. —Pues sí.

—Subir al coche. Nena, con el calor que hace… ¡Luego no te quejes!

Megan se subió al coche y dejó la puerta abierta. Jenny vio su mano llena de aceite y al mirarse jadeó al ver unas gotitas de aceite en su vestido. Estupendo, para uno decente que tenía… Resignada se subió en el coche y cerró con la otra mano.

—Qué gusto de aire acondicionado —dijo Megan antes de acercarse y susurrar —Como le manches a Marc el coche te mata. Adora a su Mercedes.

—¿Más que a ti?

Soltó una risita. —A veces lo dudo, la verdad.

—No debes preocuparte por la camioneta, querida —dijo la abuela Alice—. Bob te la revisará. Por cierto, se ha ido muy rápido, ¿no?

—Habrá ido a hablar con alguna chica. Ya sabes cómo es —dijo Marc.

Miró a su amiga que hizo una mueca mientras la abuela decía —Espero que no retrase la comida. Hay cordero.

Llegaron a la casa y Marc aparcó al lado de la ranchera de Bob. —¿Qué raro? ¿Le habrá llamado Jeremy? —preguntó refiriéndose al capataz del rancho—. Uno de los toros de Megan parecía que tenía un cólico esta mañana y Joss estaba preocupado. Igual han llamado a la veterinaria.

Se le cortó el aliento mirando a su amiga que hizo una mueca encogiéndose de hombros.

—Seguro que no es nada —dijo la abuela abriendo la puerta del coche.

Sabiendo que había tenido un lío con esa mujer en el pasado, se bajó del coche preocupada, cuando le vieron pasar ante la casa a caballo alejándose a toda prisa. Marc gruñó. —Espero que el toro se ponga bien. Joder, ha costado una fortuna.

Decepcionada porque se había ido siguió a los demás a la casa y Martha el ama de llaves les estaba esperando con una bandeja de limonada. —Te quiero —dijo Megan cogiendo un vaso —. Estoy seca.

La mujer soltó una risita acercándose a Jenny. —Bebe niña, estás un poco pálida. Tanto calor no es bueno.

—Gracias Martha, pero antes me gustaría ir a lavarme. —Entró en la casa mientras los

demás se acomodaban y después de lavarse las manos suspiró mirándose al espejo. Apartó un mechón de cabello rubio de la mejilla. Su amiga tenía razón. Debía empezar a ser más abierta con él. A expresar mejor lo que quería. Bob era un buen hombre, todo el mundo lo decía. Era algo pendón con las mujeres, pero igual es que no había conocido a la adecuada y si ella no se daba a conocer nunca tendría una oportunidad. Tomó aire decidida a hacer lo que fuera necesario.

La abuela se había sentado en el porche con la familia y afortunadamente allí daba algo la brisa. Cuando llegó cogió un vaso de la bandeja y se sentó en el sofá de mimbre al lado de la abuela. —Cuéntame Jenny, ¿qué tal le está yendo a tu padre?

Sonrió sinceramente. —Está muy contento. Y por lo que me ha dicho ha adelgazado porque hace ejercicio. Es parte de su terapia.

—Hace meses que no le ves desde tu última visita —dijo Marc de pie al lado de la butaca de su mujer—. Estarás deseando ir a verle o que le den un permiso.

—Me ha dicho su médico que ahora está atravesando una etapa en que debe estar solo. Ha dependido de mí mucho tiempo. Además, yo también debo estar sin él para superar la presión de tener que responsabilizarme de sus acciones.

—¿Te ha dicho que deberías ir a terapia? —preguntó su amiga preocupada.

—Me lo ha aconsejado, pero solo si quiero ir. Que no debo presionarme para no agobiarme más. En unas semanas estará de vuelta los fines de semana y después definitivamente.

—Le echarás mucho de menos —dijo la abuela.

Sus preciosos ojos azules se oscurecieron. —Al padre que tenía antes le echo terriblemente de menos, pero al que vino después no, aunque le quiero con toda el alma. ¿No es extraño?

—No —dijo Marc mirándola fijamente—. Es totalmente lógico. Lo has pasado muy mal.

Se sonrojó agachando la mirada hasta su vaso y bebió. La abuela apretó los labios. —Me

han dicho que te pretende George Williams, ¿es cierto?

Se atragantó tosiendo con fuerza y Marc le dio unas palmaditas en la espalda diciendo —Abuela, ¿qué dices? Si le dobla la edad y está casado.

—Está divorciado. Y mis rumores nunca fallan.

Megan se echó a reír. —Qué tonterías. Jenny jamás miraría a ese hombre.

—Bueno, es muy agradable.

Ninguno de ellos pudo disimular su asombro.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Megan con los ojos como platos.

Gimió por dentro. —Me ha asesorado en varias cosas legales del rancho y apenas me ha cobrado. —Miró a su alrededor. —¿No tenéis hambre?

—Vamos a ver… —dijo Megan muy seria—, ¿te ha tirado los tejos?

—¡No! —Se puso como un tomate. —No abiertamente, claro. Es un caballero. Y yo no le he dado pie.

—Es lógico que tengas pretendientes —dijo Marc—. Eres joven y bonita. No entiendo cuál es el problema.

—Pues a mí me han dicho que está enamoradito. Hay rumores por Victoria de que el otro día cuando te lo encontraste en la ciudad, fuisteis a tomar un café y hablasteis dos horas y media.

—Me estaba asesorando.

—Mucho te asesora ese —dijo su amiga entre dientes levantando sus cejas pelirrojas—. ¿Sobre qué te asesoraba?

—Nena, no seas indiscreta.

—Mi amiga y yo no tenemos secretos —dijo orgullosa—. Desembucha.

Jenny apretó los labios. —Sobre… —Se mordió el labio inferior.

—¿Jenny? —preguntó su amiga preocupada.

—Sobre alquilar parte del rancho y que alguien lo explote por nosotros. Mi padre podrá seguir trabajando en su parte y podrá seguir conservando la casa. —Megan la miró asombrada. —Así podremos ir devolviéndote el dinero de nuestras deudas.

—Pero…

—No es mala idea —dijo su marido—. El señor Parker podrá seguir conservando su propiedad y tendrá una renta. Si se hace bien, podrá vivir cómodamente si no vuelve a caer en la bebida, claro. Y seguirá estando activo.

Entonces Megan sonrió. —¿Quieres volver a Columbia?

—No. No podría irme y dejarle solo otra vez. Creo que haré un curso de enfermería en Houston. Podré venir todos los días a casa.

—Pero son dos horas para ir y dos para volver. ¿Cómo vas a estar en la carretera todo el día, niña? —dijo la abuela preocupada.

Lo sabía, pero no podía permitirse alquilar allí un apartamento. —No pasa nada. De todas maneras, aún no hay nada en claro porque no sé si papá querrá alquilar. Lo hablaremos en unas semanas cuando venga. Tampoco voy a pensar mucho en ello.

—¿Y cómo se te ocurrió esa idea? —preguntó Marc.

—Después de que Bob quisiera comprar el rancho, pensé mucho en ello. Y vender no, pero igual alquilar una parte… Ahora que papá está mejor, decidí consultarlo —dijo dejando el vaso sobre la mesa. Al levantar la vista vio que Marc parecía que se había tragado un palo y su abuela parecía asombrada. Megan gimió y se dio cuenta de que ellos no lo sabían—. ¿He dicho algo malo?

—¿Mi hermano ha querido comprarte el rancho?

—Bueno, es lógico que quiera tener sus propias tierras —dijo Megan—. Su casa para el futuro.

Marc asintió bebiendo preocupado de la limonada antes de mirar el vaso casi con asco. —

Necesito una cerveza. —Entró en la casa molesto.

—Son uña y carne —dijo la abuela con una triste sonrisa—. Si Bob se muda, le va a echar mucho de menos. Pero sé que lo entiende. Marc hubiera hecho lo mismo.

Megan asintió preocupada por su marido. —¿Me disculpáis un momento?

Alice sonrió viendo como acariciándose el vientre entraba en la casa. Jenny sintiendo que había metido la pata, se apretó las manos.

—No es culpa tuya.

—Creía que lo sabía. Como dices son uña y carne.

—¿Tú lo sabías y no me dijiste nada? —gritó Marc desde dentro de la casa.

Jenny se mordió el labio inferior. —Vaya, eso sí que no me lo esperaba —dijo la abuela divertida.

—¡Él no quería que dijera nada! ¿Qué querías que hiciera? —preguntó Megan a gritos sin intimidarse por su marido en absoluto.

—¡Soy tu marido! ¿Desde cuándo hay secretos entre nosotros?

—No lo sé. ¿Igual desde siempre? —preguntó irónica.

Escucharon gruñir a Marc. —Nena, no empieces.

—No me metas en esto para desahogarte con alguien. ¡Háblalo con tu hermano que es lo que deberías hacer!

—¡Eso haré!

—¡Perfecto!

Megan salió de la casa dando un portazo. —Hombres, cómo lo complican todo.

Apenas unos minutos después salía Marc vestido de trabajo y cabreadísimo bajó los escalones del porche en dirección al establo. Megan refunfuñó. —Más cordero para nosotras.

Jenny gimió. —Lo siento.

—No es culpa tuya —Su amiga molesta cogió su vaso.

—Es una pena que no te cases con Bob —dijo la abuela mirándola fijamente. Jenny se sonrojó—. Porque entonces sería perfecto.

—Tranquila abuela, estamos en ello —dijo Megan decidida.

—¿No me digas? Es una noticia estupenda. ¿Se os resiste, chicas?

—Tiene sus momentos, abuela. —Sonrió divertida. —Se le insinuó en la iglesia.

—¡Megan! —protestó ella.

—Es la abuela. Nadie le conoce mejor que ella. —Sonrió maliciosa. —Y es una aliada de primera.

Alice la miró fijamente. —¿Se te ha insinuado? —Asintió antes de coger su vaso y beber como si estuviera sedienta. —Eso es prometedor. Muy prometedor. ¿Ante la familia? ¿En la iglesia?

—Por eso aparté la mano. Se fue de inmediato.

—Ya me extrañaba que el toro estuviera enfermo y no avisara a Marc. Está molesto. —Sonrió de oreja a oreja. —Pasemos a comer, niñas. Los chicos no tardarán en volver.

Capítulo 4

Estaba comiendo cordero a dos carrillos cuando escucharon un portazo. Bob entró en el comedor con ganas de guerra. Solo había que verle la cara. Masticó lentamente mientras él sin decir palabra se sentaba a su lado y cogía la pala de servir.

—Hijo, ¿estás bien? —preguntó la abuela disimulando bastante mal su diversión.

—No, abuela. Es que hay gente con la lengua muy larga, que no se da cuenta de que debe meterse en sus asuntos.

Megan jadeó. —¿No hablarás por mí? Porque se chivó Jenny.

La aludida gimió al ver como Bob la fulminaba con la mirada. —No, si ya me he enterado. Al parecer hablas cuando te interesa, preciosa.

—Pensé que lo sabía. Es culpa tuya que se lo hayas ocultado a tu hermano.

Megan estiró el cuello hacia el hall mientras él abría la boca para decirle cuatro cosas. —¿Dónde has dejado a mi marido?

—¡Pues para tu información si hubieras aceptado la oferta se lo hubiera dicho!

—Estaría bueno. Se hubiera enterado todo el mundo. ¿Cómo no iba a enterarse tu hermano?

Él gruñó empuñando el tenedor como si fuera a clavárselo en cualquier momento y ella forzó una sonrisa. —Pero ahora ya lo sabe, así que ya está. —Cogió el cuenco de los guisantes. —¿Quieres?

Bob entrecerró los ojos. —¡Le has disgustado para nada!

—¡Pues deberías haberme dicho que no dijera nada! Si querías mantener el secreto…

—Uy, niña... Eso en esta familia es casi imposible. Tarde o temprano nos pillan.

Megan carraspeó. —Bueno, ahora que ya no hay secretos entre nosotros, sigamos comiendo. —La puerta de la entrada se cerró de un portazo y sonrió radiante. —Ahí llega mi querido y amado esposo.

Marc entró en el comedor y gruñó al ver que todos le miraban. Rodeó la mesa para sentarse a la cabecera. —La finca de los Halloran está a punto de quebrar.

Megan jadeó. —Está a una hora de aquí. ¡No puedes hablar en serio!

Bob apretó los labios y dijo —Ya he hecho una oferta.

A Jenny se le cortó el aliento. No podía ser. Si se iba seguramente le vería en contadas ocasiones o puede que nunca más si ella iba a estudiar a Houston.

Se hizo el silencio en la mesa y él se puso a comer. Preocupada miró a su amiga que apretó los labios antes de decir —Puedo venderte la mía. —Todos la miraron asombrados. —Puedo venderte JT.

Marc con el tenedor en alto se detuvo en seco de lo más sorprendido y Bob sonrió. —No, cielo… Era el rancho de tus padres. Ha pertenecido a tu familia durante generaciones. No puedo consentirlo. El JT y el Bentley se unirán en el futuro para tus hijos y así debe ser.

—¿Y si alquilas el mío? —preguntó Jenny intentando que se quedara por cualquier medio.

La miró como si le hubieran salido dos cabezas. —¿Qué has dicho?

—Piénsalo, hijo. Estarías cerca de la familia y llevarías tu propio negocio. —La abuela sonrió cogiendo su copa de vino. —Y puede que en el futuro el señor Parker te lo venda. No tiene hijos que le lleven el negocio. Jenny se va…

Él dejó caer el tenedor sobre el plato. —¿Cómo que te vas?

Le miró totalmente asombrada porque parecía cabreadísimo. Mucho más que antes. —Bueno, la vida sigue y…

—¿Cómo que la vida sigue? —le gritó a la cara.

Jenny parpadeó. —Quiero estudiar y si el trabajo…

—¡Estudiar! —exclamó sobresaltándola—. ¡Para las cosas importantes de la vida no hace falta estudiar! ¡Para llevar un rancho no hace falta estudiar! ¡Hay que trabajar!

—Ya. —¿A qué venía aquello? Asombrada miró a Megan que reprimía la risa. —Pero yo quiero estudiar.

—Yo quiero, yo quiero… Pues no te voy a alquilar nada, ¿así que cómo piensas pagar la universidad? —Se sonrojó con fuerza. —¿Piensas alquilar esas ruinosas tierras a otro? ¿Qué incauto iba a pagarte algo por ellas? —Jenny que no esperaba el ataque agachó la mirada sintiéndose humillada. —Y te recuerdo que tienes una deuda enorme con Megan. Deberías liberar esos pájaros que tienes en la cabeza y ponerte a trabajar.

Megan jadeó ofendida y Jenny se levantó a toda prisa saliendo del comedor corriendo. Bob apretó los labios al escuchar un sollozo antes de que saliera de la casa.

—¿Pero qué coño te pasa? —gritó Marc.

Bob se levantó tirando la silla en su prisa por seguirla y Alice sonrió. —Esto va muy, pero que muy bien.

—¿Tú crees, abuela? —preguntó Megan aún alucinada por la reacción de su cuñado.

—Pero que muy bien, niña. Te lo digo yo.

Fue al salir de la casa cuando se dio cuenta de que no tenía transporte y sollozando corrió

hasta el establo con la intención de coger un caballo prestado. Seguro que a Megan no le importaba si le cogía a Sissi.

Le estaba poniendo la silla cuando sintió a alguien tras ella. Esperando a su amiga miró sobre su hombro y al ver a Bob, volvió la cabeza al frente de golpe. Sorbió por la nariz cogiendo las cinchas y se agachó para ajustarlas al vientre de la yegua.

—No debería haber dicho esas cosas. Perdona. Estaba alterado porque no me esperaba que Marc se enterara de lo de la compra.

—No pasa nada —susurró cogiendo el bocado y poniéndoselo a Sissi.

—Preciosa, ¿por qué estás preparando a la yegua?

—Se me ha estropeado la camioneta. —Sintiéndose una estúpida se quitó los zapatos y sujetándolos por los tacones se agarró a la silla. —Dile a Megan que se la devolveré mañana.

Puso el pie en el estribo, pero él le cogió las riendas. —¡No puedes irte en Sissi! ¿Estás loca? ¡Es un caballo de competición! ¡No sabrás dominarla!

—Megan me la dejaría. —Tiró de las riendas, pero él no cedió, así que le miró con desprecio. No pensaba rebajarse rogándole que se la dejara. No había rogado hasta ahora y se negaba a suplicarle. —Muchas gracias, vecino.

Salió del establo descalza y él furioso la siguió. —¡Estoy intentando disculparme!

—Sí, ya lo veo —dijo irónica.

—¡No voy a dejar que te rompas el cuello porque se te ha ocurrido la locura de llevarte a Sissi!

—Pues muy bien. Me voy andando. —Al salir del establo se apoyó en la puerta poniéndose los zapatos con ganas de tirárselos a la cara. Muy digna se dirigió al camino.

—No digas tonterías, nena. ¡Tu casa está a quince kilómetros campo a través y a mucho más por la carretera general! —Furiosa sin dejar de caminar se limpió las lágrimas con el dorso

de la mano. —Jenny, vuelve a la casa. ¡No has terminado de comer!

—¡Qué te den! —Sintiendo que la rabia la recorría siguió caminando.

—Iré a por la camioneta…

Se volvió furiosa. —¡No me subiría a tu camioneta ni muerta! ¡Antes prefiero regresar a casa a rastras, imbécil!

Bob apretó los labios al ver en sus ojos azules el dolor que le había ocasionado antes de que se volviera y siguiera caminando. De repente la cogió del brazo volviéndola. —Ya me he disculpado.

La patada en la entrepierna no se la esperaba y Bob gimió antes de caer de rodillas ante ella. —¡Capullo engreído! ¿Creías que porque eras un Bentley iba a caer de rodillas ante ti? —gritó fuera de sí—. ¡Y cuando te sentiste rechazado te cabreaste y has aprovechado todo esto para llamarme vaga, estúpida y aprovechada! ¡Pues no soy una aprovechada y mucho menos estúpida! ¡Y Megan sabe mejor que nadie que no soy vaga! ¡Y como no lo soy, me voy a casa andando! —le gritó a la cara antes de seguir caminando.

Los Bentley desde la ventana vieron cómo se alejaba fuera de sí y gimieron cuando Bob cayó de lado con las manos entre las piernas. Megan sonrió orgullosa. —Esa es mi amiga. —Alargó la mano. —Cariño, ¿las llaves del Mercedes? Mi amiga tiene que desahogarse. Me necesita.

—Mejor coge la camioneta de Bob.

—Será posible —dijo saliendo del comedor.

Marc y la abuela se miraron. —¿Debería ir a buscarle, abuela? —Ambos vieron a través de la ventana como gimiendo se giraba aún tumbado sobre el camino.

—Sí, cielo. Creo que le va a costar levantarse.

Frenó la camioneta al lado de su amiga y apretó los labios al ver que aún estaba llorando. Jenny abrió la puerta y se subió sin decir ni pío. Megan aceleró mirándola de reojo. —¿Estás bien?

—Siento en numerito. —Se limpió las lágrimas agachando la mirada.

—Eh, no ha sido culpa tuya. Bob se ha comportado como un idiota contigo. Has hecho muy bien. Sí que estaba cabreado por tu rechazo, sí.

La miró de reojo. —Te devolveré el dinero. Te lo juro.

Megan la fulminó con la mirada. —¿Eres tonta? No necesito el dinero y si con él he podido ayudarte, ya lo doy por bien gastado. Bob no tenía derecho a recriminarte nada sobre él porque era mío y con él puedo hacer lo que me venga en gana. Y sobre lo de estudiar, entiendo muy bien que quieras hacerlo. De hecho lo hubiera sugerido yo misma en cuanto tu padre… —Abrió los ojos como platos. —Leche, es por eso.

La miró sin comprender. —¿Qué?

—¡Es por eso! —chilló contenta.

—No sé lo que quieres decir.

—El día que me dijo que eras rara le comenté que tenías que terminar la carrera o algo así y no le gustó un pelo.

Su corazón dio un vuelco. —¿Quieres decir que no quiere que me vaya?

—¡Sí! Por eso te ha metido mano en la iglesia y cuando le has confirmado en la comida que pensabas seguir estudiando, le has cabreado aún más. —Megan sonrió de oreja a oreja. —Esto va muy bien.

Sorbió por la nariz. —Ya no quiero nada con él. ¡Me ha hecho daño a propósito!

—Es que los hombres a veces no filtran lo que sueltan por la boca. —Hizo una mueca. —

Luego vienen los arrepentimientos. Pero en cuanto se te pase…

—¡No se me va a pasar! —Se cruzó de brazos.

—Claro que se te va a pasar. Cuando se quiere de verdad se perdona tarde o temprano. Esto va así. Pobrecito, le has dejado hecho polvo. —Reprimió la risa. —Cuando pasé a su lado y me detuve, abrí la puerta y le pregunté si estaba bien. Con voz de pito me preguntó que si te llevaba a casa.

Su corazón se calentó mirándola asombrada. —¿Dijo eso?

—¿Sabes lo que tienen los Bentley? —Jenny la miró sin comprender. —Que son muy posesivos. Lo que consideran suyo es suyo y lo cuidan hasta la muerte. He visto a Bob pasarse dos noches sin dormir porque una de sus yeguas había pasado un mal parto. Y que le diera esa paliza a ese imbécil demuestra que no le eres nada indiferente, ¿no crees? —Hizo una mueca al ver el brillo en sus ojos. —Pero también tiene su lado negativo, no te creas. Son súper protectores. Mi Marc seguro que ahora mismo se ha dado cuenta de que tengo que volver sola a casa. ¿Cuánto te apuestas a que después de esperar un tiempo prudencial, busca una excusa para ir a tu casa y que así no tenga que regresar conduciendo? ¿Exagerado? Sí, pero son así. Cuesta que te digan que te quieren, pero cuando lo dicen puedes estar segura de que daría la vida por ti si fuera necesario. Así son nuestros hombres.

Miró al frente pensando en ello. —Así que no quiere que me vaya, pero va a irse él.

Megan entrecerró los ojos. —Eso es lo que me preocupa. ¿Cuándo hizo esa oferta? No ha podido ser hace mucho porque no le han contestado todavía. Igual mi conversación con él hizo que se precipitara. No lo sé. Pero aún estamos a tiempo de subsanarlo. —Mirando la carretera fijamente apretó el volante. —Y ya puedes arreglarlo porque a la abuela le da algo como su niño se vaya de por aquí cerca.

—¿Yo? ¿Yo tengo que arreglarlo?

—¡Sí! ¡Lo vas a arreglar! ¡Porque estás loca por él y puedes perderle por orgullo! Tienes

derecho a estar enfadada, puedes vengarte, pero también tienes que perdonarle cuando toque, ¿me has entendido?

—¡A mí no me mandes! ¡Es su orgullo el que le ha hecho decir toda esa mierda!

La miró entrecerrando los ojos. —No te pongas cabezona que no puedo tirarte de los pelos como cuando éramos pequeñas. ¡Y después del parto ya será tarde!

Se le cortó el aliento. —¿Eso crees?

—No puedo estar segura, pero que haya hecho esa oferta me indica que debemos darnos prisa antes de que compre, porque sino mi vida, la de mi marido y la de la abuela, eso sin contar la tuya, va a cambiar mucho. ¡Y no estaremos contentos ninguno! —La miró fijamente. —¿O tú estarás contenta?

Gruñó mirando al frente. No, no iba a estar contenta en absoluto.

—Mira, hoy has avanzado muchísimo. De casi no hablaros, ya le gritas hasta quedarte a gusto.

—No me quedé a gusto.

—Pues no te reprimas, amiga —dijo maliciosa—. Que me muero por ver lo que va a salir de esto.

Estaban comiendo la tarta de nuez que Joss le había llevado esa mañana como si se la fueran a quitar de la boca. —Como echo de menos los guisos y los postres de María —dijo Megan con la boca llena.

La miró asombrada. —¿Pero no te los lleva a casa como a mí?

—Tiene miedo de ofender a Martha. Así que cuando voy a su casa meriendo porque quiere mimarme. Está deseando que nazca la niña para poder ir a cuidarla a casa todos los días.

—Será una preciosidad que nos volverá locos a todos.

Megan sonrió y en ese momento escucharon el motor de un coche. —Ahí está Marc.

Jenny se levantó y apartó la cortina. —Me trae la camioneta.

—¿Ves cómo tenía arreglo? —Su amiga se acercó a ella y soltó una risita. —Es Bob.

Se puso nerviosa y más al ver la cara tras la luna delantera. No parecía que estuviera arrepentido en absoluto.

—Y viene con ganas de otro round —dijo su amiga reprimiendo la risa.

—Eso veo. Voy a por la escopeta.

La cogió por la muñeca. —Ah, no. Tú hazte la dura, pero nada de golpes bajos. Son las reglas.

—Para golpes bajos los suyos.

Vieron como intentaba abrir la puerta del conductor y Jenny levantó una ceja. —No funciona. ¿No se dio cuenta cuando subía? —Bob insistía y de repente del golpe que le dio a la puerta, esta se desprendió cayendo ante las escaleras del porche. Jenny jadeó indignada. —Será…

—Calma, calma.

Jenny salió de la casa antes de que Megan pudiera impedirlo y él aún sentado gruñó mirando la puerta tirada en el suelo. —Menuda chatarra. —Bajó pisando la puerta y Jenny le miró como si quisiera matarle. —Nena, no pongas esa cara. ¡Está para el desguace!

—¡No tengo puerta!

—La tienes, pero está en el suelo. —La cogió tirándola como si nada en la caja trasera de la camioneta. —Así te entra el aire porque ni funcionaba la ventanilla. No sé cómo no te da algo metida ahí dentro.

Con ganas de pegar cuatro gritos apretó los puños intentando contenerse. —Lo haces

muy bien, amiga. Tú respira hondo —dijo Megan bajando las escaleras a toda prisa—. Bob, ¿nos vamos? Es hora de mi siesta.

Él levantó una de sus cejas morenas. —Si nunca duermes la siesta. A mí no me la das.

—Shusss… no se lo digas a Marc.

—La que decía que ya no había secretos entre nosotros —dijo Bob molesto.

—Bah, cosillas tontas.

Jenny desde las escaleras le miraba con inquina sabiendo que le había tirado la puerta de la camioneta a propósito y Bob le correspondió de la misma manera. —Nena… Al parecer tienes un pronto impulsivo.

—Es que no me conoces. Pero claro, ¿cómo me vas a conocer si casi no sabes nada de mí? Espera, que traigo la escopeta y te muestro la puntería que tengo para que sepas algo más.

Entró en la casa dando un portazo y Bob miró asombrado a Megan. —¿Habla en serio?

—¡Corre, corre!

En ese momento Jenny salió con la escopeta y se la cargó al hombro. Bob levantó la mano. —Nena…

—¡Fuera de mis tierras, imbécil!

—Mira que las armas las carga el diablo.

Ella apuntó a su reluciente camioneta y pegó un tiro a la puerta del conductor. Megan jadeó viendo el enorme agujero.

—¿Estás loca? —gritó Bob yendo hacia su camioneta antes de que otro disparo traspasara las dos ventanillas de lado a lado. Bob se llevó las manos a la cabeza antes de volverse para ver que estaba cargando de nuevo la escopeta—. ¡Jenny, ni se te ocurra!

—¿Crees que puedes venir a fastidiarme a mi propia casa, romperme la puerta de la camioneta a propósito y que me voy a quedar de brazos cruzados? —Cerró el cargador de golpe

y apuntó a la camioneta de nuevo.

—¡Jenny no! —El disparo que traspasó la luna delantera le hizo volverse y correr hacia ella. Pero ella le apuntó con la escopeta deteniéndole en seco ante las escaleras. —Uy… nena. No sabes lo que estás haciendo.

—¿No? Pues creo que lo sé muy bien.

—¿Bob?

Ambos miraron hacia Megan que hizo una mueca. —No la presiones cuando está calentita. No razona muy bien.

Jadeó indignaba. —¿Que no razono bien? ¡Eso es mentira! —De repente su arma salió volando y Bob la cogió por la cintura cargándosela al hombro. —¡Suéltame!

—Megan, vuelvo enseguida.

Su cuñada sonrió. —¡No hay prisa!

Entró en su casa y la dejó de pie en el hall de mala manera. —¿Quieres pelea, nena?

Ella intentó darle un puñetazo, pero él la esquivó antes de que la cogiera por la nuca acercándola a su rostro. —¡No creo que seas una vaga! ¡Ni estúpida! —le gritó a la cara cortándole el aliento—. Estaba cabreado, ¿vale? ¡Y creo que ya he pagado mis palabras!

Sin aliento se miraron a los ojos y se tiraron el uno al otro para besarse como posesos. Sentir sus labios y su cuerpo contra el suyo fue la mejor sensación del mundo. Disfrutó de cada segundo abrazándole por el cuello ansiosa porque al fin le tenía. Él se apartó lentamente y dijo con voz ronca —Joder, tengo que irme. Megan me está esperando.

Sonrojada de gusto suspiró porque se notaba que no quería irse en ese momento. Bob la besó de nuevo y se apartó. —¿Quieres salir a cenar conmigo, preciosa?

Sonrió ilusionada. —¿Una cita?

—Una cita.

—Sí.

—Te recojo a las seis. —Él le guiñó un ojo y salió de la casa. Se acercó a la puerta y vio como Megan ya le esperaba en la camioneta con una sonrisa de oreja a oreja. Bob abrió su puerta y miró hacia la casa antes de sonreír y subirse al lado de su cuñada. Gimió al ver el estado de la camioneta. Bueno, no se lo había tomado tan mal. Sonriendo de oreja a oreja subió las escaleras a toda prisa. A ver qué se ponía.

Capítulo 5

Al final se puso el vestido lila de la boda de Megan porque era lo único decente que tenía. Menos mal que no era un vestido demasiado de boda porque de otra manera no tendría que ponerse. A las seis menos cinco estaba ante el espejo del hall aplicándose el labial cuando sonó el teléfono. Corrió hasta él y descolgó —Rancho Parker.

—¿Es usted Jenny Parker?

Frunció el ceño porque no era una voz conocida. —Sí, soy yo.

—Siento comunicarle que su padre ha sufrido un ictus. En este momento está siendo trasladado a Houston, al Memorial.

Pálida se aferró al teléfono. —¿Pero está bien?

—Está crítico. En el hospital le informarán de su estado. Soy una administrativa del centro de rehabilitación y me han dicho que la llame. Siento no poder decirle más.

—Gracias. —Colgó a toda prisa y corrió al hall cogiendo su bolso. Fue hasta su camioneta sintiendo que la angustia la invadía. Arrancó el motor y aceleró lo que pudo saliendo de su finca levantando la gravilla. Rezó porque no la detuvieran en el camino por llevar la puerta así. Gimió apretando el volante y al llegar a la carretera giró a la izquierda en dirección a Houston. Sus ojos se llenaron de lágrimas y susurró —Va a estar bien. Va a estar bien. Cálmate, que te quedan dos horas de carretera. —Respiró hondo varias veces y vio el bolso que había llevado a la iglesia. Recordó que tenía allí su móvil y se pensó si llamar a Megan. Apretó los

labios. Ya la había molestado bastante y además estaba embarazada, no quería preocuparla. —Esto es cosa tuya, Jenny. Ella tiene su vida.

Seis horas después estaba sentada en la sala de espera cuando un médico salió diciendo su nombre. Asustada como nunca en su vida se levantó caminando hacia él. —¿Es familiar del señor Parker?

—Sí, soy yo —respondió casi sin voz—. ¿Cómo está?

—Se ha estabilizado. Desgraciadamente no sabremos las posibles secuelas que pueda tener hasta que no se despierte. —Jenny asintió intentando retener las lágrimas. —Pero los sanitarios del centro reaccionaron muy rápido y de manera eficiente. En cuanto notaron que hablaba de manera incoherente se pusieron en marcha y eso es muy valioso en situaciones así.

—¿Puede que se recupere sin secuelas?

—Es una posibilidad. De momento está en cuidados intensivos y allí se quedará unos días. Podrá pasar a verle mañana a las cuatro.

—¿Mañana? —preguntó angustiada—. ¿No puedo verle ahora?

El hombre apretó los labios. —Deberá ser mañana. Le aconsejo que vuelva a casa y regrese mañana.

—Gracias. —Regresó a su sitio y se sentó dispuesta a esperar.

El doctor dio un paso hacia ella. —¿No piensa irse?

—Me han requisado la camioneta por ser un peligro para la circulación —dijo con los ojos llenos de lágrimas—. No puedo regresar a casa.

—¿No tiene un familiar o un amigo…?

—Es la una de la mañana y vivo a dos horas de aquí. No quiero molestar.

—¿Y un hotel? Son muchas horas para estar ahí sentada. Tiene que descansar.

Le miró a los ojos. Tenía unos bonitos ojos azules y parecía realmente preocupado por ella. Avergonzada bajó la vista. —¿No puedo estar aquí?

—Sí, claro que sí —respondió amablemente antes de sentarse a su lado—. ¿Es su única familia?

—Sí. —Sin poder evitarlo se echó a llorar. —Iba todo tan bien… Parecía tan contento porque lo estaba superando…

El doctor le acarició la espalda. —Saldrá adelante. No debe angustiarse así. —La miró atentamente. —Tengo la sensación de que no tiene mucho dinero.

—Me he gastado los últimos cincuenta dólares en gasolina.

—Pues ha sido un gasto inútil si te han requisado la camioneta —dijo afable tuteándola.

Jenny rio sin dejar de llorar. —Pues sí. Un gasto totalmente inútil.

—¿Sabes lo que vamos a hacer? Puedes ir a dormir a mi apartamento. —Jenny se tensó y él levantó las manos en son de paz. —Oye, que es algo totalmente inocente. Tengo una guardia de veinticuatro horas. Ni me acercaré por allí.

—¿De verdad?

—Podrás dormir y ducharte. Tienes en la nevera algo para desayunar si te apetece, pero no esperes demasiado porque soy residente y la nevera no es que la vea mucho.

Sonrió. —Gracias… —Miró su placa. —Doctor Stevenson.

—Ya que vas a dormir en mi casa, llámame Clay.

—Gracias, Clay.

—Voy a por las llaves. —Él le guiñó un ojo levantándose y le observó ir hacia la puerta de urgencias. Una enfermera le detuvo mostrándole algo y sin poder evitarlo se le quedó mirando. Tenía el cabello castaño y unos bonitos ojos azules. Debía tener veinticinco o veintiséis

años y al ver como hablaba con la enfermera se preguntó como hubiera sido su vida si su madre no hubiera muerto. Si no hubiera dejado la universidad y hubiera seguido estudiando medicina. Todavía no habría terminado la carrera, pero estaba segura de que todo hubiera sido muy distinto y que su vida en Victoria con el paso de los años hubiera quedado atrás. Apretó los labios recordando su beso con Bob y agachó la mirada hasta su bolso. Sacó el móvil que tenía en silencio desde que había ido a la iglesia y vio dos llamadas perdidas de Megan. La llamaría al día siguiente cuando estuviera más calmada. Apretó los labios porque no la había llamado nadie más. Suspiró metiendo el móvil en su bolso de nuevo. Seguro que Bob se había enfadado al no encontrarla en casa. Eso la decepcionó muchísimo. Ni se había molestado en llamarla para averiguar por qué no estaba en casa. Eso le recordó las palabras de su amiga sobre que los Bentley eran posesivos y protectores. Cuando amaban, claro. Y era evidente que Bob no la quería porque al no encontrarla en casa ni la había llamado una sola vez.

Cuando Clay regresó se levantó en el acto con el bolso en la mano. Él sonrió de manera encantadora y le entregó las llaves con un papel. —Es la dirección. Aunque en realidad solo tienes que cruzar la calle.

—Muy práctico.

—Estoy aquí la mayor parte del tiempo, así que es muy práctico te lo aseguro. La puerta de entrada se resiste un poco, dale un pequeño empujón.

—Gracias, no sé cómo…

—No es nada. Que descanses.

Forzando una sonrisa fue hasta la puerta de urgencias y él la observó alejarse. Iba a salir y miró sobre su hombro sonrojándose sin darse cuenta por cómo la miraba. Él carraspeó volviéndose antes de ir hacia las urgencias y Jenny salió del hospital con una sonrisa en los labios. Era evidente que le gustaba y era buen hombre. Aunque era una pena que no le hiciera sentir como Bob. Al pensar en él su rostro se tensó. —Ya pensarás en eso, Jenny… Ahora hay

cosas más importantes.

Llegó al hospital a la mañana siguiente sobre las doce y pidió ver a Clay para devolverle las llaves, pero estaba en una operación urgente. Mirando su móvil sentada en la silla decidió llamar a Megan. Se puso el teléfono al oído y respiró hondo intentando no llorar. —¿Dónde estás? Llevo aquí toda la mañana esperando por ti y…

—Estoy en Houston.

—¿En Houston? ¿Para matricularte?

—A mi padre le ha dado un ictus.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. —¿Estás bien? ¿Está bien? No sé ni qué preguntar.

Sonrió con tristeza. —Estoy bien y al parecer lo han cogido a tiempo, aunque no saben aún sus secuelas.

—Lo siento muchísimo. ¿En qué hospital estás?

—No hace falta…

—¡Claro que hace falta!

—Estás embarazada.

—¡Ni que fuera un problema! ¿Dónde estás? Si no me lo dices, recorreré todos los hospitales de Houston.

Se emocionó por su preocupación. —En el Memorial. Pero no podré verle hasta las cuatro.

—Intentaré llegar lo antes posible.

—Gracias —dijo con la voz congestionada antes de colgar.

—¿Quién era?

Se sobresaltó mirando hacia arriba para encontrarse a Clay ante ella con una sonrisa en los labios. —Una amiga.

—¿Una buena amiga?

—La mejor. —Alargó la mano con las llaves. —Gracias.

—Siento el desorden. Seguramente te has espantado.

—Mi compañera en la universidad era un desastre, así que ya no me espanta nada.

—¿Qué has estudiado?

—Empecé medicina.

—¿Empezaste?

—Es una larga historia.

Él sonrió. —Pues me gustaría conocerla.

—Oh…

Se echó a reír. —¿No te lo esperabas?

—Sí. —Se sonrojó con fuerza. —Quiero decir no. Es que…

—¿Tienes novio? —preguntó sorprendido—. Porque no le has llamado y tenía la impresión de que no había nadie.

—No. —Agachó la mirada. —No hay nadie que se pueda decir que es mi novio.

—Entonces perfecto. Ven, que te invito a comer. —Le guiñó un ojo. —Así de paso te cuento cómo está tu padre que le acabo de ver.

Se levantó de golpe. —¿Cómo está?

—Mucho mejor —dijo caminando hacia la puerta de urgencias y ella pasó cuando se la abrió como todo un caballero. Se le cortó el aliento porque había muchísima actividad. Fascinada

vio como una enfermera corría ante ellos con unas bolsas de plasma en la mano. —Estoy muy satisfecho con las pruebas que le hicieron esta mañana. —La miró de reojo y sonrió. —Bienvenida a tu sueño. Aunque te aseguro que a veces es una auténtica pesadilla. Pero los que estudiamos esto es por vocación, ¿no?

—Sí.

—¿Por qué rama te inclinabas más?

—Tocología.

—Neurología no es tan satisfactorio.

—¿Has traído algún niño al mundo?

—Claro que sí. En las rotaciones me tocó asistir en unos cuantos partos. —Suspiró con auténtica envidia y él rio. —Te aseguro que cuando la madre te grita medio histérica que se lo saques, te ponen los pelos de punta con las caras de locas que ponen.

Se echó a reír entrando en el ascensor con él. —Me encantaría vivirlo.

Pulsó un botón y se volvió para mirarla. —¿Y cuál es tu historia para que no cumplieras tu sueño, Jenny Parker?

Se sintió tan a gusto con él, era tan agradable, que antes de darse cuenta había contado su vida y él parte de la suya. Disfrutaron de la comida de la cafetería y la conversación fluía de manera natural. Era el segundo de tres hermanos y se había criado allí, en Houston. Toda su familia era de la rama sanitaria. Su madre enfermera, su padre médico y su hermano mayor trabajaba con él. El pequeño aún estaba en la universidad, pero también estudiaba medicina. Fascinada escuchó como hablaba de su infancia y como su padre para comprobar si tenía la raza necesaria para ser médico le había llevado con quince años a un depósito de cadáveres.

—Me lo mostró y se dio cuenta de que valía para esto cuando le pregunté como si nada de qué había muerto.

—¿A tu hermano le hizo lo mismo?

—Todos pasamos por eso. —Se echó a reír. —Pero el pequeño, que es listo como ninguno, en lugar de preguntarle de qué murió le dijo a mi padre que la sutura del pecho era una chapuza. El forense estaba delante y mi padre se murió de la vergüenza, aunque luego reconoció que mi hermano tenía toda la razón.

—Deben ser fantásticos.

—¿Quieres conocerles? —preguntó comiéndosela con los ojos.

Se sonrojó. —¿Cómo?

—El próximo sábado es el cumpleaños de mi madre y todos los años hacemos una fiesta. Algo informal, una barbacoa. Me gustaría que vinieras.

—No sé, mi padre…

—No, a tu padre no le doy el alta para poder ir.

Sonrió sin poder evitarlo. —No sé si podré. Tengo un rancho, ¿sabes?

—Y me muero por verlo. ¿Vendrás sí o no?

—No lo sé.

—Pues te llamaré hasta que cedas.

—No tienes mi número.

Él se echó a reír y se levantó. —Tengo que regresar. Se ha acabado el recreo. —Se agachó y la besó en la mejilla. —Ha sido un gusto conocerte, Jenny Parker.

Medio atontada le vio ir hasta la puerta de la cafetería. Era tan agradable. Se pasó la mano por la mejilla aún sintiendo su contacto. No podía ir a esa barbacoa. Estaba Bob y… Se enderezó en la silla. ¿Bob? ¿El Bob que ni se había molestado en llamarla? ¿Ese Bob? ¿El que había pasado de ella toda su vida? Vale que cuando la besaba su corazón se ponía del revés, ¿pero y si se estaba equivocando? ¿Y si él no era el hombre adecuado para ella? ¿Hubiera seguido coladita por Bob si se hubiera quedado en Nueva York más tiempo? ¿Si no hubiera regresado? No tenían

nada en común y lo demostraba que nunca habían tenido una conversación como la que acababa de tener con Clay. Preocupada se levantó con intención de ir a la sala de espera por si la llamaba para ir a ver a su padre, pero el tema de Bob no dejaba de darle vueltas en la cabeza.

Clay la comprendía. Había entendido perfectamente lo que le había pasado. Le había dicho que había sido muy valiente por enfrentarse a todo sola, por haber dejado su sueño y por intentar sacar adelante el rancho. Había visto la admiración en sus ojos al decirle esas palabras. Sin embargo, Bob solo le había expresado su desprecio. Cuando había ido con su hermano a prestarle ayuda, había visto como miraba su cocina con desdén y era porque aquel día había tenido el parto de una de las reses y no había podido limpiarla en condiciones. Los cacharros se habían acumulado por todo el trabajo pendiente. Fue esa mirada de desprecio la que le hizo decir a Marc que no necesitaba la ayuda de los Bentley. Y cuando un año después apareció en su casa con la oferta de compra del rancho, la rechazó rabiosa creyendo que quería aprovecharse de su situación como los demás. El rancho era lo único que les quedaba y se negaba a perderlo, eso por no mencionar qué hacía con un padre alcohólico que había sido vaquero toda la vida. Eso sí que hubiera matado a su padre.

Pero lo que más le había dolido habían sido las palabras del día anterior. Jamás había sido vaga ni perezosa. Había estudiado muchísimo para conseguir la beca en Columbia. Se había esforzado tanto…Y todo para nada. Y que le recordara la deuda que tenía con Megan le había retorcido las entrañas, porque ella era la primera que daría lo que fuera por devolver ese dinero cuanto antes.

Sentada en la silla de plástico minutos después, se preguntó por qué tenía que esperar a un hombre con el que no tenía nada en común. Bob había demostrado que hasta el día anterior no era que le importara demasiado. Le importaban mucho más sus tierras. Si hubiera tenido algún interés, ella se hubiera dado cuenta porque no era estúpida y jamás la había mirado de esa manera. Hasta ese momento en misa había pasado de ella totalmente. Entrecerró los ojos. Sí, porque era un hombre que estaba acostumbrado a ligar. Las tenía a puñados y era bien sabido en

el pueblo que cuando se empeñaba en una mujer siempre la conseguía. Si a ella no la había conseguido antes era porque no le interesaba. ¿Y quién decía que después de echarle un par de polvos no le daba la patada como a todas las demás? Tenía la sensación de que Clay iría totalmente en serio y aunque era atractivo no tenía pinta de conquistador. Parecía realmente interesado en todo lo que le decía. Parecía realmente interesado en ella. ¡Quería presentarle a sus padres!

—¿Está muy mal?

Se sobresaltó al encontrarse a su amiga ante ella y al ver a Bob a su lado parpadeó porque eso sí que no se lo esperaba. —Nena, ¿cómo está? —Se acuclilló ante ella y cogió su mano.

Frunció el ceño al ver un rasguño en el dorso de su mano antes de mirarle a la cara. Se le heló la sangre al ver un morado entre el cuello y el lóbulo de su oreja. Asqueada soltó su mano mirándole incrédula.

Bob arrepentido intentó explicarse. —Jenny no lo entiendes. Creí que te estabas riendo de mí. Cuando llegué al rancho y me di cuenta de que no estabas, creí que pretendías darme una lección por lo que te había dicho en la comida.

—Fuera de mi vista —dijo mientras algo se rompía en su interior—. Sabía que no te importaba nada, pero te juro que has llegado a sorprenderme. Ahora entiendo que no me llamaras. Buscaste otro entretenimiento, ¿verdad? ¿Te lo pasaste bien? ¿Con quién fue? ¿A quién te tirabas mientras mi padre se debatía entre la vida y la muerte?

Megan se sentó a su lado abrazándola por los hombros mientras su cuñado enderezándose palidecía. —Por favor Bob, vete. ¿No ves que no es momento para dar explicaciones? Bastante tiene ya.

—Lárgate ahora mismo —dijo entre dientes—. No soporto ni mirarte.

—¡No llamaste!

—¡No quería molestar a Megan porque ya la he molestado bastante! Pero podías haber

llamado tú.

—No tenía tu móvil y furioso como estaba no pensaba pedírselo a Megan. —Nervioso se pasó la mano por su cabello negro. —Nena, ni se me pasó por la imaginación que esto podría ocurrir.

—¿No se te ocurrió que después de quedar conmigo y no encontrarme, hubiera pasado algo cuando no estaba en casa y tampoco estaba mi camioneta?

Tenso respondió —Ya te he dicho lo que pensé en ese momento.

—Que te estaba dando una lección y la lección me la he llevado yo. —Le miró con desprecio. —Debías estar de lo más afectado por mi burla y mi desdén. Pero qué disparates digo, si fuiste a buscar a la siguiente de inmediato.

—Jenny…

—Me das tanto asco… —Él dio un paso atrás como si le hubiera golpeado. —¡No quiero verte más! ¿Me has entendido? —preguntó alterada.

—Por Dios Bob, vete —rogó su cuñada viendo el estado de su amiga que lloraba sin darse cuenta.

Él apretó los puños de la impotencia antes de salir de la sala. —Lo siento —dijo Megan —. Ayer fue a buscarte y poco después regresó a casa para dejar el Mercedes. Se fue en su ranchera sin dar explicaciones y sabía que había pasado algo porque estaba furioso. Te llamé, pero como no me lo cogías supuse que no querías hablar de ello…

—Tú no tienes la culpa de nada. —Jenny sollozó tapándose el rostro terriblemente avergonzada por ser tan estúpida.

—Me siento responsable. Yo te animé. —Acarició su espalda mientras lloraba y cuando se calmó un poco susurró —¿Como está tu padre?

Sorbió por la nariz. —El médico está contento, pero hay que esperar.

—Esa es una noticia magnífica.

Sonrió con tristeza. —Sí que lo es. ¿No es estúpido que me ponga así cuando mi padre está intentando sobrevivir?

—No, no es estúpido. Porque tú no eres estúpida en absoluto y vas a salir de esto triunfante porque eres una luchadora. Y él también saldrá adelante.

Miró sus ojos verdes. —Eres la mejor, ¿sabes?

—No, no lo soy. Pero no le digas nada a mi marido que piensa lo mismo que tú.

Rio por lo bajo sin poder evitarlo. —Te quiero.

—Y yo a ti. Eres como mi hermana.

Capítulo 6

Cuatro años después

Salió de la consulta y se quitó el fonendo del cuello. —¿Cómo está? —preguntó su marido inquieto.

—Falsa alarma. Puede llevársela a casa, señor Smithson.

—¿Otra vez? —preguntó indignado—. Esta mujer. Menudo embarazo que me está dando.

Sonrió divertida viéndole entrar en la habitación y Jenny se acercó al mando de enfermeras. —La trescientos cuatro se va a casa. Y yo también. —Miró a su alrededor. —¿El doctor Martin?

—Está con una cesárea de urgencia.

—Bueno, dile que me he ido.

—Entendido, jefa.

—No soy la jefa.

—Eres la matrona y cuando no está el jefe, tú eres la jefa.

Divertida se volvió. —Hasta mañana, Teresa.

—Hasta mañana.

Fue hasta el vestuario y se sentó en el banco. Estaba quitándose los zuecos cuando sonó el teléfono y divertida contestó —Amiga, no me digas que estás embarazada de nuevo.

—Muérdete la lengua, guapa.

Se echó a reír. —¿Cómo estás? ¿Cómo están los niños?

—Guapísimos, como su madre. Mi Lili es una futura promesa del rodeo y mi Kirk un conquistador como su padre. Serán el terror de los contornos.

Sonrió con tristeza porque la última vez que los había visto había sido hacía cuatro meses cuando su amiga se los había llevado a Houston para pasar el fin de semana. —¿Cuándo me traes a mis niños?

—¿Por qué no vienes tú?

Se le cortó el aliento. —Megan…

—Este fin de semana voy a hacer una fiesta por mi aniversario y quiero que vengas. Por favor, han pasado cuatro años. Tú te has casado con ese neurocirujano tan estupendo y ese tema está zanjado. ¿No podéis enterrar el hacha de guerra?

Se mordió el labio inferior porque tenía razón. —¿Este fin de semana?

—¿Vendrás? —preguntó ilusionada.

—Pero tendré que ir sola. Clay estará en un congreso en Miami… —Su amiga hizo una pedorreta como si le importara un pito y Jenny sonrió. —Vale.

—Te prepararé la habitación de invitados —dijo ilusionada antes de gritar —¡Ha dicho que sí! Cómo me alegro. Lo pasaremos genial.

Sonrió divertida, aunque lo dudaba mucho. —De eso estoy segura.

—¿Vienes el viernes? Haremos noche de chicas. Saldremos por ahí a quemar Victoria.

—¿Qué has dicho, mujer? —preguntó su marido a lo lejos.

—Oh, cállate gruñón. —Soltó una risita. —Te espero el viernes. Te quiero.

—Te… —Antes de que pudiera decir nada más ya la había colgado.

Sonriendo se quedó mirando el móvil y apretó los labios antes de suspirar abriendo su taquilla. Las fotos de ella con su padre antes de morir el año anterior la llenaron de nostalgia. Habían tenido tres años antes de que otro ictus se lo llevara, pero habían sido tres años estupendos. Había recuperado a su padre del todo durante ese periodo y murió en paz. Acarició su cara con tristeza antes de tomar aire y sacar la ropa de la taquilla. Un fin de semana en el rancho Bentley. Sin poder evitarlo se puso nerviosa. No veía a Marc y a la abuela desde el funeral de su padre. Aunque le habían vendido el rancho a Bob después del primer ictus a través de un representante legal y no habían vuelto a vivir allí, su padre siempre había querido ser enterrado al lado de su esposa. Y así se hizo en el cementerio de Victoria. Fue un momento desgarrador y en cuanto pudo se fue sin volver la vista atrás. Como si quisiera huir de todos los tristes momentos que habían pasado allí.

Se sentó quitándose la parte de arriba del pijama y se preguntó cómo estaría ahora su rancho. Muy distinto, seguramente. Hacía cuatro años que no pisaba las tierras que la habían visto crecer y sintió un nudo en la garganta. Megan hacía mucho que no le hablaba de Bob. Desde el primer ingreso de su padre. Le había suplicado que no le mencionara nunca más y cuando su padre se recuperó fue su abogado quien hizo la oferta a Bob. Megan la había llamado de inmediato para decirle que la aceptaba. Y desde ese momento no había vuelto a saber nada de él. Se preguntó si se habría casado y con quien. Durante esos años había pensado mil veces en que hubiera pasado si su padre no se hubiera puesto enfermo. Si hubieran tenido un futuro juntos y si hubiera sido así si habrían sido felices. Pero eran solo preguntas que se hacía de vez en cuanto porque era muy consciente de que el pasado no se podía cambiar y ella había seguido su vida. Se había matriculado en la escuela de enfermería y junto a su padre habían alquilado un pequeño apartamento cerca de donde estudiaba. Su mirada se elevó para ver a Clay en una de las fotografías cogiéndola por la cintura mientras la besaba en la mejilla. Ambos reían felices en su luna de miel. Sonrió con tristeza levantándose para quitarse los pantalones. Bueno, puede que no

fuera tan mal como se esperaba. Sería duro en ciertos aspectos, pero estaría con Megan y con su familia. Al pensar en Bob de nuevo metió la ropa en la taquilla y la cerró de un portazo. —Deja de pensar en él, Jenny. Ya no está en tu vida. Y cuando le veas, te darás cuenta de ello totalmente. —Ese pensamiento la hizo sentirse genial y contenta terminó de vestirse.

—¿De veras? —preguntó Clay a través del manos libres mientras su cuatro por cuatro devoraba los kilómetros que le quedaban entre Victoria y el rancho—. Creía que este fin de semana te quedabas en casa.

—Megan me ha convencido. —La risa de Clay la hizo sonreír. —Sí, es irresistible.

—Pásalo bien y aléjate de los vaqueros.

—Lo intentaré, querido.

—Te quiero.

—Y yo a ti —dijo antes de pulsar el botón rojo, pero se tensó al ver la entrada a su antiguo rancho. Se quedó sin aliento al ver el enorme arco que ponía una B y una P entrelazadas. ¿O eran dos B? Claro, de Bob Bentley.

Detuvo el coche porque no podía pasar de largo sin comprobarlo y se bajó del coche acercándose a la entrada caminando. Llegó bajo el enorme arco de hierro forjado y entrecerró los ojos porque no había visto mal la primera vez. Eran una B y una P entrelazadas. ¿Tendría un socio? Se escuchó un claxon y sobresaltada se volvió para ver una ranchera negra enorme. Se le cortó el aliento al ver a Bob tras el volante. Mierda. Ponía un pie en sus tierras y tenía que enterarse. Ya era mala suerte. Sintió que su corazón se aceleraba sin poder apartar la vista de sus ojos y él abrió la puerta. No, que no se bajara, gritó interiormente. Era increíble, pero a pesar de haber pasado cuatro años no había cambiado nada. —Jenny, menuda sorpresa.

Forzó una sonrisa. —Vi el arco y me detuve por curiosidad. —Incómoda se metió las

manos en los bolsillos traseros del vaquero. —Hola Bob.

Se quedaron en silencio y él apretó los labios. Se había equivocado en su primera impresión, sí que había cambiado. Sus ojos grises parecían más oscuros y ya no sonreían como antes. Se preguntó qué le habría pasado para que cambiara así. Pero no pensaba preguntar.

Al darse cuenta de que él también la observaba se sintió muy incómoda como si no se hubiera ido y como si el tiempo no hubiera pasado. Se sintió la Jenny Parker de antes y eso se había acabado. —Bueno, me voy.

—¿Vienes para la fiesta? —preguntó como si no quisiera que se fuera.

—Sí, me quedo el fin de semana en casa de Marc —contestó yendo hacia su coche.

Bob asintió. —Va a ser una fiesta a lo grande.

—Supongo que sí. Tengo que irme, Megan me está esperando.

Él apretó los labios, pero se iba a subir al coche cuando le dijo —Si quieres ver el rancho mientras estés aquí… He hecho muchas reformas y lo verás muy cambiado.

Ella miró el arco y negó con la cabeza. —Será mejor que no. Demasiados recuerdos. — Se subió al coche y lo encendió para ver a través del espejo retrovisor que estaba observándola. Sintiendo un nudo en la garganta miró al frente y giró el volante para incorporarse de nuevo a la carretera. Aceleró poco a poco y sin poder evitarlo miró de nuevo a través del espejo. Se le cortó el aliento porque seguía allí.

El cartel en el porche con la palabra bienvenida la hizo reír. Se notaba que los niños habían hecho parte del trabajo porque había manitas pintadas en todo el cartel. Detuvo su coche ante el porche y Megan salió chillando de la alegría. Se bajó del vehículo a toda prisa y se abrazaron.

—Qué alegría. —Megan se apartó para mirarla de arriba abajo. —¡Estás más guapa! —dijo como si fuera un delito.

—Será el matrimonio que le sienta bien —dijo Marc desde el porche con una sonrisa en la cara.

—Hola, Marc. ¿Sigue amargándote la vida?

—Al menos estoy entretenido.

En ese momento salió María con Kirk en brazos y abrió los ojos como platos. —¡Está enorme! —Se echó a reír acercándose. —Dios, es un Bentley con todas las letras.

—¡No! —gritó la voz de una niña haciendo que todos miraran hacia arriba.

—Lili que se lo digo a tu madre —dijo la abuela molesta.

—¡No quiero vestido! ¡Se lo diré a papá!

—Esa sí que es una Bentley con todas las letras —dijo Megan exasperada.

—Si me disculpáis, mi princesa me reclama —dijo Marc divertido—. Entró en la casa y gritó —¿Hija? ¡Te pondrás el vestido!

—Pero papá…

—¿Qué has dicho?

—Vaaaale.

—Genial, liquidado —dijo Megan encantada.

Miró fascinada al niño. —Es para comérselo. —Lo cogió en brazos y le dio un beso a María en la mejilla. —¿Qué tal está Joss? ¿Qué tal ese pie que le dolía?

—Tiene gota.

—Vaya.

—Pero está bien, niña. La edad, eso es todo. Ven, cuéntanos tú. ¿Cómo te va con ese marido tan guapo que tienes?

—Bien.

—¿Y los churumbeles para cuándo?

—María no seas indiscreta —dijo Megan.

—¿Qué indiscreta ni nada, niña? ¡La he visto crecer! ¡Quiero ver crecer a sus niños!

—¿Y no te vale con estos? —preguntó Jenny elevando a Kirk—. Madre mía, ya tiene dos años…

—No, no me vale. Y le digo a la niña que tenga más.

—Por ella estaría pariendo a todas horas.

—Pues sí. Es un don divino.

Rio por la cara que puso Megan y Martha salió en ese momento con una bandeja de cervezas bien frías. La casa estaba llena de vida. —Gracias Martha.

—Me alegra que estés aquí.

—Y yo me alegro de haber venido.

—¿De verdad? —preguntó Megan.

Vio en sus ojos que estaba preocupada porque se sintiera a gusto y respondió —De verdad. —Se sentó con Kirk en brazos y le miró a la cara. —Bueno jovencito… ¿Cómo te va?

—Ben, tita.

Le besó en el cuello como sabía que le gustaba y el niño se echó a reír encantado. —Sí que deberías tener hijos. Serás una madre estupenda —dijo su amiga sentándose ante ella.

—Bueno, ya llegarán.

—Así que ya…

—No me agobio.

En ese momento salió Lili corriendo de la casa y se detuvo en seco al ver su cuatro por

cuatro antes de chillar señalando el coche al reconocerlo. Con los ojos como platos miró a su alrededor y chilló señalándola a ella. Todos se echaron a reír cuando corrió hacia ella para abrazarla con sus manitas. —Estás aquí.

Se agachó sin soltar al niño para llenarle la cara de besos. —Sí, estoy aquí. Y tú regalo está en el coche. ¿Adivina?

Abrió sus ojos como platos. —Un perrito.

—No sé. Vete a ver.

La niña corrió hasta el coche y todos rieron cuando intentó llegar a la manilla. Marc bajó los escalones y se la abrió cogiéndola en brazos y subiéndola.

—Como sea un perrito te mato —dijo Megan sin perder la sonrisa.

Cuando la niña gritó de la alegría su amiga gruñó. —¡Un perrito, papá! ¡Un perrito!

Megan puso los ojos en blanco y Marc la sacó del coche con un cachorrito de Pomerania totalmente blanco en los brazos.

—Oh, que monada—dijo María encantada.

—Como se nota que le dais todos sus caprichos —Megan gruñó—. Luego yo soy la mala.

—¿Pero qué es eso? —preguntó la abuela saliendo en ese momento de la casa.

—¡Un perrito, abuela! —respondió la niña muy excitada.

La abuela la fulminó con la mirada. —Ah, ya entiendo. —Dejándola de piedra entró en la casa dando un portazo.

Asombrada miró a Megan que hizo una mueca. —Está un poco enfadada contigo.

—¿Y eso?

—Por no querer quedarte después del funeral. —Forzó una sonrisa. —Bah, cosas de persona mayor.

—Gracias, gracias —dijo la niñita corriendo hacia ella por el porche.

—De nada. ¿Te gusta?

—Mucho.

—¿Mío? —preguntó su hermano extendiendo los brazos.

Su hermana se lo acercó para que le acariciara. —No es tuyo. Tú eres muy pequeño.

—Mira la adulta —dijo su madre divertida—. Con cuatro años.

—Mami soy mucho más madura que él.

Marc se echó a reír a carcajadas y su mujer sonrió. —Le tiene loco. Dice que es la niña más lista de Texas.

—Y tiene razón.

—¿Ves mami? —Se volvió hacia su padre. —Papi, ¿le puedo llamar copito?

—Claro que sí, cielo.

—Como si le quiere llamar dragón. Todo estaría bien.

Jenny se echó a reír a carcajadas y cuando se calmó le dijo a Megan —¿Necesitas relajarte, amiga?

Le rogó con la mirada. —Sí, por favor.

—Entonces vamos a quemar la ciudad.

Terminó de arreglarse mucho antes que Megan, a la que sus niños no dejaban de interrumpirla continuamente. Así que bajó los escalones hasta el salón deteniéndose en seco al ver a la abuela en su sillón haciendo punto de cruz. —Pasa, niña. No me como a nadie.

—Me ha dicho Megan que estás molesta conmigo.

—No estoy molesta contigo.

—Venga, Alice… Solo hay que verte. —Se sentó a su lado y suspiró. —Suéltalo ya.

La abuela apretó los labios antes de dejar el bordado a un lado y la miró a los ojos. —No quisiste quedarte después de enterrar a tu padre.

—Fue un momento muy duro y quería irme cuanto antes. Sé que habías preparado la recepción, pero no me sentía capaz.

—Vino toda la ciudad. Todos esperaban conocer a tu marido. ¡Ahora sí que creen que eres rara!

Se echó a reír porque ahí estaba la base del problema. Que le fastidiara que pensaran que era rara. —Te voy a dar una noticia. —Se acercó más y la abuela hizo lo mismo. —Me importa un pito.

—¡Niña!

Se rio de nuevo y le dio un beso en la mejilla sonrojándola. Alice la miró y le acarició la barbilla. —Esta es la Jenny que conocí hace años. Te ha sentado bien irte.

—Fue mucha presión. Ahora todo es distinto. Tengo muchos amigos, un trabajo que me encanta y soy feliz.

Alice la miró fijamente. —¿Seguro?

—Bueno, tengo mis días, como todos. ¿Tú eres feliz todo el tiempo?

—Tengo mis días.

Rieron y a Jenny se le cortó el aliento al ver a Bob ante la puerta del salón. Llevaba unos pantalones de pinzas negros y una camisa blanca. Estaba tan guapo que su corazón dio un vuelco. —Buenas noches.

—¡Tío, tengo un perrito! —gritó la niña desde arriba.

—¡Lili a la cama! —ordenó su madre.

Bob miró hacia arriba y sonrió. —Me lo enseñas mañana, preciosa.

—Vaaale.

Él miró hacia Jenny y recorrió su vestido rosa entallado pasando por sus piernas cruzadas hasta llegar a sus sandalias. —Qué elegante. Nos cambiamos para la cena, pero no solemos vestir tan elegantes para cenar, ¿verdad abuela?

—Es que las chicas van a salir. Chico, ¿así te he enseñado que se saluda?

—Ya nos habíamos visto antes, abuela —dijo ella mirándole fijamente. Aparentaba estar relajado, pero no lo estaba en absoluto. De hecho, fue al mueble bar a servirse una copa—. En su rancho. Me detuve para ver el arco cuando él llegó en ese momento.

—¿A que es precioso? ¿Qué te ha parecido?

—Muy bonito. Papá siempre quiso uno así.

—No, ¿qué te ha parecido? —La miró sin comprender. —¿Sabes cómo se llama el rancho, niña? ¡BP!

—¿Eso debe decirme algo?

—¡Bentley Parker!

Se le cortó el aliento y miró a Bob. —No tenías que hacerlo.

—Claro que sí. Vuestra familia luchó por esas tierras durante años. Merecían ese homenaje —dijo antes de beber sin quitarle la vista de encima.

Apartó la vista de golpe. —Gracias.

Él apretó los labios antes de mirar su vaso. La abuela sonrió dándole palmaditas en la mano. —A tu padre le hubiera gustado.

Emocionada asintió. —Mucho.

—Cuéntanos, ¿qué tal por Houston?

Respiró hondo intentando calmarse antes de levantar la vista con una sonrisa en los

labios. —Muy bien. En la clínica donde trabajo están muy contentos conmigo. El mes pasado me subieron el sueldo.

—Eso está muy bien. ¿Y tu marido?

—Ya ha acabado la residencia y tiene un puesto fijo en el Memorial. Ahora aspira a ser el jefe de departamento, pero para eso quedan unos años porque su jefe aún tardará en jubilarse.

—Un hombre muy agradable.

—Sí que lo es. —Se miró la mano y vio su anillo de boda y el diamante que él le había regalado con tanta ilusión. —Es estupendo.

Escucharon como un cristal se rompía y ambas miraron sobre su hombro para ver que a Bob le sangraba la mano. Se levantó de inmediato. —¿Se te ha roto el vaso? —preguntó al ver los cristales en el suelo.

—No es nada.

—¿Cómo que no es nada? —Preocupada cogió su mano y separó los dedos. Tenía un corte bastante profundo en la palma. —Necesitas puntos.

—¿Es grave? —preguntó la abuela preocupada.

—No, abuela. No es grave. No te preocupes que te queda nieto para largo —dijo mirando la herida. Al levantar la vista sus ojos se encontraron y se quedó de piedra porque parecía que la anhelaba más que a nada. Él apartó los ojos y ella dijo sin aliento —Voy a por el botiquín a mi coche.

Salió de la casa a toda prisa y cuando abrió el portaequipajes tomó aire. Se lo había imaginado, todo eran fantasías suyas. Cogió su maletín y cerró de golpe la puerta, entrando de nuevo en la casa. En el salón también estaba Marc que dijo —¿No deberíamos llevarle al hospital? Sangra mucho.

—Tranquilos —dijo eficiente colocando el maletín sobre la mesa de centro—. Bob ven aquí.

—Cariño, ten cuidado con la alfombra —dijo la abuela.

Ella levantó la vista y vio que tenía la mano envuelta en una toalla. —Ven. Necesito revisar bien la herida antes de cerrar. —Bob se acercó a regañadientes. —¿No me digas que tienes miedo a las agujas con lo grande que eres?

—Al parecer se te ha desarrollado el sentido del humor, preciosa.

—No lo sabes bien. Siéntate en el sofá. No es el primer hombretón que se me cae redondo.

—Porque serán unos flojos esos de ciudad. ¿Verdad hermano?

—Mi nieto no se va a desmayar —dijo Alice firmemente—. ¿Verdad chico?

—Más me vale. El orgullo de los Bentley está en juego.

Jenny sonrió sin poder evitarlo mientras apartaba la toalla. —¿Me traéis un par de toallas más?

Marc salió del salón de inmediato y ella revisó la herida. —Abuela, ¿me acercas esa lámpara?

Alice lo hizo y pudo ver el reflejo de un cristal en uno de los bordes. En ese momento llegó Marc y ella distraída le dio las gracias. Puso las toallas sobre la mesa y sacó el instrumental colocándolo por orden. —Pon la mano sobre esa toalla —dijo ella poniéndose unos guantes de látex antes de arrodillarse a su lado cogiendo las pinzas. Iluminada por Alice sacó un pequeño cristal y después otro. Ya sangraba mucho menos. Bajo la atenta mirada de todos cogió un frasquito y clavó una jeringuilla en él para inyectar después su mano. —Así no te dolerá.

Le echó iodo por toda la herida y Marc hizo una mueca cuando empezó a coserle.

—No podrás mojarte la mano. Y nada de coger pesos con ella. Ni las riendas. ¿Me has entendido?

—Sí, nena.

Se le cortó el aliento cuando la llamó así y levantó la vista hasta sus ojos, pero no dijo nada por no discutir, sobre todo ante la abuela.

—No te hará caso —dijo Alice exasperada.

Cuando terminó dijo muy seria —Pues si no quieres que se te abran los puntos deberás hacer caso. —Cogió una venda y empezó a cubrirle la herida de manera eficiente. —Hala, ya está.

Megan llegó en ese momento monísima con un vestido negro entalladísimo y suspiró como si estuviera agotada. —¿Qué me he perdido?

Capítulo 7

Se echaron a reír y chocaron sus copas de vino. —Por nosotras.

Bebieron y Megan dejó la copa ante el postre. —Cómo necesitaba esto. La vida de casada está muy bien, pero de vez en cuando echo de menos un poco de independencia.

—Te entiendo perfectamente —dijo Jenny cogiendo la cucharilla.

Megan la observó mientras se metía la cucharilla en la boca saboreando la tarta de chocolate. —¿Te van bien las cosas con Clay?

La miró sorprendida. —¿Por qué piensas que no me van bien?

—No lo sé. Cuando me dijiste que salías con ese tipo no me sorprendió. Tenías una vida nueva y él siempre te había apoyado. Supe desde el principio que haría lo que fuera por conquistarte. Pero debo admitir que no esperaba que llegarais tan lejos. En la boda estabas contenta y a él se le veía muy enamorado, pero a ti no. No tenías el brillo en la mirada que tenías cuando estabas ilusionada con Bob. —Al ver que iba a decir algo levantó la mano interrumpiéndola. —Sí, lo sé. No debo hablar de él. Te lo prometí, pero soy tu amiga y me preocupas. Y creo que ha sido un error no hablar de Bob en todos estos años, porque aunque no le hemos mencionado siempre ha estado ahí.

—Te equivocas. —Apoyó la espalda en el respaldo de la silla. —Dejó de estar ahí en el mismo momento en que salió del hospital.

La miró a los ojos. —Eso no es cierto y lo sabes. Hace dos horas os he visto juntos y

también he visto cómo le mirabas cuando creías que no te veía nadie.

—No me esperaba que fuera a cenar a tu casa todos los días, eso es todo.

—Si te importara poco, te daría igual que se paseara desnudo ante ti. Si no te importara, si estuvieras tan enamorada como lo estoy yo de mi marido, no te importaría ningún hombre del mundo, Jenny.

Apretó los labios. —Tú solo has estado enamorada de Marc. No entiendes mi situación.

—Así que es cierto, aún sientes algo por él.

—No, no quiero decir…

—Es lo que acabas de decir, amiga. —Cogió la copa de vino sin quitarle ojo. —Y te recuerdo que no has contestado la pregunta. ¿Las cosas van bien entre Clay y tú?

—Mi matrimonio va muy bien. Clay es fantástico y no puedo pedir más.

—Puedes pedir ser feliz. Sentir mariposas en el estómago cada vez que te toque o esté a tu lado. Anhelar sus caricias y sus besos continuamente. —Jenny apretó los labios apartando la vista y Megan la miró preocupada. —Sé que no sientes todas esas cosas. Le puedes querer muchísimo porque es un hombre fantástico, pero no me digas que le deseas igual que deseaste a Bob, porque ni muerta te creería. Llevas la vida que querías antes de la muerte de tu madre. O casi, pero creo que no es lo que te esperabas porque Bob no está en ella.

—Mi vida es perfecta, Megan. No te montes películas —dijo muy tensa.

Megan apretó los labios. —Muy bien. Está claro que no confías en mí.

—Oh… ¿Qué quieres? ¿Que te dé la razón cuando no la tienes? ¿Qué te parecería que yo criticara tu vida o tu matrimonio? —Su amiga se sonrojó y Jenny suspiró. —No discutamos, ¿quieres? ¿Ves? Esto pasa porque has sacado a Bob en la conversación.

—Habló conmigo, ¿sabes? De esa noche. —Se le cortó el aliento apretando la cucharilla en su mano. —Y estaba terriblemente arrepentido. Esperaba que regresaras y cuando se enteró

que mientras tu padre estaba ingresado te quedarías allí en casa de un amigo, casi se sube por las paredes de la impotencia por no poder arreglarlo. Cuando llegó la oferta del abogado no se lo podía creer y fue cuando se dio cuenta de que no regresarías. Lo pasó muy mal. Quiso ir a verte mil veces, pero como te prometí no le di tu dirección. Eso creó un cisma entre nosotros, ¿sabes? Sé que nunca dejará de quererme como a un hermano, pero todo cambió después de ese momento.

—Pues lo siento mucho. Siento que tu vida se haya visto afectada por mi decisión, pero tú misma me apoyaste en ese momento. —Megan se sonrojó. —Viste cómo estaba. ¿Por qué estamos teniendo ahora esta conversación?

—Solo estoy diciéndote que él también lo pasó mal.

—Y que tú estabas en medio. También me has dicho eso. —Se miraron fijamente y Jenny apretó los labios. —Lo único que buscas con todo esto, es que te diga que no le he olvidado y no es así. Tengo una vida maravillosa en Houston con un hombre fantástico. Punto. Tu cuñado no forma parte de mis pensamientos desde hace mucho tiempo.

Megan se tensó. —Puedes mentirme, puedes repetir esa estupidez una y otra vez, pero no me lo creeré. Te he visto enamorada de Bob y cómo te ponías nerviosa cada vez que estabas a su lado. ¡Te he visto esta noche! ¿Quieres mentirme? Perfecto. Pero procura no mentirte a ti, porque como lo sigas haciendo llegará un momento, puede que no ahora, puede que dentro de veinte años, en el que te preguntarás qué coño has hecho con tu vida. Y en ese momento te diré, te lo advertí. —Jenny reprimió la risa por su discurso y Megan jadeó indignada. —¡No te rías!

—Cómo te gusta tener siempre la razón.

—¡Qué mentira!

—Vamos, reconoce que Clay te cae fatal.

—¡No! Es un tipo estupendo. —Se sonrojó con fuerza y Jenny se echó a reír a carcajadas. —Vale, es un blando. Yo estoy acostumbrada a hombres de verdad. ¡Y tú también!

—¿Un blando? —preguntó perdiendo la sonrisa de golpe—. Perdona, pero Clay no es ningún blando.

—Ese no te da un beso que te deje temblando ni aunque su vida dependiera de ello. Siempre detrás de ti mariposeando. ¿Cómo estás, querida? ¿Todo bien, querida?

—¡Está pendiente de mí porque le importo!

Chasqueó la lengua. —No quiero discutir. Tú has sacado el tema.

Jenny gruñó. —No es ningún blando.

—¿No? El día de tu boda casi se desloma al cogerte en brazos.

—¡Menuda mentira! Hace ejercicio cada mañana.

—Si ni tiene músculo. Seguro que le salió una hernia. —Jenny recordando como le dolía la espalda en la luna de miel se sonrojó con fuerza. Megan la señaló antes de echarse a reír con ganas. —¡Lo sabía!

—No le salió una hernia. Tuvo una pequeña contractura en la espalda que…

—Lo que decía. Un blando. —Bebió de su copa de vino. —Y él tampoco me soporta, no disimules. Las últimas cuatro veces que fui a Houston buscó excusas para no coincidir conmigo.

—Será porque la última vez que coincidisteis no dejabas de echarle en cara que te había quitado a tu mejor amiga. Siempre le sueltas pullas y Marc tampoco puede ni verle. Es muy inteligente, ¿sabes? Se dio cuenta enseguida de que no le tragabais.

—Se agobia por nada. —Abrió los ojos como platos. —Por eso no te quedaste a dormir en casa el día del funeral, ¿verdad? Porque él no quería.

—Se sentía incómodo y yo también. No lo estaba pasando precisamente bien, rodeada de toda esa gente que nos había dado la espalda. Me daban el pésame como si la muerte de mi padre les importara.

Megan la miró con pena. —Había gente a la que sí que le importaba.

Agachó la vista a su postre casi sin probar. —No vino al funeral. Si tanto le importaba…

—Sí que fue al funeral. —Levantó la vista sorprendida. —Pero se quedó atrás para que no te sintieras incómoda. —Suspiró cogiendo la botella de vino y sirviendo las copas de nuevo. —Y para no matar a tu marido a golpes, claro.

Se le cortó el aliento. —¿Qué dices?

Miró a su alrededor antes de acercarse. —Cuando se dio cuenta de que no irías al rancho después del funeral, se rompió la mano pegándole un puñetazo a la pared. Su hermano tuvo que agarrarle. Se lo llevó porque ninguno le habíamos visto así jamás y la casa estaba a punto de llenarse de gente. Cuando Marc regresó me dijo que menos mal que no habíais venido porque no sabía cómo podía reaccionar Bob. No me dijo las frases exactas, pero me insinuó que estaba celoso. Pocos días después salió con Marc a tomar unas cervezas y cuando mi marido volvió a casa me dijo que al fin se había dado por vencido.

Se le retorció el corazón y levantó la copa. —Otra botella, por favor.

—Mira, no quiero contarte eso para que te sientas mal o que dudes de tu matrimonio. Pero si dudas de tu matrimonio, todavía estás a tiempo de subsanarlo porque Bob no ha salido con nadie en serio en todos estos años. —La miró sorprendida. —¿Rollos de una noche? Sí, por supuesto y sobre todo después del funeral. Una tras otra, no voy a mentirte, ¿pero alguna de ellas fue en serio? —Negó con la cabeza antes de beber de su copa un buen trago.

—No lo entiendo. No éramos nada para que se lo tome tan a pecho. Por Dios, si me fue infiel y ni habíamos empezado.

—Pues para no ser nada tú sí que te lo tomaste a pecho, ¿no crees?

Separó los labios de la impresión y su amiga sonrió. —¿Por qué no le mides con tu mismo rasero? ¿Porque es imposible que él te amara? Te fue infiel precisamente porque no te quería, eso piensas, ¿no?

—¡Sí!

—¿Y te has puesto en su lugar? ¿Has pensado en si realmente le importabas y en si se sintió rechazado durante años porque casi ni le mirabas? ¿Has pensado en lo que sintió al exponerse en aquella iglesia mostrando que se sentía atraído por ti, aunque temía tu rechazo como llegó a pasar? ¿Por qué crees que se fue enfadado? —Jenny palideció. —¿Por qué crees que te dijo todas esas cosas? ¿Por orgullo? ¡No guapa, porque se sentía dolido! ¡Pero aun así fue a buscarme a tu casa! ¡Y lo consiguió! —El corazón de Jenny se aceleró en su pecho. —Pero cuando fue a recogerte para esa cita, lo que menos se esperaba es que hubieras tenido que irte a Houston, sobre todo porque ante un caso así cualquiera hubiera llamado para avisar de lo que había ocurrido. ¡Lo que pensó es que le rechazabas de nuevo y que no tenías el valor de decírselo a la cara! Y fue a emborracharse. No justifico que se dejara querer, pero conozco muy bien a mi familia y sé cómo son. Puede que Bob sea de los dos el más afable, el más abierto, pero como mi marido es muy apasionado para bien o para mal. Y puede que esa pasión que pone en todo lo que hace, le haya hecho cometer un error gravísimo, pero te aseguro que jamás quiso hacerte daño.

Agachó la mirada antes de coger la botella de vino y llenar la copa hasta arriba. Su amiga con los ojos como platos vio cómo se la bebía entera. —¿Estás bien?

La miró a los ojos. —Jamás me case con Clay.

Megan incrédula negó con la cabeza. —Estuve en tu boda.

Suspiró apoyando los codos sobre la mesa para pasarse las manos por la cara. Megan cogió su mano y la apartó. —Jenny, ¿de qué hablas?

—Tengo un gusto pésimo con los hombres.

—Explícate, por favor.

—No es mal hombre. Todo lo contrario, es maravilloso. El hombre que toda mujer querría tener. Pero unos meses antes de conocerme perdió a un niño en quirófano. Le sentó muy mal. De hecho le afectó muchísimo. Se iba de vacaciones con sus amigos a las Vegas y tenía tan mal cuerpo que se negó y se fue solo a Irlanda de donde es su familia. No conocía el país y se

dijo que era el momento de visitar sus raíces. En el circuito que tenía contratado se detuvieron en un pueblo a pasar la noche. Estaban en fiestas y se sentó a observarles mientras bebía no sé qué brebaje tradicional. Recuerda unas bodas y que las mujeres llevaban flores en la cabeza. ¿Resultado? Se casó con una total desconocida en plena borrachera. —Megan jadeó llevándose la mano al pecho. —A la mañana siguiente ella no estaba. No sabía dónde localizarla. Por Dios, si casi ni recordaba su rostro aunque sí que tenía un papel que parecía antiguo que decía que se había casado. Clay tenía la intención de enterarse si aquello era legal al volver a Houston, pero aparecí yo y le dio vergüenza.

—A mí también me avergonzaría, la verdad. No era un crío.

—Se sentía tan…

—¿Idiota? ¿Inconsciente?

—No tiene gracia. Fue un error que puede ocurrirle a cualquiera pasado de copas.

Su amiga chasqueó la lengua. —Continúa.

—El hecho es que cuando me conocieron, sus padres le presionaron para casarse y él me quería. Me quiere. Como no había dicho nada a nadie sobre que creía que estaba casado, pensó que podía ignorar lo que había ocurrido. Por Dios, si su licencia de matrimonio parece un souvenir. Así que me pidió matrimonio. Pero menos mal que entró en razón y lo consultó con un abogado que le puso verde. Ahí empezaron los remordimientos por no contármelo, y el tema de cometer un delito de bigamia tampoco le dejaba dormir tranquilo, la verdad. No se concentraba y empezó a adelgazar. Yo creía que eran los nervios de la boda, así que dos días antes de la ceremonia hablé con él por si estaba arrepentido y decidió sincerarse. Todo lo demás fue idea mía para no disgustar a la familia. El cura no era tal cura. En lugar de casarnos en la iglesia como teníamos previsto, decidimos hacerlo en el jardín del restaurante. Nadie se dio cuenta. Fue la boda perfecta. Y nos fuimos de luna de miel con intención de que se divorciara al volver y casarnos por lo civil cuando todo estuviera arreglado.

—Así nadie se enteraría.

Asintió. —Ni su familia ni vosotros.

Megan se dejó caer en el respaldo de la silla asombrada. —Pero has dicho que no estás casada…

—Es que en la luna de miel me di cuenta de muchas cosas.

—¿De qué?

—Nunca hubo demasiada química entre nosotros. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Lo intenté y lo intenté, pero no me sentía totalmente a gusto. Él me sugirió que fuéramos a terapia sexual y nada. Eso se cerraba.

—¿Qué se cerraba? —Ella levantó una ceja y Megan jadeó. —¡No!

—Se contrae con tal fuerza que no le dejaba entrar. El psicólogo intentó solucionarlo con un montón de métodos y ejercicios que me relajaran, pero llegaba el momento y zas. Como un cerrojo, a cal y canto.

—¿Y él qué decía?

—¿Qué iba a decir? Se portó maravillosamente, pero al final se cansó como es natural. Quedamos como amigos y a todo el mundo le dijimos que nos habíamos separado. No veas cómo lloraba su madre. —Bebió lo que le quedaba de vino. —Parecía que me había muerto o algo así. Me tenían como a una hija más. De hecho, nuestra relación es tan estrecha como antes, pero ya se han cansado de insistir porque es evidente que no hay lo que debe haber en un matrimonio. Somos amigos. Grandes amigos. Y eso no es todo, hace seis meses que sale con una cirujana torácica y les va muy bien. Ella está embarazada.

Megan no salía de su asombro. —Menuda trola me has metido. —Se sonrojó con fuerza. —¡Trolas, que han sido varias!

—Lo siento.

Ella se acercó. —¿Pero tú estás bien?

Sonrió con cariño. —Estoy muy bien.

—Y ese problema…

—Mi terapeuta insiste que lo intente de nuevo con otra persona que me atraiga sexualmente, pero de momento no he encontrado ninguna.

—Jenny, ¿sigues siento virgen?

Se sonrojó con fuerza. —Bueno, en estos cuatro años nada y sabes que antes tampoco.

—La leche. ¡Tienes que acostarte con Bob ya!

—Ah, no.

—No me digas que no te atrae porque no me lo creo.

—¿No crees que ya está bien? Pasé página hace mucho y pienso seguir así.

Megan sonrió maliciosa. —A no ser que yo me chive.

La miró con horror. —¡Cómo le digas lo que me pasa, como le digas que no estoy casada, te juro que no vuelves a saber nada de mí!

—¡No puedo callarme esto!

—¡Ni a Marc! ¡Cómo me entere de que se te ha escapado algo a alguien, a cualquiera, me subo al coche y no me ves más el pelo!

Megan miró la botella que estaba a la mitad y sirvió su copa. Su amiga le dio un buen trago y sonrió maliciosa antes de levantar la mano. —Camarero, otra botella.

Capítulo 8

Menudo dolor de cabeza tenía. Gimiendo se llevó la mano a la sien y al escuchar un ruido se sobresaltó abriendo los ojos. Al ver la lámpara se asustó separando los labios porque no la conocía y se sentó de golpe mareándose. Su estómago se puso del revés y vio la puerta del baño. Corrió hacia allí y se arrodilló ante el wáter soltando hasta la primera papilla. Sintió a alguien tras ella, pero estaba tan mareada y hecha polvo que ni pudo girarse. Escuchó un suspiro y sintió que la cogían en brazos. —Nena, no puedes beber. Te sienta fatal.

Abrió los ojos y vio el rostro de Bob dos veces. Pensando que aún estaba soñando cerró los ojos de nuevo antes de sentir como la tumbaba. La tapó con una sábana y sintió como se sentaba a su lado. —Tomate esto, anda.

Sus ojos azules se abrieron de nuevo y él hizo una mueca al verlos inyectados en sangre antes de meterle una pastilla en la boca y de cogerla por la nuca para que bebiera. Cuando consiguió tragar dijo —¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? Que te has bebido la mitad de la bodega de ese restaurante. Megan no podía contigo y tuvo que llamar a Marc. Pero la niña tenía unas décimas de fiebre y me envió a mí que aún estaba en el rancho. Megan no quería que te vieran en ese estado y te he traído a mi casa. Eso ha pasado —dijo entre dientes muy mosqueado.

Suspirando puso una mano sobre su vientre y frunció el ceño al notar que bajo la sábana estaba desnuda. Jadeó levantando la sábana y mirando debajo. —¡Estoy desnuda! Hemos…

—Nena, soy un caballero.

Suspiró del alivio antes de pasarse la mano por la cara. Al notar que le faltaba algo se miró la mano antes de darle la vuelta. —¡Mis anillos! ¡He perdido los anillos!

—Tu marido se va a llevar un disgusto de primera. Mencionaste algo de que te molestaban para trabajar —dijo con ganas de soltar cuatro gritos.

Le miró con desconfianza. ¿Lo sabía? No, Megan no se atrevería a decírselo. Se lo había jurado cuando había insistido veinte veces. Y sabía que su amiga jamás faltaría a un juramento. De ella no saldría una palabra ni muerta. Ella miró a su alrededor preocupada.

—No están aquí, eso seguro.

—Mierda. —Dejó caer la cabeza sobre la almohada. Se llevó la mano a la sien. —¿Qué hora es?

—Las ocho. Todavía puedes dormir unas horas más hasta la fiesta.

—La fiesta. —Gimió de nuevo. —Quiero morirme.

—No me extraña. Al parecer necesitabas una buena juerga. ¿Qué pasa, que en Houston no te diviertes?

Le fulminó con la mirada. —Me divierto mucho. Esto es culpa de Megan que no dejaba de pedir vino.

—Eso no es lo que me dijo el camarero.

—¿El camarero?

—Eras tú la que pedía la bebida. Parecía asombrado. Al parecer tienes un buen saque. Nena, debo decir que me has sorprendido. —En ese momento reprimió la risa.

—No tiene gracia.

—Díselo al del restaurante, porque tuve que bajarte de la mesa cuando te pusiste a gritar que querías que pusieran otra ronda para todos.

Palideció aún más de lo que estaba. —Me estás metiendo una trola tan gorda que no hay quien se la crea.

—No. —Rio divertido. —¿Quieres pruebas? —Sacó su teléfono y después de tocar la pantalla lo volvió.

Con los ojos como platos se vio de pie sobre la mesa con cara de loca y los pelos revueltos gritando —¿Qué pasa? ¿No tenéis más vino? ¡Pues champán para todos!

—Ay, madre.

—Y ahí no quedó todo. —Le puso otro video en el que estaba cantando la Macarena mientras los comensales aplaudían y un camarero le rogaba que se bajara o que llamaba a la policía. Quería morirse.

—Borra eso.

—Sí, claro.

—¡Qué lo borres!

—Ni hablar.

Ella intentó coger el móvil y se le cayó la sábana. Al rozar su pecho con su brazo se detuvo en seco y le miró a los ojos. Se le encogió el estómago por el deseo en su mirada y sus pezones se endurecieron con fuerza. Él bajó la vista hacia ellos y roja como un tomate se tapó hasta la barbilla. —Mejor me voy a trabajar.

—Sí, será lo mejor. —Se tumbo dándole la espalda cerrando los ojos con fuerza.

El roce en su trasero le cortó el aliento, pero Bob se levantó y creyó que había sido su imaginación. —Descansa. A ver si te mejora esa cara porque podrías protagonizar una peli de terror.

Gruñó y cuando cerró la puerta miró sobre su hombro. Frunció el ceño y se levantó a toda prisa para ir hasta el baño. Al mirarse en el espejo chilló y la risa de Bob en el pasillo la hizo

gemir mirándose de nuevo. Era un desastre. Tenía barra de labios corrida como si se hubiera besado con alguien y sus ojos enrojecidos estaban rodeados de una sombra negra que obviamente era el rímel. El pelo ya era lo de menos, aunque parecía que había metido los dedos en un enchufe. Vamos, tenía pinta de una resaca de primera. Agotada volvió a la cama. Total, ya la había visto. Se metió entre las sábanas y suspiró mirando hacia la ventana. Era la antigua habitación de invitados y lo había cambiado todo. De hecho había transformado la habitación poniendo hasta un baño. Observó los muebles. Algunos habían pertenecido a la familia, pero otros habían sido sustituidos, como la cama. Seguramente porque la anterior era muy vieja y tenía un somier de hierro. Se sentó pensando que la pintura blanca en lugar de papel pintado le daba un aspecto mucho más limpio y amplio. Se levantó llevándose la sábana con ella y abrió la puerta. Había cambiado los pomos y las había pintado de blanco. Sacó la cabeza para ver que también había quitado el papel del pasillo. Temiendo que la pillara cruzó el pasillo a toda prisa para entrar en su antigua habitación y se le cortó el aliento para ver que estaba vacía. Le dio pena que todo hubiera desaparecido. Definitivamente aquella etapa había terminado.

—Todas tus cosas están en cajas en el desván por si quieres llevártelas. Y las de tu familia también. Megan les puso el nombre de las habitaciones. —Sorprendida se volvió para ver que llevaba un vaso de zumo en la mano. —Toma, te vendrá bien.

Emocionada cogió el vaso. —Gracias.

—Nos sorprendió un poco que no quisierais llevaros nada salvo las fotos.

—Mi padre no quería nada y yo tampoco dejaba mucho.

Bob apretó los labios. —Dejabas muchos recuerdos.

—Los recuerdos se venían conmigo. Y tenía las fotos. Gracias por guardarlo, pero puedes deshacerte de todo.

Él asintió y se pasó la mano por la nuca antes de mirar tras ella. —¿Te gusta el color?

—¿Qué color? Es blanco —dijo con ganas de fastidiar.

—Pues eso, es de color blanco.

—Está bien. No es que te hayas molestado mucho con la decoración —dijo aparentando indiferencia aunque le encantaba.

—Solo hay muebles en mi habitación y en esa por si hay invitados. Las demás están vacías. Me pareció una tontería decorarlas si no sabía a qué iban a destinarse.

—Pensaba que a estas alturas ya te habrías casado.

Bob entrecerró los ojos. —Se nota que hablas mucho de mí con Megan.

—Nada, eso es lo que hablamos de ti en cuatro años. —Pasó de nuevo a su habitación. —¿No te ibas a trabajar?

—Sí, a eso iba —dijo molesto antes de irse.

—¡No te mojes la venda! ¡Y no cojas las riendas en esa mano!

Él apareció en la puerta de nuevo. —¡Sé muy bien lo que tengo que hacer!

—Claro que sí. Sabes que hacer en cada momento. Eso me ha quedado claro.

Dio un paso hacia ella. —¿Eso es con segundas?

Ella chasqueó la lengua antes de beber de su zumo. Cuando lo probó se dio cuenta de que era natural. ¿Le había exprimido él mismo las naranjas? Haciendo que no se daba cuenta le miró levantando una ceja dejando el vaso sobre la mesilla. —¿Cómo va a ser con segundas? Es un hecho. Bob Bentley siempre sabe lo que tiene que hacer.

—Nena, tengo la sensación de que te has levantado con ganas de guerra —dijo entre dientes—. Igual es que te has levantado algo inquieta. Como ayer no dejabas de pedirme sexo... ¿Qué pasa, que ese guaperas no te da lo que necesitas?

Se puso como un tomate. —¡No mientas! Jamás te pediría… —Vio como sacaba el móvil del bolsillo trasero del vaquero y chilló intentando arrebatárselo. La sábana cayó al suelo y él la agarró por la cintura pegándola a su cuerpo. Se miraron a los ojos y ella con la respiración

agitada ni escuchó como dejaba caer el teléfono antes de acariciar su trasero. Jenny cerró los ojos gimiendo de placer y él besó su labio inferior de una manera que la estremeció de arriba abajo antes de susurrar —Sabía que sería así. Sabía que tenías la piel más suave del mundo. —Entró en su boca apasionado y ella gimió rodeando el cuello con sus manos. Ansiosa le saboreó y él agarró su muslo elevándola antes de arrodillar una pierna sobre el colchón para tumbarla. Jenny gimió en su boca por sus caricias y sus besos e impaciente acarició su espalda antes de tirar de su camiseta hacia arriba. Él apartó sus labios para quitársela del todo y tirarla a un lado. Mirándose a los ojos y sintiéndose más deseada que en toda su vida, acarició su duro pecho antes de que la cogiera por la nuca posesivo y la besara de nuevo. Sentir su pecho sobre los suyos la hizo gritar de placer apartando sus labios y él besó su cuello lentamente antes de morder con delicadeza el lóbulo de su oreja. Fue como si la traspasara un rayo y arqueó la espalda sin darse cuenta. Él acarició sus pechos con ambas manos y llevó su boca allí. Sentir su lengua sobre su pezón endurecido la volvió loca y gimió enterrando sus dedos en su cabello temiendo que la abandonara. Pero de repente él se apartó y Jenny abrió los ojos confundida. Mirándola intensamente la cogió por el interior de sus rodillas y tiró de las piernas hacia él abriéndola totalmente. Mareada de placer vio cómo se agachaba mientras su corazón galopaba en su pecho y al sentir su aliento sobre su sexo gritó con ganas antes de que su lengua la torturara de arriba abajo por las sensaciones tan exquisitas que le provocaba. Se retorció queriendo más a la vez que intentaba apartarse y él la agarró por las caderas bebiendo de su sexo hasta volverla loca. Todo su ser se tensó con tal fuerza que lloriqueó porque no se liberaba. Él sonrió malicioso. —Así que necesitas un poco más, ¿verdad, nena? —Le dio una palmada en su sexo que le cortó el aliento haciéndola estallar en un placer exquisito. Él la agarró por la nuca elevándola hasta su rostro sin dejar de acariciar su sexo con la otra mano para alargar su placer. —¿Te ha gustado? —La besó posesivo antes de soltarla para levantarse y abrirse los pantalones dejándolos caer. Su sexo acarició el suyo y Jenny gimoteó de placer. Entró en ella de un solo empellón y ella abrió los ojos como platos al sentirse tan llena, tan completa que en ese momento se dio cuenta de que era suya.

—Joder nena, estás tan caliente… —dijo con la voz ronca antes de gemir—. Me quedaría en ti para siempre. —Salió lentamente de su interior antes de llenarla de nuevo y Jenny alargó las manos necesitando tocarle. Él se las cogió y la levantó abrazándola antes de agarrarla por las nalgas para elevarla y dejarla caer sobre su sexo. Gritó de placer apretando su sexo con fuerza alrededor de su eje y Bob juró por lo bajo antes de entrar de nuevo en ella con tal contundencia que la volvió loca. Su necesidad aumentó con cada empellón y arañando su cuello quiso más, lo quiso todo y él no la defraudó llenándola por última vez hasta dejarla sin aliento por el inmenso placer que la traspasó.

Sintiendo que su corazón quería saltar de su pecho, disfrutó abrazada a él de todo lo que su cuerpo aún sentía a su lado y apoyó la mejilla sobre su hombro. —Joder, nena... Ha sido mil veces mejor de lo que había imaginado.

Sonrió. —Sí.

De repente la soltó tirándola en la cama de malas maneras y jadeó asombrada viendo cómo se subía los pantalones furioso. —¡Le vas a dejar!

—¿Qué?

La señaló con el dedo. —Te lo advierto. Como no dejes a ese tipo… —Ella levantó las cejas interrogante. —Como te vuelva a poner las manos encima…

—¿Si?

—¡Le vas a dejar!

Sus celos casi hacen que su corazón estallara de la alegría, pero tenía que asegurarse de que la quería de verdad antes de prometerle nada. Le rogó con la mirada. —¿No podemos disfrutar de lo que tenemos?

—¡Yo no soy tu amante! ¡Eres mi mujer y le vas a dejar!

Menudo ataque de cuernos. ¿Su mujer? Puede que sí. Ella había pensado lo mismo mientras le hacía el amor y era evidente que su problemilla con él había desaparecido por

completo. Lo que la sorprendía un poco era que no se hubiera dado cuenta de que era virgen. Mejor, así no daba explicaciones y de paso se vengaba un poco, porque lo de esa zorra del chupetón lo iba a pagar. —Pero cariño… —dijo haciendo pucheros.

—De cariño nada. ¡Ya le estás llamando y diciendo que no vas a volver! —Miró a su alrededor. —¿Dónde coño tenías tu bolso? Tu móvil está dentro. ¿no? —De repente se detuvo pensando en ello. —¡En la camioneta! Vengo enseguida.

Sonrió dejándose caer sobre el colchón y suspiró con fuerza. Todavía no se lo podía creer. Igual había sido suerte. No, para qué mentirse. Con Bob siempre sería así. Soltó una risita antes de desperezarse. Frunció el ceño al sentir un dolorcillo en la entrepierna. Levantó la cabeza para mirar hacia allí y vio algo de sangre en los muslos. Jadeó saltando de la cama para correr al baño. Se limpió como pudo y cuando escuchó sus pasos subiendo la escalera corrió hacia la cama tirándose de nuevo boca abajo. Él entró en la habitación con su móvil en la mano y se detuvo en seco al ver su trasero iluminado por la luz del sol que entraba por la ventana. —¡Nena, no me distraigas!

—¿Yo?

Tiró el móvil a un lado antes de abrirse los pantalones de nuevo. Jenny vio asombrada que su sexo estaba erecto de nuevo y algo manchado de sangre, pero él ni se daba cuenta mirándola a ella. Dios, era enorme. Por algo se había sentido tan llena. Temió que fuera demasiado para algo que se había estrenado tan recientemente. —¿Cariño?

—Espera, nena… —Se quitó las botas y los pantalones. Era tan hermoso que quitaba el aliento y sintió como la sangre fluía de nuevo por sus venas. Sin moverse sintió que se ponía tras ella. —No te muevas. —Jenny miró al frente con la respiración agitada y cuando la cogió de los tobillos abriéndole las piernas gritó de anticipación. —Soy grande, nena. Y esto te va a encantar —dijo tumbándose sobre ella. Jenny gimió dejándose caer sobre el colchón sintiendo como la cubría entera apoyándose en sus antebrazos para no aplastarla y su sexo acarició el suyo torturándola de placer. Sus labios rozaron su columna vertebral hasta llegar a su cuello y susurró

contra su oído —Dime que eres mía.

Ella le miró sobre su hombro. —Pero...

—Dímelo. —Movió su cadera pegando su sexo al suyo y ella gimió de placer. —Dímelo, nena.

Su lengua pasó por el lóbulo de su oreja estremeciéndola y ella arqueó su cuello hacia atrás queriendo más, perdiendo el aliento cuando sintió como su sexo entraba en el suyo tan lentamente que era una tortura. —Dímelo.

Mareada de placer susurró —Siempre he sido tuya.

Bob la cogió por el cabello de su nuca y la volvió para atrapar su boca besándola como si quisiera marcarla y cuando apartó sus labios la miró intensamente. —Que no se te olvide nunca más. —Movió la cadera con contundencia llenándola del todo y Jenny gritó de placer sin poder creerse lo que le hacía sentir. Y sin darle tregua la amó de manera tan desenfrenada y apasionada que creyó que moriría, pero solo le hizo descubrir el paraíso.

Cuando se despertó no tuvo tiempo a nada porque ambos se levantaron a las doce menos cinco y Bob le gritó que se diera prisa mientras iba a ducharse a su habitación. Regresó cinco minutos después a medio vestir con un traje gris y ella se estaba poniendo el vestido rosa de la noche anterior. —Vamos, nena… Llegaremos tarde.

—Dios, ¿qué van a pensar? He dormido en tu casa, tengo el cabello húmedo y voy con el vestido de la noche anterior —dijo preocupada.

Bob la cogió por la cintura pegándola a su cuerpo. —Me importa una mierda lo que piense nadie. ¿Me has entendido? Ahora nos vamos. —Tiró de su muñeca fuera de la habitación y tuvo que seguirle casi corriendo.

—¿Sabes que te has vuelto un poco mandón?

—No, preciosa. Yo ya era así antes.

—¿De veras? Cariño, ¿dónde están mis zapatos?

Él se detuvo y miró sus pies antes de jurar por lo bajo. —Cuando te cogí en el restaurante no me fijé mucho en eso.

—Estupendo.

—¡Bastante hice que me traje tu bolso! —le gritó a la cara—. ¡Y no bebas más!

—¡Lo dice el que nunca se va de juerga! ¿Te recuerdo las tuyas? —le gritó de la misma manera.

Bob sonrió. —¿Me has perdonado?

Gruñó pasando ante él hacia la puerta y al ver algo de reojo de repente se detuvo en seco antes de correr hasta la puerta del salón. Chilló al ver el cuadro que había sobre la chimenea. Era ella con sus padres de niña. Estaba sentada sobre las rodillas de su madre agarrando la mano de su padre. Se llevó la mano al pecho. —¿Te gusta, preciosa? Es mi homenaje a vosotros y a ti, porque después de lo que hice me vendisteis esto para que no me apartara de los míos. —Emocionada le miró. —Encontré la foto en la mudanza. —Hizo una mueca. —Esa no te la envié, pero debe estar por…

Le abrazó con fuerza sintiendo como las lágrimas caían por sus mejillas. —Gracias.

—¿Por qué preciosa?

—Es un gesto muy hermoso y lo del arco también.

Bob sonrió acariciando su espalda. —De nada.

Se apartó para mirarle con picardía. —Por el sexo te daré las gracias después.

Él gruñó posesivo antes de cogerla en brazos. —Vamos o no llegaremos nunca.

Jenny rio feliz abrazándose a su cuello y salieron de la casa. Cuando la metió en la ranchera le guiñó un ojo antes de que cerrara la puerta. Le escuchó jurar por lo bajo y le vio

regresar a la casa subiendo los escalones de una zancada en su prisa por entrar. Se habría dejado el regalo, pero al salir llevaba su móvil en la mano. —Mierda —dijo por lo bajo antes de sonreír de oreja a oreja.

Cuando se sentó a su lado se lo entregó. —Llámale. Ahora.

—Está en un congreso en Miami y no le puedo llamar. En las conferencias no permiten tener llamadas y es ponente. Además, no puedo dejarle por teléfono. No estaría bien. Cuando vuelva a casa…

Gruñó arrancando. —¿Qué casa, nena? ¡Porque tu casa es esta!

Se estaba alterando. —Tengo un trabajo y unas pacientes que me necesitan. ¡Déjame a mi ritmo, Bob! ¡Hablo en serio!

—¡Tu ritmo! Si hubiéramos ido a tu ritmo, jamás hubiéramos tenido algo. —Se sonrojó con fuerza. —¡Si permito que vuelvas no le dejarás!

—Claro que sí.

—Muy bien, iré contigo. Si vamos a hablar, lo haremos los tres.

¡No, eso sí que no! —¿Quieres humillarle?

—¡Quiero partirle la cara por estar con mi mujer! ¡Y cuatro años! —Apretó el volante como si le estuviera estrangulando. —Le mataría lentamente.

Sonrió sin darse cuenta. —¿De veras?

Le miró asombrado. —¿Quieres que le mate?

—No, claro que no. —Soltó una risita. —Solo me hacen gracia tus celos cuando tú eres mi amante y él mi marido.

—Nena, vuelve a decir eso y la vamos a tener. ¡Y muy gorda!

—¡Oye, que yo no te fui infiel! ¡Tú a mí sí!

—¡Creía que no querías nada conmigo! Y luego te casas, es que es para…

—¿Para qué?

—¡Para joderse!

—¡No me querías! Si me hubieras querido no te hubieras ido con ella. —De repente sus ojos se llenaron de lágrimas. —Así que no sé por qué te pones así porque haya seguido con mi vida.

—¡Precisamente por eso, porque seguiste con tu vida sin mí! —Al ver las lágrimas en sus ojos juró por lo bajo. —Nena, no llores.

—¡No lloro! ¡Ya me hiciste llorar bastante!

Él frenó la camioneta de golpe y la abrazó. Jenny sin poder evitarlo lloró sobre su hombro. —Tienes razón —dijo él acariciando su espalda—. Fui un idiota y seguiste con tu vida. Fue culpa mía. Y ahora lo olvidaremos todo, incluidos esos cuatro años con ese…. Ese. Y seguiremos con nuestras vidas.

Jenny sonrió sin poder evitarlo. —¿No le partirás la cara?

—No le partiré la cara —respondió como si le estuvieran arrancando una muela. Se apartó lo suficiente como para darle un suave beso en los labios.

—¿Y podré ir a mi ritmo? —Sorbió por la nariz mirándole con sus preciosos ojos azules.

—Podrás ir a tu ritmo. —Se volvió para regresar a la carretera diciendo por lo bajo —Ya lo aceleraré yo.

—¿Qué has dicho?

—Que acelera algo mal esta camioneta, tengo que revisarla.

—Cariño, ¿me miras mis frenos? No sé si tengo que cambiar las pastillas y se me ha olvidado ir al mecánico.

—Nena, no puedes dejar esas cosas. ¡Son muchos kilómetros hasta Houston! Lo miraré en cuanto llegue y si no están bien te llevarás otro coche.

Sonrió radiante. —Gracias. —Él sonrió acariciando su muslo y ambos miraron la carretera. —¿Qué les has comprado?

—Una yegua y un potro que serán la envidia de toda Texas. ¿Y tú?

—Una semana en un crucero por el mediterráneo. —Él la miró sorprendido y Jenny se sonrojó. —Bueno, es mi manera de agradecer lo bien que Megan se portó conmigo.

—Nena, lo hizo con gusto y le devolviste el dinero en cuanto os pagué.

—Es el gesto desinteresado lo que quiero agradecerle. Se lo pasarán genial.

—Eso no lo dudo. Megan va a ponerse como loca. Le encanta viajar con Marc.

—¿Y a ti te gusta viajar?

La miró como si con ella no le importara irse al fin del mundo. —¿Dónde quieres ir, preciosa?

—¡A la India! ¡No, primero a París! —Sus ojos brillaron de ilusión. —O a Disneyworld. De niña siempre quise ir, pero mis padres nunca viajaban a ningún sitio. ¿Lo conoces?

—Sí, fui con mi familia cuando era crío, pero… —Escucharon un estruendo. Bob frunció el ceño mirando a través de la luna delantera antes de jurar por lo bajo girando el volante de golpe porque había un coche en la carretera que había tenido un accidente. —Joder, es el padre Logan.

Detuvo la camioneta a un lado de la carretera y ella gritó abriendo la puerta —¡Llama a emergencias!

Corrió hacia el coche para ver que estaba tumbado sobre el volante. Dichosos coches clásicos. Abrió la puerta, pero no tenía collarín y no quería provocarle lesiones. Al poner los dedos en la carótida se le cortó el aliento palpando de nuevo para asegurarse. —¡No, no! —Le empujó hacia atrás y le quitó aquel estúpido cinturón que no servía de nada. —¡Bob ayúdame! —Bob llegó hasta ella. —Cógele por las axilas, no tiene pulso. Vamos a tumbarle.

Entre los dos le sacaron del coche y ella pegó su oído a su pecho comprobando que no había latido. Empezó con la maniobra de reanimación e insufló aire en su boca. —Vamos, vamos, Padre. No podrá decir que la hija pródiga ha vuelto a casa y sé que le encanta —dijo antes de insuflar de nuevo. Dando el masaje cardiaco miró a su alrededor. —¡Bob viene un coche! ¡Dile que no se detenga si tiene niños! —Entonces le pareció que respiraba. Se agachó sobre él para comprobarlo antes de tocarle la carótida. Suspiró del alivio porque tenía pulso. —Aleluya, Padre. Puede decir que ha vuelto a nacer.

—Aún sigue inconsciente —dijo Bob a su lado.

—Tiene un golpe en la cabeza. —En ese momento escucharon el sonido de una sirena. —Ahí llega la caballería.

Bob observó como daba instrucciones a sus compañeros sobre lo que le había hecho y ayudó a poner las vías y a colocarle el collarín y la tabla. Cuando terminaron le subieron a la ambulancia y ella pidió que si había novedades llamaran al rancho. Hubiera ido con él, pero sabía que estaba bien cuidado y era un día especial para Megan y Marc. Bob la cogió por la cintura viendo como la ambulancia se alejaba. —Buen trabajo, nena. Tiene que casarnos.

Se le cortó el aliento mirándole a los ojos. —¿Me estás pidiendo matrimonio?

—Sí.

Jamás se sintió tan feliz como en ese momento y chilló de la alegría abrazándole. Bob la levantó llevándola hasta su coche. Varios invitados a la fiesta, detenidos en la carretera mientras una grúa apartaba el coche accidentado, les miraron con los ojos como platos. Jenny se apartó para mirarle a los ojos y besarle en los labios para susurrar contra ellos —Sí, sí me casaré contigo.

Capítulo 9

Afortunadamente después de lo que había pasado a nadie le sorprendió que fuera a cambiarse antes de la fiesta. Alicia pensó en si suspenderla por lo que le había pasado al cura, pero los invitados protestaron porque ya estaban allí y había muchos rumores de los que enterarse como para querer abandonar la fiesta. No había nadie que no hablara del padre Logan o de como Jenny Parker y Bob Bentley se abrazaban y besaban. Megan decía a todo el mundo que era de la alegría y eso les dejaba contentos hasta que su amiga se volvía y seguían murmurando que no se creían una palabra. Que allí había tomate.

Al verla salir al porche con un precioso vestido de gasa en color beige Megan protestó —¿Qué pasa, quieres quitarme el protagonismo, guapa?

Se echó a reír. —¿A Megan Tarner? Eso es imposible.

—Estás preciosa.

—Gracias. —Miró su vestido violeta que destacaba su cabello rojo. —Tú estás guapísima.

—Eso dice Marc. Y eso que no ha visto lo que llevo debajo.

Ambas se echaron a reír y los Bentley al lado de la mesa de las bebidas las miraron. Bob sonrió y su hermano le miró de reojo. —Se la ve feliz.

—Sí.

—Me pregunto qué habrá pasado en tu casa.

—Hermano, soy un caballero.

Marc sonrió. —Me lo imaginaba. Felicidades.

—Gracias. Ahora tengo que hacer que le dé la patada a ese pijo de ciudad. —Gruñó antes de beber de su cerveza. —Y me da que no va a ser fácil.

—No te creas —dijo Marc observándolas—. Puede que sea más fácil de lo que piensas. ¿Sabes que el doctor Priestley, el tocólogo de Megan, me ha dicho que necesita con urgencia una matrona en la ciudad y que es una pena que Jenny no se quede? Al parecer es tan buena en su trabajo que descubre problemas en las embarazadas como nadie y su fama ha llegado a Victoria.

A Bob se le cortó el aliento. —Dime que le va a ofrecer trabajo.

—Y un trabajo muy bueno. Dudo que en Houston le paguen tanto.

—Gracias, hermano.

—Te aseguro que yo no he hecho nada.

—Sí que has hecho. Apoyarme toda la vida.

Marc le miró a los ojos. —Y lo haré hasta la muerte.

—Lo sé.

Los hermanos se abrazaron y ellas les observaron desde el porche con una mano en el pecho de la emoción. —¿Has visto eso? Creo que no les veía abrazarse desde nuestra boda —dijo Megan con lágrimas en los ojos—. Siempre me pongo ñoña en estas ocasiones. —Lili pasó ante ellas corriendo porque intentaba coger a su perrito, que lleno de barro huía de ella. Megan chilló del horror bajando los escalones tras la niña. —¡Hija, tu vestido! Todavía no nos hemos hecho las fotos. ¡Marc, la cámara o saldrá hecha una pena!

Rio bajando los escalones para unirse a la fiesta y se acercó a Bob que se la comía con los ojos. —Estás tan preciosa que quitas el aliento.

—Gracias, señor Bentley. —Él cogió su mano y levantó una ceja esperando a que le

rechazara ante toda esa gente que les observaba, pero Jenny sonrió dejando que tirara de ella hasta la pista de baile. Acarició sus hombros mirando esos ojos que no olvidaría jamás mientras la cogía por la cintura pegándola a él.

—Eres la nueva heroína.

—¿Te he impresionado, cielo?

—Mucho. —Besó suavemente sus labios. —Tu padre estaría muy orgulloso.

Emocionada se abrazó a él y bailaron en silencio solo disfrutando el uno del otro.

De repente la abuela salió de la casa y gritó —¡Han llamado del hospital y el padre Logan se ha despertado!

Todos gritaron de la alegría levantando sus copas. —Ahora sí que puedo decir que ha sido un buen trabajo —dijo Bob contento—. ¿Una copa de champán para celebrarlo?

Asintió viendo cómo se alejaba y aún con el estómago algo pesado de la noche anterior, decidió comer algo porque no era plan de beber champán en ese estado. Acabaría sobre la mesa del catering bailando de nuevo. Comió un par de canapés que estaban deliciosos y miró a su alrededor porque Bob tardaba en volver. Al verle hablando con Alison Reidy se tensó. Y más cuando vio la risita tonta que ella le regalaba antes de acariciarse su sedoso cabello. Jenny se cruzó de brazos y Bob miró hacia ella distraído. Se excusó en menos de un segundo dejando a Alison con la palabra en la boca. Jenny sonrió cuando llegó hasta ella. —Perdona nena, pero me interceptó…

—Eso es lo que quiere esa desde hace años. Interceptarte. Pero tú ni caso, ¿me oyes?

Bob reprimió una risa. —Lo intentaré.

—¡Inténtalo con ganas, Bentley! ¡Con esa y con todas las demás, porque ya no te paso ni una! —La agarró por la cintura para pegarla a él antes de besarla de una manera que hizo que se olvidara hasta de su nombre. Cuando se apartó se miraron a los ojos y susurró —Vale, te perdono.

—¿Y si le llamas ahora?

Ella forzó una sonrisa mostrándole sus manos vacías y Bob gruñó cuando escucharon un tintineo. Se volvieron hacia la banda y vieron a Marc con una copa de champán en las manos. —En nombre de mi esposa y en el mío propio, quiero daros las gracias por venir a celebrar nuestro aniversario de boda. El balance no podía ser mejor, cinco años maravillosos y dos hijos increíbles. —Miró a su mujer demostrando que la amaría siempre. —Eres lo mejor que he tenido en la vida, nena… Y agradezco cada día que el destino uniera nuestras vidas. Sé que los siguientes cinco o los siguientes cincuenta años serán maravillosos y solo deseo pasarlos a tu lado. Te quiero, preciosa.

Megan subió los escalones y emocionada le besó antes de abrazarle mientras todos aplaudían. Jenny con lágrimas en los ojos sollozó sin poder evitarlo. Bob puso ante ella un pañuelo y lo cogió limpiándose mientras él la cogía por la cintura y la besaba en la sien. —Prométeme que seremos así de felices —dijo ella antes de sollozar de nuevo.

Él la miró a los ojos. —Estoy seguro de que será así.

Tumbada a su lado esa noche le miró preocupada. Le había pedido al menos diez veces a lo largo del día que llamara a Clay y ya no sabía que excusas dar. Y aún quedaba el domingo. Ese día comerían en el rancho Bentley y por la tarde ella se iría. Todavía no se podía creer que estuviera allí, que se hubiera acostado con él y todo lo demás. Megan le había preguntado al despedirse que si le había contado lo de Clay y ella había negado con la cabeza. —¿Pero por qué?

—Necesito un poco de tiempo, ¿vale? —susurró—. Se lo contaré.

Megan asintió entendiendo que no estaba segura y ella no la desmintió. Y no es que no estuviera segura de él. Si hasta le había pedido matrimonio a pesar de que creía que estaba

casada. Es que… Se mordió el labio inferior hinchado por sus besos. Quería vengarse, aunque fuera un poco. Sí, era eso. Ella lo había pasado tan mal con lo de esa mujer que quería hacerse de rogar. ¿Era orgullo femenino? No lo sabía y le importaba un pito. Que tuviera celos de Clay le encantaba. ¿Era egoísta cuando él creía que llevaba casada cuatro años? Sí, seguramente. Pero él había tenido otras por ahí y ella no protestaba tanto. Igual se lo decía el fin de semana siguiente.

Dos meses después

Se bajó del coche y fue a la parte de atrás para sacar las bolsas de la compra. Escuchó como se abría la puerta y sorprendida miró hacia allí. Sonrió de oreja a oreja. —Cielo, ¿qué haces en casa ya?

—Quería verte cuando llegaras —dijo muy tenso—. ¿Se lo has dicho?

Perdió la sonrisa poco a poco. —Su madre se ha indispuesto y no he tenido la oportunidad. No le iba a dar un disgusto. Me costó muchísimo convencerle de que tenía que venir.

—¡Sí, a mí también me mosquearía que mi mujer desapareciera cada fin de semana! ¡Y que misteriosamente no volviera a ponerse mis anillos! ¡O debe ser idiota o no lo entiendo!

—No es idiota. Y no te enfades. Estoy aquí.

—¡Es que empiezo a tener la sensación de que no piensas dejarle!

—Claro que sí. Pero tiene que ser en su momento. —Cogió las bolsas y se acercó al porche. —Ahora salúdame como Dios manda.

Él entró en casa dando un portazo y Jenny hizo una mueca. —Cariño, no te pongas así. —Bufó entrando tras él para ver cómo iba hasta la nevera para coger una cerveza.

—¿Que no me ponga así? ¡Dos meses, Jenny! ¡Dos malditos meses!

Gimió por dentro viendo lo furioso que estaba. —Pero cariño…

—¡Se acabó! ¡O le dejas esta semana o esto se acabó! ¡No puedo soportar saber que mi mujer se acuesta con otro hombre! —Lanzó la cerveza contra la pared cortándole el aliento y salió por la puerta de la cocina fuera de sí.

Preocupada dejó las bolsas sobre la encimera de mármol sabiendo que aquello se le había ido totalmente de las manos. No esperaba guardar ese secreto tanto tiempo, pero al cabo de una semana temió que se lo tomara como que se había burlado de él, así que no se atrevió a decirle la verdad y cuanto más tiempo pasaba la situación empeoraba. Ahora sí que no se lo perdonaría.

Angustiada se sentó ante la mesa de la cocina. Si se lo contaba ahora la echaría de la casa a patadas. ¿Debía callarse y decirle simplemente que se había divorciado de Clay? ¿Y guardar ese secreto toda la vida? Se mordió el labio inferior. Si Megan no decía nada igual no se enteraba nunca. No sabía qué hacer. Preocupada se levantó y fue hasta el teléfono de la cocina para marcar el número del rancho Bentley. Impaciente esperó.

—Rancho Bentley.

—¿Alice?

—Niña, ¿ya estás aquí?

—Sí, acabo de llegar.

—¿Y ya lo has arreglado?

Gimió porque no solo había mentido a Bob. Todo el mundo pensaba que estaba casada, lo que la convertía en la lagarta que le era infiel a su marido. Toda aquella situación era humillante para los Bentley, pero aun así la abuela Alice no se lo había echado en cara. —Todavía no. —Hubo un silencio al otro lado de la línea. —Es que ha habido un problema y…

—Niña, no debería decirte lo que tienes que hacer con tu vida, pero… —dijo obviamente decepcionada con ella haciéndola cerrar los ojos de la impotencia—, creo que sabes de sobra lo

mal que está llevando mi nieto este asunto y no me gusta verle así. Si no vas a dejar a tu marido, te ruego que no vuelvas. Marc ha tenido que detenerle varias veces porque pretendía ir a Houston.

—¿Qué dices? —preguntó asustada.

—Piensa que si tú no das la cara, la tiene que dar él. Le pidió a Megan la dirección. Ella se negó en redondo y se puso furioso. Jamás le había visto así con Megan. Ya sabes que se adoran. Llevan una semana sin hablarse y mi nieto ya no viene a cenar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas por todos los problemas que estaba causando con su mentira y susurró —¿Megan está en casa?

—Ha salido a supervisar unas inseminaciones y a revisar unas vallas de su finca. Tardará en volver. Marc también está enfadado con ella por ponerse de tu parte.

—Lo siento.

—Niña, ¿por qué no le dejas de una vez? ¿Acaso no quieres a mi nieto? —preguntó alterándose.

—No es eso —respondió mientras las lágrimas caían por sus mejillas—. Es que no sé…

—¿Qué no sabes?

—¡Voy a hacer daño a mucha gente! —gritó sin poder evitarlo.

—Al parecer esa gente te importa más que nosotros —dijo antes de colgar.

No lo había entendido y era lógico. Creía que se refería a su marido y a su familia. Colgó el teléfono y se llevó las manos a la cabeza tomando una decisión. Ya hablaría con Megan. Diría que le había llamado y que le había pedido el divorcio. Ya se encargaría más adelante de que no se enterara de que no se había casado con Clay jamás.

Horas después sentada en el sofá muy nerviosa esperaba la llegada de Bob en cualquier momento. Le escuchó entrar por la puerta de la cocina. —¿Nena?

—Estoy aquí —susurró.

Escuchó sus pasos acercándose y forzó una sonrisa al verle en el vano de la puerta. Bob tiró su sombrero a un lado antes de acercarse y acuclillarse frente a ella para coger sus manos. —He perdido los papeles, ¿no?

—Un poco. Pero tienes razón. —Él la miró a los ojos y vio en su mirada la esperanza. —Le he llamado y le he contado lo que ocurre —dijo casi con miedo horrorizada por mentirle de nuevo—. Le he pedido el divorcio.

Se le cortó el aliento. —¿Y cómo se lo ha tomado?

—Mal, pero se lo imaginaba por mis espantadas estos fines de semana. Dijo que lo sospechaba.

—Joder… —Al ver lo pálida que estaba acarició su mejilla. —Nena, todo va a ir bien. —Asintió reprimiendo las lágrimas. —Sé que le tienes cariño y que no querías hacerle daño. —No pudo evitar sonreír encantado. —Pero ya está. Hablaré con mi abogado y…

Se le heló la sangre. —¿Tu abogado?

—Claro, él se encargará de todo. Será limpio y rápido. Es muy bueno, ya verás.

—Pero yo tengo abogado —dijo a toda prisa.

—Este es buenísimo y cuidará de que todo se haga lo más rápido posible. —Se levantó a toda prisa. —De hecho voy a llamarle.

—¡No!

Él la miró asombrado. —¿Por qué no?

Se sonrojó sin saber muy bien qué decir. —Prefiero hacerlo con mi abogado.

—Jenny, Fisher es uno de los mejores abogados del estado.

—Es que… ya he llamado al mío.

Bob entrecerró los ojos. —Espero que sea bueno.

—Buenísimo. No sabes cuánto. Me va a hacer un divorcio tan rápido que antes de que te des cuenta ya estaremos casados.

Él se agachó y la cogió por la cintura elevándola hasta su altura. Jenny sonrió acariciando su nuca. Estaba tan feliz que le era imposible disimularlo. —Sé que no querías hacerle daño, pero esto es lo mejor para todos.

—Sí.

—Cuatro años, nena… —La besó en los labios suavemente. —Y al fin eres mía —dijo con satisfacción.

Ella separó sus labios mirándole a los ojos. —Lo dices como si hubiera sido un reto.

—¿Pero qué locuras dices? —Intentó besarla de nuevo, pero ella apartó la cara. La miró preocupado. —No ha sido un reto, preciosa. Te quiero.

Se le quedó mirando unos segundos. —¿Me quieres? No me lo habías dicho hasta ahora.

—Estaba algo inseguro. ¿Me perdonas, preciosa? —Carraspeó incómodo. —Creía que…

—¿Qué? ¿Que te estaba utilizando?

—Joder nena… ¡Has tardado dos meses!

—¿Demasiado tiempo?

—¡Sí! ¡Demasiado tiempo dejando que te toque otro hombre! ¿Cómo crees que me he sentido? —le gritó a la cara antes de dejarla en el suelo. Furioso se volvió pasándose la mano por la nuca—. ¡Creía que me volvía loco pensando en lo que ocurría cada noche que no estabas a mi lado! ¡Y estabas en su cama! ¡A su lado! Solo pensar que te tocaba un pelo… —Se volvió y dio un puñetazo contra la pared. Jenny se sobresaltó al ver el boquete en la pared y le miró con los ojos como platos. —Joder… —Se miró la mano e hizo una mueca. —Mierda.

—¿Bob? —preguntó sintiendo que el miedo la recorría de arriba abajo porque como alguna vez se enterara de la verdad no la perdonaría nunca.

Él la miró y al ver las lágrimas en sus ojos se acercó de inmediato. —¿Te he asustado, nena? —preguntó arrepentido. —No me hagas caso. —Acarició su mejilla. —Ahora todo irá bien. Estamos juntos y nada podrá separarnos.

—¿De verdad? ¿No dejarás que nada nos separe?

—Te lo juro. —Se agachó para besarla y cuando se apartó sonrió. —Venga, nena. Ponte más guapa aún que vamos a celebrarlo. —La besó rápidamente y al volverse suspiró al ver el boquete. —Tengo que empezar a controlarme, preciosa. No gano para renovar paredes.

Capítulo 10

Se bajó del coche corriendo y subió los escalones del porche del rancho Bentley a toda prisa. Corrió hasta la cocina y allí se encontró a Megan con la niña en brazos intentando que desayunara. Sobresaltó a su amiga cuando se sentó a su lado de golpe y Lili la miró con los ojos como platos abriendo su boquita.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Megan sorprendida antes de mirar a su alrededor—. La cosa está muy revuelta, ¿sabes?

—He pedido el divorcio.

Megan suspiró. —Gracias a Dios. —De repente lo pensó mirándola asombrada. —¿Que has pedido qué?

Gimió acercándose. —No me perdonaría. He tenido que mentir.

—¿Estás loca? ¿Vas a fingir un divorcio? —preguntó por lo bajo.

—¡Sí! —Miró a la niña. —Tú ni una palabra de esto.

—Vale —dijo antes de coger un cereal con la mano para metérselo en la boca.

—Te va a pillar.

—Si tú no dices nada no. ¿Me guardarás el secreto?

—Más me vale. En menudo lío que me he metido por tu culpa —siseó con ganas de pegarle cuatro gritos.

—Lo siento.

—Yo a hacerme la loca y a aparentar que no sé nada. Lili bébete la leche.

—Jo, mamá no me gusta.

Cogió otro cereal con la mano y se lo metió en la boca. Megan puso los ojos en blanco. —Igualita que su padre.

—Ahora tengo que conseguir que no venga a la vista… —dijo Jenny pensativa.

—¿Qué vista?

—La del divorcio. ¿A cuál va a ser?

—Amiga, tú estás fatal.

—¡Querrá saberlo! Hasta me ha preguntado el nombre de mi abogado para preguntarle al suyo si es bueno. No veas la que he montado buscando el nombre de un abogado bueno por internet simulando que tenía que ir al baño. —Jadeó llevándose la mano al pecho. —Se me ha olvidado el nombre. ¿Se llamaba Griffin? ¿Clifford?

—Deberías apuntar tus mentiras.

—Muy graciosa —dijo entre dientes—. ¡Qué estrés! No sé cómo Clay pudo soportarlo.

—Igual por eso confesó.

—Pobrecito, antes de la boda adelgazó cinco kilos.

—Sí, estaba un poco chupado de cara. —Divertida la miró fijamente. —Todo lo contrario que tú que parece que has cogido un par de kilitos.

—¡Qué va!

—Da igual, de todas formas estabas muy delgada.

—Te digo que no… —Frunció el ceño porque esa semana había querido ponerse unos vaqueros y tuvo que quitárselos porque le dio la sensación de que marcaban demasiado. Se encogió de hombros. —Igual es que debo dejar de comer las tartas de María.

—Si dejas de comerlas, le darás un disgusto. Déjate de tonterías que estás preciosa. Y sobre lo del divorcio apunta las trolas, va en serio. Como metas la pata y se dé cuenta sí que van a saltar fuegos artificiales porque creerá que le estás tomando el pelo y que solo le quieres de amante.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Crees que pensaría eso?

—¡Claro, es lo que pensaría cualquiera! Lo que no iban a pensar es que la amante que dice que está casada, en realidad no lo esté para después fingir un divorcio que nunca se llevará a cabo porque no había matrimonio que disolver. ¡Es que es de locos!

Gimió dejando caer la frente sobre la mesa de la cocina. Sintió algo en la mejilla y abrió un ojo para ver que Lili le daba uno de sus cereales. Abrió la boca y la niña soltó una risita antes de metérselo ella misma. Masticó como si le encantara. —¿Me das otro?

—No.

Sonrió sin poder evitarlo enderezándose. —Entonces te comeré a ti. —Se acercó a ella y le empezó a dar besos en el cuello haciéndola reír.

Megan las observó con una sonrisa en el rostro cuando vio por el rabillo del ojo a su marido con el niño en brazos. —Cielo, no sabes que buena noticia nos trae Jenny…

—Estoy impaciente por oírla —dijo entre dientes antes de acercarse y sentar al niño en su trona.

—¡Ha pedido el divorcio! ¿A que es estupendo?

Marc la miró sorprendido antes de sonreír. —Sí que lo es. Bob estará como loco.

Se sonrojó con fuerza. —Sí, sí que lo está.

—Me alegro mucho. —Dio un beso a su mujer en los labios. —Tengo que irme.

—Cariño, dile a uno de los chicos que revise la instalación del agua del barracón tres, ¿quieres? Al parecer se pierde agua. Se me olvidó decírselo a Joss ayer.

—Yo me encargo. —Sonrió a Jenny antes de salir por la puerta hacia el hall.

Megan suspiró. —Vale, quedan menos.

—De los otros te encargas tú.

—¡Tendrás cara!

Gimió uniendo las manos. —Por favor... La abuela Alice ya me soltó un sermón ayer.

—Y los que te quedan, guapa. Vete acostumbrándote que ahora eres de la familia.

—Bah, se lo contará Marc —dijo antes de salir corriendo.

Megan con la cuchara en la mano vio asombrada por la ventana de la cocina como se subía a su coche para largarse derrapando. Parecía que la perseguía el diablo.

—¿Esa era Jenny?

Se sobresaltó al encontrarse a la abuela tras ella. —Sí, ha venido a contarnos algo, pero tenía prisa. ¡Adivina! —chilló como si estuviera muy excitada.

La abuela se llevó la mano al pecho. —No me digas que…

—¡Al fin se lo ha dicho! ¡Ha pedido el divorcio!

Alice rio de la alegría antes de abrazarla. —Mentira —dijo Lili sorprendiéndola.

La abuela la miró confundida apartándose de Megan. —¿Qué has dicho, cielo?

—¡Mentira!

—Abuela, no le hagas caso. Estábamos jugando a ver quién decía la mentira más grande. —Abrió los ojos como platos. —¡Ahora le toca a Kirk! Venga hijo, di algo que no sea cierto.

—Cielo, tiene dos años.

Señaló a la abuela. —Flaca.

La cara de asombro de Alice la hizo reír a carcajadas. —Ahora yo, mami. ¡Ahora yo!

Miró a Lili. —Muy bien, ahora tú.

—La tía no va a tener un niño.

Megan y Alice se miraron antes de volverse hacia la niña. —¿Por qué crees que la tía va a tener un niño? —preguntó la abuela.

—Está más gorda.

—Bah, unos kilitos.

—Y vomita como cuando a mí me duele la barriguita por comer muchos dulces. —Las mujeres la miraron atónitas. —Mami vomitaba mucho con Kirk, lo dice papá. Conmigo no, pero con Kirk sí.

—¿Has visto vomitar a la tía? —preguntó la abuela.

—Sí. —Distraída cogió un cereal de color azul y se lo metió en la boca.

—¿Cuándo, cielo? ¿Cuándo la escuchaste vomitar?

—Cuando vino el padre Logan a comer. Yo estaba jugando con mi muñeca y la vi entrar en el baño de abajo. Hacía ese ruido. —Hizo el gesto intentando imitarlo y Kirk lo repitió haciéndola reír. —Así no. Así…

—Ya lo hemos entendido —susurró la abuela preocupada.

Megan hizo un gesto sin darle importancia. —Seguro que algo le sentó mal.

La cogió del brazo apartándola de los niños. —¿Y si es cierto? ¿Y si está embarazada y es de ese hombre?

Hala, ahora sí que estaban en un lío. Forzó una sonrisa. —Seguro que no. ¿Cómo va a…?

—Durante dos meses regresó a su lado. Dos meses, Megan. ¿Crees que le rechazó todo ese tiempo? Yo no lo creo. ¿Cómo iba a justificar rechazarle tanto tiempo sin decirle la verdad? ¡Y hasta ayer no lo había hecho!

—No está embarazada. —Pensó rápidamente. —¡El café! —La abuela la miró sin comprender. —Yo no soportaba el olor a café. Y tú misma me dijiste que a ti también te había

pasado. —Cogió de la mesa su jarra y se la mostró. —¿Ves? Llena y ni se ha inmutado.

Alice dudó. —¿Crees qué?

—Jenny me lo contaría. —Se echó a reír. —Si me lo cuenta todo. Además, con las ganas que tiene de ser madre eso no se lo callaría, te lo digo yo.

La abuela sonrió más tranquila. —Tienes razón. Pondría medios para evitarlo y más en este lío.

—Cierto, y Jenny es muy precavida, ya lo sabes. Además es matrona, sabe de esto mucho más que tú y yo juntas.

Alice sonrió satisfecha. —Ahora me quedo mucho más tranquila.

Sentada sobre el wáter miraba la prueba de embarazo con los ojos que parecía que se le iban a salir de las órbitas. —Mierda.

El sonido del teléfono la sobresaltó y corrió fuera del baño para cogerlo de la mesilla de noche. Una videollamada de Bob. Últimamente solo le hacía videollamadas para asegurarse de que Clay no estaba cerca. Forzó una sonrisa y descolgó. —Hola, cielo.

—¿Qué ocurre?

—¿Ocurrir? Nada.

—¿Ese te ha molestado? Pareces disgustada.

—No, claro que no. Se ha ido de casa antes de que volviera, ya lo sabes. —Giró el móvil para mostrarle la habitación. —Mira, ya he hecho las maletas y todo está listo para la mudanza. —Le volvió de nuevo y sonrió. —Ya está.

Él pareció aliviado. —No me gusta mucho que te quedes ahí.

—No quiere saber nada de mí.

—¿Y si voy por si acaso?

No, no podía dejarle ir. Vería que no había nada de Clay por la casa. —Cariño, mañana estaré de camino. Todo está bien. No es un psicópata ni nada por el estilo. Lo ha aceptado con deportividad.

—No me fío.

Decidió cambiar de tema. —¿Sabes? Las chicas de la clínica me han hecho un regalo de despedida.

—¿Qué te han regalado?

Lo cogió de encima de la cama y se lo mostró. Él se echó a reír a carcajadas al ver el globo con forma de mano haciéndole un dedo. —No se han tomado muy bien que te fueras, ¿no crees?

—No, parece que no. —Lo tiró a un lado. —Dicen que no encontrarán a otra como yo y que esperan que me arrepienta. Y eso mientras lloraban a lágrima viva. ¿Y las pacientes? Al enterarse de que no iba a estar preguntaron donde tenían que desplazarse —dijo asombrada—. Que me siguen a donde sea.

—Está claro que eres imprescindible. El doctor Priestley va a estar encantado contigo.

—¿Y si no deja que trabaje a mi manera? —preguntó algo inquieta.

—Nena, eso no debe preocuparte. Te adorará y dejará que hagas tu trabajo. Sabe que eres una profesional y se muere porque trabajes en su clínica. Todo irá bien. —Al ver que dudaba frunció el ceño. —A ti te pasa algo. En dos horas estoy ahí. Sabía que no tenías que ir sola a recoger tus cosas. ¡No sé por qué siempre dejo que me convenzas de todo!

Su corazón se calentó en su pecho por su preocupación. —Estoy bien. Con muchas ganas de verte.

—Me estás viendo.

—No es lo mismo. Así no puedo tocarte.

Él la miró con deseo. —Mañana nena…

—Te quiero.

—Te quiero, preciosa. Que duermas bien.

Sonrió pulsando el botón rojo y suspirando dejó el móvil sobre la cama. Al ver la prueba de embarazo a su lado gimió dejándose caer al lado del globo y le dio un manotazo apartándolo de su cara. ¿Y ahora qué iba a hacer? Menudo lío.

El teléfono sonó de nuevo y puso los ojos en blanco al ver que era Megan. Descolgó poniéndoselo en el oído. —Hola.

—Tú ya te has hecho la prueba. ¡Y por el tono de tu voz has metido la pata!

—Eso, tú dame ánimos.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Cuando se miente hay que pensar en todo!

—Es que cuando me toca no puedo pensar demasiado, la verdad. —Su amiga chasqueó la lengua, lo que significaba que le ocurría lo mismo. —¿Qué voy a hacer?

—Decir la verdad. Ahora tienes que confesar y rapidito.

—¡He enviado los papeles firmados a mi abogado!

—¿Qué papeles? ¿Qué abogado? ¡Se te está yendo la cabeza, Jenny!

Jadeó llevándose la mano al pecho. —¿Eso crees?

Megan suspiró. —Mira, lo mejor es que digas la verdad y que salga el sol por donde quiera.

—¡El sol siempre sale por el este! ¡Y eso es tan seguro como que Bob Bentley se va a cabrear! ¡Mucho!

—Cuando le cuentes tus razones para comportarte como una chiflada, lo comprenderá.

—¿Que me gustaba verle celoso de mi marido imaginario? Sí, se lo va a tomar genial.

—Eso fue al principio.

—Oh, sí claro. Le digo, ¿Cariño? Después no te lo dije por si pensabas que me estaba cachondeando de ti y te enfadabas. Y más tarde no te lo dije porque te pondrías furioso y me echarías de tu vida. ¡Oh, y decidí confesar porque estoy preñada y no quiero que pienses que es de otro! ¡Se lo va a tomar muy bien!

—Es que has montado un tinglado…

—Muchas gracias, no me había dado cuenta. —Gimió llevándose la mano a la frente. —Si se lo digo ahora, le voy a perder.

—No le vas a perder. Se cabreará, pero después te comerá a besos.

—¿Marc te perdonaría algo así?

—¡Ni de broma! Pero Marc ya hubiera matado a golpes a Clay, así que sería viuda hace mucho tiempo y así no dudaría de que el niño es suyo. —Su amiga se quedó en silencio unos segundos. —¿Sabes lo que me sorprende? Que después de vengarse de todos los de la lista no sé cómo no ha ido a Houston a darle un repaso a tu marido.

Su corazón saltó en su pecho. —¿Qué?

—¿Qué?

—¿Qué has dicho de la lista? ¿La lista de los samaritanos?

—Oh… Se me olvidó decírtelo después de levantar la prohibición de hablar de Bob.

—¿Lo hizo?

—¿Que si lo hizo? Creo que el que salió mejor parado fue el señor Pickery. Debió darle pena la edad. Abrió una tienda justo delante y puso los artículos a mitad de precio. Tardó en arruinarle dos años, pero lo consiguió. Oye, que menudo negocio. Bob ha tenido que ampliar. —Se le cortó el aliento sintiendo que su corazón saltaba de la alegría. —¿Sigues ahí?

—¡Me quiere!

—Claro que te quiere —dijo su amiga divertida.

—Voy a contárselo —dijo decidida.

—Ya era hora, amiga. Tengo que dejarte que Lili está en el baño poniéndolo todo perdido. Te veo mañana.

—Hasta mañana.

Ilusionada colgó el teléfono y sonrió porque se había vengado por ella. Eso era amor del bueno. Decidida se levantó con intención de recoger lo último que le faltaba y cerrar las cajas. Era hora de regresar a casa.

Bob dejó la última caja en su antigua habitación y la cogió por la cintura para besarla en el cuello. —Que bien hueles.

—¿Te gusta? Se llama Sedúceme.

—Mmm… prometedor. —La besó en los labios y dijo —Voy a por las maletas a tu coche y a pagar al de la mudanza. Cuando vuelva veremos si tu aroma lo consigue o no.

—Para seducirte no necesito perfume, cariño.

—Cierto.

Sonrió viendo como salía de la habitación y feliz abrió una caja. Libros. Necesitaría una estantería. ¿O tendría despacho en la clínica? Si era así se los llevaría al trabajo porque allí no pintaban nada. Abrió otra caja y eran más libros. Decidió apuntar lo que había en cada caja para no abrirlas constantemente. Gruñendo porque tenía que haberlo hecho antes salió de la habitación y bajó al despacho para coger un rotulador. Seguro que Bob tenía alguno por allí.

Abrió el primer cajón y lo cerró porque solo había papeles. Abrió el siguiente y encontró un sobre con su nombre escrito. Frunciendo el ceño lo sacó para ver lo que era. Cuando lo abrió

vio que era la fotografía con la que habían hecho el cuadro de la chimenea. También estaba la factura y abrió los ojos como platos al ver que se había gastado seis mil dólares en él. Sus ojos se llenaron de lágrimas de la emoción y guardó todo en el sobre antes de dejarlo en su sitio. Al abrir el siguiente cajón sorbió por la nariz pasándose la mano por ella y vio una caja de rotuladores. Cogió uno cuando escuchó —¡Jenny!

Salió del despacho para ver que Bob subía furioso por las escaleras. —¿Cielo?

Se volvió y sus ojos grises la miraron de una manera que se le encogió el estómago porque parecía que la odiaba. Vio como apretaba los puños antes de bajar un escalón. —Nena…

—Bob, ¿qué te pasa?

—Nada. —Sonrió de una forma que le puso los pelos de punta y sin darse cuenta dio un paso atrás cuando él bajó el siguiente escalón. —Solo que estaba recogiendo tu equipaje y he escuchado algo…

—No te entiendo.

Bob bajó otro escalón. —El sonido de tu teléfono, preciosa. Te lo dejaste en el bolso.

—Oh. ¿Me lo has traído?

—No. —Bajó un escalón más. —Al ver quien era decidí contestar. —Se le detuvo el corazón. —¿Sabes quién era, preciosa? —preguntó con voz heladora.

—No. —Negó con la cabeza sin darse cuenta. —¿Y quién era?

—Era Clay. ¿Recuerdas a Clay? ¡Ese que decías que era tu marido! —rugió furioso mientras ella palidecía—. Dice que debes ir a su casa de inmediato. Que Molly está con unos dolores muy fuertes y que no quiere ir al hospital porque ella confía en sus conocimientos. Que ya no sabe qué hacer para convencerla y que eso le pone de los nervios. Que si no lo recuerdas se mudaron a la casa nueva este fin de semana, que no vayas a la que tenían antes y que te des prisa. ¿Lo recuerdas ahora? ¡Ese Clay!

—Bob estás muy alterado.

Bajó otro escalón. —¿Alterado? ¿Por qué iba a estar alterado? ¿Por hacerme creer que estabas casada con ese que al parecer tiene a otra y que tú lo sabías porque tienes relación con su novia? ¿Porque ella está embarazada de seis meses? ¡No, eso no me altera! ¡Me altera que me hayas mentido! ¡Porque cuando ese hombre me estaba contando lo que ocurría no me cuadraba nada, así que le he preguntado si era el Clay que estaba casado contigo y me ha contestado que nunca habéis estado casados!

Asustada vio como llegaba al hall y al dar un paso atrás la espalda de Jenny chocó contra la puerta. —¡Me has tomado el pelo! ¿Qué pretendías? ¿Divertirte a mi costa?

—No, te juro que no fue así. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Se me fue de las manos.

—¡Claro que se te fue de las manos! ¡Me has mentido todo el tiempo!

—Nunca nos casamos. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas al ver el dolor atravesando su rostro.

—Así que es cierto. ¡Querías reírte de mí!

—¡Estoy aquí!

—¿Por qué lo hiciste? —gritó furibundo.

—Al principio me gustaba verte celoso y después… —Le rogó con la mirada. —¡No sabía cómo decírtelo!

—¿Te gustaba verme celoso? —Sus ojos se oscurecieron de furia. —¿Te gustaba ver cómo me retorcía de celos mientras pensaba que te acostabas con otro?

—No, no fue así. —Sollozó porque no sabía cómo explicarlo. —Sabía que te hacía daño. Por eso…

—¿Por eso qué?

Se sobresaltó por su grito y susurró —Fingí el divorcio. Quería estar a tu lado.

La miró con desprecio. —¿Soy un pelele, nena?

—¡No!

—¿Tengo pinta de estúpido?

—Te juro que…

Se acercó agarrándola del brazo y abrió la puerta para empujarla al exterior. Jenny cayó de rodillas sobre la hierba y levantó la vista asombrada temblando de arriba abajo. —¡Lárgate de mis tierras! —gritó furibundo.

—Bob, por favor… Te juro que no quería hacerte daño.

Intentando contener la furia que le recorría bajó un escalón. —Vete de mis tierras antes de que cometa una locura, Jenny —lo dijo de tal manera que se le rompió el corazón porque jamás hubiera pensado que podría hacerle daño y pálida se levantó porque parecía muy capaz en ese momento—. ¡Vete!

Asustada corrió hacia su coche y se subió a toda prisa. Las llaves estaban en el contacto y encendió el motor sin darse cuenta de que el portaequipajes estaba abierto antes de acelerar todo lo que podía para meterse en el camino. Sollozó mirando el espejo retrovisor para ver como Bob gritaba de dolor llevándose las manos a la cabeza. A Jenny se le desgarró el alma por el daño que le había hecho y gritó golpeando el volante de la rabia una y otra vez porque sabía que le había perdido. Le había perdido de nuevo y esa vez para siempre.

Cuando llegó a la carretera miles de imágenes de ambos juntos pasaron una tras otra ante sus ojos. Cuando le hacía el amor… Cuando le dijo que la quería… Ni vio como salía de la carretera ni como se acercaba al árbol.

Capítulo 11

Tumbada en la cama con el brazo vendado y el apósito en la cabeza, ni sintió como una lágrima caía por su sien totalmente en shock por lo que le estaban diciendo.

—Por el impacto del accidente podía haber sido mucho peor, se lo aseguro. Pero no debe preocuparse. Podrá tener más hijos en el futuro, señorita Parker.

Lo había perdido todo. Ya no le quedaba nada. Otra lágrima rodó por su sien.

El médico al ver que no reaccionaba apretó los labios antes de mirar a la enfermera y asentir. La enfermera le inyectó un sedante. —Ahora lo que voy a hacer es enviarla a un especialista psiquiátrico. No había frenadas y el sheriff sospecha que fue un intento de suicidio. —Ella siguió sin decir palabra. —¿Lo fue? Como es evidente que no colabora, debo llamar a un colega para que le haga una evaluación.

Entonces Jenny le miró. —¿Cuándo podré irme?

El doctor suspiró. —¿Entiende lo que le digo?

—Sí, he perdido a mi bebé. —Sollozó cubriéndose la cara con las manos y él médico apretó los labios por su dolor. —Le he perdido.

—El psiquiatra también puede ayudarla con eso. No se apene. La naturaleza es muy sabia. Usted trabaja en esto y lo sabe muy bien. No tenía contusiones en el vientre. Apenas se ha hecho nada. No debe culparse. A veces estas cosas suceden. Ahora debe descansar.

Llorando ni se dio cuenta de que salían de la habitación ni de como la puerta se abría de

nuevo y Megan se sentaba a su lado. —Shusss…

Sorprendida apartó las manos y se miraron a los ojos. Jenny intentó reprimir un sollozo y su amiga acarició su mejilla raspada por los cristales rotos. —Te vas a poner bien.

—Estás aquí…

—Siempre, ¿recuerdas?

Dos enormes lágrimas corrieron por sus mejillas. —La fastidié.

Megan cogió un pañuelo de la caja que había sobre la mesilla y se lo pasó con ternura por sus mejillas. —Todos la fastidiamos de vez en cuando. La vida es así.

—Mi bebé…

Emocionada por el dolor de su amiga susurró —Tendrás muchos hijos tan hermosos como los míos. Este no ha podido ser. He hablado con el médico y no ha sido culpa tuya. No te tortures, que te conozco.

Le podían decir lo que fuera, pero ella sabía que había sido culpa suya porque antes del accidente estaba bien. —¿Lo sabe?

Megan asintió. —El sheriff le informó de tu accidente cuando te estaban sacando del coche. Llegó cuando te metían en la ambulancia. Él nos avisó.

—¿Está fuera?

—Sí.

—No quiero verle. —Sollozó de dolor y negó con la cabeza. —No quiero verle.

Megan asintió. —Pues no lo verás. Tranquilízate, cielo.

Se volvió tapándose la cara intentando llorar en silencio y su amiga acarició su brazo. Al ver un morado en forma de huella bajo la manga de su camisón se le cortó el aliento y sin que se diera cuenta le levantó la manga para ver otras dos marcas. Apretó los labios acariciando su brazo hasta que el sedante fue haciéndole efecto durmiéndola totalmente.

Megan se levantó con cuidado de no despertarla y salió de la habitación recorriendo el pasillo para llegar a la sala de espera. Bob se levantó de su asiento pálido. —¿Cómo está?

El tortazo le volvió la cara y Marc asombrado se levantó en el acto. —Joder Megan, ¿qué haces?

—Darle lo que se merece —siseó mientras él la miraba a los ojos tensándose—. ¿Vas a pegarme a mí también?

—Pero mujer, ¿qué estás diciendo?

—Lo he visto. Tiene morados en el brazo. ¡La agarró con fuerza!

Marc miró a Bob como si no le conociera y él se volvió llevándose las manos a la cabeza. —¿Lo hiciste?

—Era tan preciosa, tan inteligente. Iba a ir a Columbia… —A Megan se le cortó el aliento. —La observaba desde el establo o desde la casa si estaba en el jardín contigo cuando hacíais juntas los deberes. Pero nunca me acerqué porque le sacaba diez años y se iba a ir. Notaba que a veces me miraba, pero si yo la miraba a ella apartaba la vista de inmediato y no quería hablar conmigo. Apenas nos dirigimos unas palabras antes de que se fuera a la universidad y supuse que todo quedaría ahí. Pero regresó y cada vez que intentaba acercarme huía de mí como de la peste. —Se volvió sonriendo con tristeza. —Una vez pensando que no la había visto, se escondió en un callejón al lado de la farmacia. Y todo para no hablar conmigo. Quise ayudarla y nos rechazó. Y al ver que no podía quitármela de la cabeza quise comprarle sus tierras. Pero cuando rechazó la oferta me alegre muchísimo porque eso significaba que quería quedarse. Puede que en el futuro me diera una oportunidad y entonces Megan regresó al pueblo. Su amistad hizo que la viera más y aun así su actitud no cambiaba. Pero cuando tu mujer me dijo que haría lo que fuera porque volviera a estudiar de nuevo, me asusté de veras. Sabía que la convencería para irse, así que en la Iglesia, sabiendo que no podía huir como hacía siempre me insinué. —Bufó sentándose y apoyó los codos sobre las rodillas para pasarse las manos por la

cara.

Marc se sentó a su lado. —Y no fue como pensabas.

—Me rechazó de nuevo. Te juro que fue como una cuchillada y cuando la vi allí sentada comiendo como si nada me sentí como un estúpido, por lo que reaccioné muy mal. Pero me perdonó. Ni me podía creer que aceptara una cita conmigo y cuando llegué a su casa con el ramo de flores como si fuera un adolescente me encuentro con que no está. —Apretó sus manos con fuerza. —Te juro que jamás me sentí tan cabrón como en el momento en que vi sus ojos en aquella sala de espera, cuando se dio cuenta de la marca en mi cuello. La única oportunidad que había tenido después de tantos años y la había fastidiado por completo.

—No todo fue culpa tuya. Ella no avisó —dijo Marc.

Su hermano ni le escuchó mirando el suelo. —Fue un error comprar su casa. Así hubiera tenido que regresar, pero me sentía tan mal… —Los ojos de Megan se llenaron de lágrimas por el dolor que destilaban sus palabras. —Sí, fue un error, porque en cualquier parte de la casa sabía que ella había estado allí. Incluso a veces podía sentir su olor y os prometo que más de una vez quise ir a Houston solo para verla. Cuando me dijiste que estaba saliendo con alguien lo entendí, pero cuando llegó la invitación de la boda te juro que hubiera hecho una locura. Pero no hice nada. Me decía a mí mismo que había perdido mi oportunidad y que debía dejarlo estar. Incluso no me acerqué en el funeral de su padre porque no se sintiera incómoda cuando me moría por decirle que estaba ahí para ella si me necesitaba. —Una lágrima rodó por la mejilla de Megan. —Y de repente acepta tu invitación y vuelve a mi vida. No me lo podía creer. Y cuando dijiste que me la llevara del restaurante no quería porque sabía lo que vendría después. Me haría ilusiones para que después se fuera de nuevo. Estaba casada. —Se quedó en silencio unos segundos como si estuviera recordando. —Cuando la subí al coche estaba tan borracha que no dejaba de hablar y te juro que cuando me pidió sexo no me lo esperaba. La desnudé y la metí en la cama, pero cuando vi sus anillos en el dedo no lo soporté más y se los quité. Era mía y lo demostró a la mañana siguiente. Se entregó a mí y fue perfecto.

—Pero estaba Clay —dijo su hermano mirándole preocupado.

—No podía dejar de pensar en él. En que cuando ella llegara a casa él le besaría o… Me revolvía las tripas. Me llamaba a horas que sabía que no estaba con él. Cada viernes esperaba que me dijera que le había dejado, pero ese momento no llegaba a pesar de que se lo exigía una y otra vez… Y todo era mentira —dijo incrédulo.

—Te sentiste dolido —susurró Megan.

—¿Dolido? Sí, y furioso. Creí que se estaba riendo de lo que sentía por ella. Que no apreciaba mi amor de la misma manera en que yo apreciaba el suyo. Que me había convertido en su amante sin querer llegar más allá y que por eso la farsa del matrimonio para tenerme convenientemente alejado. Como me dijo, yo era el amante no tenía derecho a tener celos. Al saber la verdad me sentí burlado y asqueado conmigo mismo por todo el tiempo que le había dedicado a una relación de la que ella se estaba riendo. Todos los pensamientos dedicados a ella, todas las esperanzas, los anhelos, todos los planes de futuro… Todo se derrumbó en ese momento. —Levantó la vista hacia Megan. —La cogí del brazo con rabia con intención de sacarla de mi vida para siempre. Y esta vez lo he conseguido.

Se levantó del asiento y salió de la sala de espera alejándose. A Megan se le cortó el aliento cuando pasó delante de la habitación de Jenny sin mirarla siquiera y se tapó la boca al ver como agachaba la cabeza como si estuviera derrotado.

Marc abrazó a su mujer por la espalda pegándola a él. —Lo sabías, ¿verdad?

Ella asintió. —Creí que lo solucionarían. Se aman. ¿Cómo alguien que te ama puede hacerte daño de esa manera?

—Lo solucionarán. Nosotros lo solucionamos.

Se volvió para mirar a su marido a los ojos. —No, cielo. Esto no se va a solucionar fácilmente. Ha perdido a su bebé. ¿Crees que alguno de los dos lo olvidará? —Marc apretó los labios abrazándola con fuerza y ella se aferró a él. —No me faltes nunca.

—Eso no va a pasar, mi amor. Jamás.

Jenny sonrió bajando la bata de la paciente. —Todo va muy bien, Cristal —dijo moviendo la silla para alejarse de entre sus piernas mientras se quitaba los guantes. Los tiró en el cubo de la basura y se levantó. —Ya puedes incorporarte. Te queda como mucho una semana.

—¿Todavía?

Rio divertida. —¿Por qué todas me decís lo mismo? —Se sentó tras su mesa. —Todavía no me has dicho si quieres epidural. Tengo que ponerlo en tu informe para cuando llegue el momento.

—Mi marido y yo no nos decidimos.

—Bueno, entonces esperaré, pero recuerda que si llegas a la clínica demasiado tarde no podremos ponértela. Avisa por teléfono cuando empieces a sentir contracciones y te iremos informando.

—Gracias Jenny.

Le guiñó un ojo. —Puedes ir cambiándote, yo me voy a por un café. Te veo antes de una semana.

La chica sonrió y ella salió de la consulta para ir al cuarto de empleados. El doctor Priestley estaba mirando un expediente con el ceño fruncido. —¿Algo complicado?

—Mujer, veinticinco años, se queja de dolor abdominal. Fiebre y vómitos.

—Apendicitis. Vamos James... Esa era muy fácil. —Divertida se sirvió un café. —¿Qué tal el día?

—Aburrido, como todos. —Le pasó el expediente. —Este es para ti.

—¿Para mí? No puedo operar una apendicitis.

—Seguro que si pudieras lo harías. Iba a enviarla al hospital, pero antes quiero que la veas tú.

Con curiosidad abrió el expediente. —Ah, que la paciente de la apendicitis está embarazada de cuatro meses de trillizos.

—Un problema.

—Sí, pero nada que no tenga solución. ¿Seguro que los demás síntomas no son por el embarazo? El dolor abdominal puede ser por la distensión del vientre y no es raro que una embarazada tenga décimas de fiebre. Sus glóbulos blancos son normales y el análisis de orina también. ¿Has hecho una ecografía abdominal?

—Por eso te lo paso a ti. Hasta ese punto confío en tu criterio. Hazla.

—Serás vago.

Él se echó a reír. —Tengo partido de golf.

—Pásalo bien —dijo saliendo con su café en la mano.

Entró en la consulta dos y allí estaba su paciente tumbada en la camilla cogiendo la mano del que debía ser su marido. —Buenos días, soy la comadrona. —Se acercó al hombre y extendió la mano. —Jenny Parker.

El hombre frunció el ceño apretando su mano. —¿Jenny?

Le miró atentamente. —Dios mío, Jonny May. Hacía años que no te veía.

—Desde el instituto. Acabo de regresar con mi mujer. Queremos criarlos aquí.

—Eso está muy bien. —Sonrió a la chica que correspondió a su sonrisa. —Bueno, Margaret… te voy a hacer una ecografía de control. De paso les veremos la carita, ¿de acuerdo?

En ese momento llamaron a la puerta y Clare la enfermera metió la cabeza. —Jenny tienes una urgencia.

Mierda. Sonrió a la paciente. —Clare acerca el ecógrafo y prepárala, ¿quieres? Vengo

enseguida.

—Me duele mucho.

—Lo sé, pero vengo en un minuto.

Salió a toda prisa y corrió por el pasillo para entrar en la consulta de urgencias. Enseguida vio el problema porque la paciente sangraba por las piernas y de manera abundante. —Lisa —le dijo a la enfermera—, ayúdame a tumbarla en la camilla y a desvestirla.

Su marido estaba pálido a su lado. —¿Qué será?

—¿Qué ha pasado?

—La oí gritar —dijo el hombre de los nervios—. Corrí desde el establo y estaba tirada bajo las escaleras.

—¡Te dije que arreglaras el escalón! —chilló su mujer histérica.

Aquello no tenía muy buena pinta. Forzó una sonrisa. —Muy bien, Barbara... Voy a llamar a una ambulancia. Estás sangrando mucho y hay que detener la hemorragia.

Pálida de los dolores ni podía hablar. Se puso el fonendo en los oídos y al pasarlo por su vientre no escuchó el latido. A toda prisa le puso un gotero mientras Lisa llamaba a la ambulancia.

—¿Se va a salvar? —preguntó la paciente muerta de miedo. Se echó a llorar—. Por favor… Por favor dígame que se va a salvar.

—Haremos todo lo que podamos para que estéis bien —dijo sabiendo que probablemente no había nada que hacer. Pero para asegurarse mientras llegaba la ambulancia echó el gel sobre su barriga acercando el ecógrafo. Estaba de dieciocho semanas y efectivamente no tenía latido. Ese accidente había matado a su hijo y por el odio con que miraba a su marido no se lo iba a perdonar en la vida. La pena la recorrió y tragó saliva por el nudo que tenía en la garganta.

—¿Qué? ¿Qué ve? —preguntó Barbara muerta de miedo antes de echarse a llorar—. No

oigo nada.

—Lo siento muchísimo.

—¡No! —Su marido intentó consolarla, pero ella gritó —¡Mira lo que has hecho! ¡Has matado a mi niño!

—No digas eso, por Dios no digas eso.

En ese momento llegaron los sanitarios y la chica de recepción les indicó donde era. Entre tanto grito a su alrededor ella gritó aún más para explicarles lo que había pasado. Se hicieron cargo de ella de inmediato e impresionada porque ese hombre siguiera intentando tocarla a pesar de los gritos de la paciente, rodeó la camilla y le agarró del brazo. —¡Espere fuera, por favor! ¡La paciente está muy alterada y…!

El tortazo que la tiró al suelo la dejó casi sin sentido. Lisa gritó de la impresión y los sanitarios se le tiraron encima. Su enfermera se agachó a su lado. —¿Estás bien? Voy a llamar al sheriff.

—Tengo otra paciente —dijo intentando reponerse.

Lisa la ayudó a levantarse jadeando al ver su labio roto. Su enfermera salió corriendo y la situación se descontroló porque los sanitarios intentaron retenerle hasta que llegara el sheriff. Ella se acercó a la paciente que lloraba desconsolada y le puso un sedante. Fue un alivio ver aparecer al sheriff que de inmediato sacó las esposas. —Robin, ¿es que has perdido el juicio?

—¡Púdrase! ¡Barbara, preciosa, lo siento mucho! —Su mujer llorando desgarrada no contestó. —¡Barbara, no fue con intención, no creí que pudiera pasar algo así!

Entre todos consiguieron ponerle las esposas y ella salió de la consulta preocupada por Margaret y cuando entró en la habitación los dos la miraron sorprendidos. Hizo una mueca. —Gajes del oficio. Veamos por qué te duele el vientre.

Agotada cerró la consulta. Qué ganas tenía de llegar a casa. Había tenido un día horrible. Había tenido que llamar otra ambulancia para Margaret porque efectivamente tenía apendicitis. Había ido a la oficina del sheriff para declarar, pero no quiso poner una denuncia porque sabía que la había golpeado sin querer al intentar soltarse y no había tenido intención de herirla. Al verle llorando desgarrado en la celda se le encogió el corazón. Eso sin añadir que la tarde no había mejorado la cosa, porque había tenido siete revisiones y un parto en que la parturienta era tan chillona que había empeorado con creces el dolor de cabeza que tenía.

Caminando hacia su apartamento pensó en el marido de Barbara. Sabía que había perdido los nervios, pero sus compañeras decían que algo así no se podía dejar pasar. No era la primera vez que agredían a sanitarios y es algo que no debían consentir por mucho que se arrepintiera o estuviera sufriendo, pero ella no había tenido corazón para denunciarle pues estaba roto de dolor. Eso le llevó a pensar en Bob. En lo que habría sentido él al enterarse de que había perdido el niño y en si se echaba la culpa. En si pensaría que ella le odiaba por lo que hizo. Pero no podía culparle. Si le había hecho daño había sido sin intención al querer echarla de su vida y todo lo que sucedió después no fue responsabilidad suya. Ni de ella, aunque hubiera tenido el accidente. Le había costado entenderlo semanas, pero al fin lo había admitido. Fue un horrible día como había tenido otros en su vida y tenía que superarlo como había hecho con la muerte de sus padres. Y llegaría el día en que no dolería tanto y puede que en algún momento volviera a ser feliz.

Dio la vuelta a la esquina y se le cortó el aliento al encontrarse con Bob de frente. Bueno, en algún momento tenía que pasar viviendo en Victoria, pero el dolor que su corazón sintió en ese momento no se lo esperaba. Él pareció casi tan sorprendido como ella e iba a decir algo cuando Jenny se volvió alejándose a toda prisa.

—¿Qué coño te ha pasado en la cara? —Gimió acelerando el ritmo y él la siguió. —¡Me voy a enterar igual! ¡Solo tengo que preguntar por ahí! —Siguió caminando sin contestar. —¿Quién te ha pegado? —Al ver que no decía nada intentó cogerla del brazo, pero al darse cuenta

de lo que iba a hacer apartó la mano a toda prisa. Se le cortó el aliento y vio la impotencia en su rostro. —Nena… —dijo intentando parecer más calmado, aunque no estaba calmado en absoluto —. Si tienes problemas con alguien puedo ayudarte. Dime quien te ha hecho eso.

Dio la vuelta a la esquina sin decir nada. —¡Por mucho que huyas de mí me voy a enterar! —Siguió caminando a su lado. —Creí que volverías a Houston. Me sorprendió cuando Megan me dijo que te quedarías. ¿Cómo estás?

Que le preguntara cómo estaba en ese momento, cuando en esas semanas ni siquiera la había llamado para hacerle esa pregunta, la cabreó y siguió caminando más rápido.

—Entiendo que estés enfadada. Yo lo estaba por lo que hiciste. Y por mi reacción después entendí que no quisieras sincerarte conmigo, preciosa. —La miró preocupado. —¿Me tienes miedo?

Se detuvo en seco, miró sus ojos grises y sin saber cómo, estaba ante ella con la cara congestionada y las manos en la entrepierna. Bob gimió para caer de rodillas. —Nena, tienes que dejar de hacer eso —dijo casi sin voz.

—¡Imbécil! —Se agachó ante él para gritarle a la cara. —¡Me asustaste! ¡Pero te juro por lo más sagrado que como vuelvas a hacerlo te pego un tiro! ¿Me has entendido? —gritó como una desquiciada. Él gimió asintiendo—. ¡Y deja de seguirme! ¿No querías que saliera de tu vida? ¡Sal tú de la mía! —Siguió caminando y antes de darse cuenta ya había rodeado la manzana para llegar a su portal. Miró sobre su hombro y se mordió el labio inferior de los remordimientos por haberle dejado allí tirado. —¿Pero qué locuras estás pensando? Te echó de su vida. Que se fastidie. —Frunció el ceño con la llave en la mano. —Parecía preocupado por mí… ¡Pues si tan preocupado estaba que te hubiera llamado, Jenny! Deja de pensar tonterías. —Entró en el portal cerrando de un portazo.

Capítulo 12

A la mañana siguiente era sábado y decidió dar un paseo por la ciudad. Estaba mirando unas flores en un puesto en la calle cuando alguien la tocó en el hombro. Sorprendida se volvió y sonrió a Marc que estaba ante ella con dos paquetes de pañales. Él se tensó al ver su labio partido. —Pero qué coño… ¿Quién te ha hecho eso?

—Tiene mal aspecto, ¿eh? —Se llevó la mano al labio que estaba enorme y morado. —Duele un montón.

Marc palideció. —¿Te lo ha hecho Bob?

Le miró con horror. —¡No!

—No me mientas, vi los morados en tu brazo. Megan me los enseñó mientras estabas dormida.

—Eso fue… —Dios mío, parecía una de esas mujeres que intentaban justificar a su maltratador, pero tenía que convencerle. —No es lo que piensas. Estaba furioso, no midió sus fuerzas. Bob no tiene nada que ver con esto. ¡Me lo hizo el marido de una paciente! ¡Pregúntale al doctor Priestley!

El alivio en su cara fue evidente. —Joder, he llegado a creer…

—Lo sé. Lo siento.

—Tú no tienes que sentir nada. Lo que pasó, fueran las que fueran las circunstancias, es injustificable. Es mucho más fuerte que tú. Eso no debe pasar jamás.

—¿Lo sabe la abuela?

—No hemos querido decirle nada sobre eso porque se llevaría un disgusto enorme y bastante se ha disgustado ya con todo lo demás. Quiso llamarte, ¿sabes? Pero en aquel momento estabas muy sensible todavía y…

—Lo entiendo. —Sonrió, pero se estiró su labio y juró por lo bajo cuando se le abrió la herida. —Vaya. —Abrió su bolso para sacar un pañuelo y se lo pasó por el labio. —Esto va a tardar en curar.

—¿Quieres venir a comer al rancho? María va a hacer su cocido de cordero y tarta de manzana. Estarán todos menos Bob. Tiene trabajo en su rancho y al parecer no puede venir. A los niños les gustará verte.

—¿Con esta pinta? Será mejor que no.

—No vuelvas a esconderte de todos, Jenny. —Ella le miró sorprendida. —No tienes nada de lo que avergonzarte. Cometiste un error al ocultar que en realidad no estabas casada, eso es todo. En el pasado te avergonzaba el comportamiento de tu padre con la bebida, las deudas y sé que hubo gente que intentó aprovecharse de ello, pero no todos son así. Mucha gente te tiene aprecio, Jenny. No tienes por qué vivir apartada de todos de nuevo.

—No hago eso.

—Sí que lo haces. Buscas excusas para no ir a nuestras reuniones como antes de Bob. —Palideció al darse cuenta de que tenía razón. —Lo que no entiendo es porque si ibas a esconderte, has decidido quedarte aquí en lugar de regresar a Houston. ¿Por qué te has quedado? —Sus ojos se llenaron de lágrimas y Marc apretó los labios. —Creo que no podías irte porque en el fondo te crees responsable de lo que ocurrió ese día. Y fue culpa de los dos. Tú por no ser sincera y él por no escucharte e intentar comprenderte. —Sonrió con tristeza. —Quiero a mi hermano, le conozco muy bien y sé que no te ha olvidado. —Su corazón se calentó en su pecho. —Si tú no puedes quitártelo de la cabeza, si aún le amas y crees que es un buen hombre, como

acabas de demostrar al defenderle, creo que al menos deberíais hablar. Os lo debéis el uno al otro. —Marc apretó los labios al ver que una lágrima corría por su mejilla. —Lo siento, no quería hacerte daño.

—No me has hecho daño. —Agachó la mirada antes de pasar el pañuelo por su rostro para limpiar las lágrimas. —Gracias.

—No, gracias a ti por escucharme. Tenía esto dentro desde el accidente. —Apretó los labios. —Te lo preguntaré de nuevo. ¿Vendrás a comer?

Sonrió sin poder evitarlo y levantó la vista. —Sí, gracias por la invitación.

—Puedes ir cuando quieras. Sabes que no tengo que invitarte. —Le guiñó un ojo. —Pues hasta luego.

—Hasta luego.

Megan apretó los labios cuando la vio bajar de su coche nuevo. —¡La madre que le parió! ¡Ese tío está muerto! —Jenny sonrió haciéndose daño en el labio de nuevo. —Le voy a matar con mis propias manos.

Marc salió en ese momento de la casa con una cerveza en la mano. Joss le seguía y se tensó con fuerza al ver su rostro. —Niña, esa bestia ya puede darse por muerto.

—Creo que no fue con intención de hacerme daño. Acababa de morir su hijo y veía que perdía a su mujer que estaba destrozada... En el fondo me da pena. —Los tres la observaron pensativos mientras subía los escalones. —Pero no hablemos de eso. ¿Dónde están los niños?

Alice salió en ese momento con Kirk en brazos. —¡Válgame Dios! Me lo habían dicho, pero…

Kirk se echó a llorar al ver su cara y Jenny le miró angustiada. —¿Me voy?

—¡No! —respondieron todos a la vez.

Megan lo cogió en brazos. —¿Has visto la pupa que tiene la tita? ¿Por qué no le das un besito para que se sienta mejor?

El niño alargó los bracitos hacia ella y se emocionó cogiéndole en brazos. —Pupa mala. —Le dio un beso y la abrazó por el cuello acurrucándose en ella. —Mala.

—Muy mala, pero se curará. —Acarició su cabecita y sintió que se le encogía el corazón porque podía haber tenido uno como ese. Intentando apartar ese pensamiento se sentó en una de las sillas de mimbre mientras todos la observaban. Kirk intentó coger un juguete de la mesa y ella se lo acercó. Al levantar la vista vio a su amiga emocionada mientras Marc la abrazaba por los hombros.

Megan sonrió intentando disimular. —¿Bebemos algo? Los hombres ya se han servido. Faltamos nosotras.

—Martha nos traerá una cerveza enseguida —dijo Alice sentándose ante ella—. Bueno, ¿cómo te va con el doctor Priestley? ¿Es tan agradable como aparenta?

Se relajó hablando del trabajo y Lili llegó con su perrito para enseñarle lo que había crecido. Sin dejar la charla con los adultos jugó con ella y con el cachorro sentadas ambas en el suelo del porche. Copito intentó morderle un dedo y ella le dijo con firmeza —¡No!

El perrito se sentó moviendo el rabo de un lado a otro y todos se rieron. —Solo le hace caso a Marc —dijo Megan divertida.

—Hay que ser firme. No le vamos a hacer un caprichoso, ¿verdad Lili?

—No, tita —dijo mirando a su cachorro atentamente.

—Es tuyo y debes mandar sobre él. Y él debe darse cuenta. Ahora acaríciale tú.

La niña lo hizo y al intentar volverle el cachorro gruñó e intentó morder a la niña. —¡No! —dijo Lili con contundencia. El cachorro la miró con los ojos como platos y la niña dijo —Túmbate.

El perrito lo hizo y Lili encantada le acarició en la barriga lo que a él parecía gustarle mucho. —Si no lo veo no lo creo —dijo Alice—. Lo has hecho muy bien, cielo.

—¿Verdad que sí, abuela? Voy a ser domadora de perros.

Todos se echaron a reír. —Perfecto, tu padre estará encantado —dijo su madre sentándose al lado de la abuela.

Marc le guiñó un ojo a su esposa antes de beber. —Con dos ranchos que dirigir, tu hermano y tú tendréis mucho que hacer, Lili.

Acariciando a su perro respondió —Seré vaquera, campeona de rodeo como mamá y la abuela y domadora de perros. El día es muy largo.

Los adultos se partieron de la risa porque hablaba como la abuela y esta sonrió orgullosa. —No hay niña más lista en todo Texas.

—No, no la hay —dijo Jenny dándole la razón.

En ese momento escucharon la explosión y Jenny se sobresaltó mirando hacia el este. —¡Es la fábrica de piensos! —gritó Joss bajando los escalones a toda prisa.

—¡Abuela quédate con los niños! —Megan corrió hasta su coche y Jenny se sentó tras el volante. Arrancó saliendo tan rápido como podía mientras los hombres la seguían en la camioneta de Marc.

—Dios mío, espero que no haya muertos.

Viendo la columna de humo negro que se estaba elevando aceleró. —Hay un incendio. Megan no te acercarás al fuego, ¿me oyes? Luego no hagas lo que te venga en gana en tus empeños por ayudar. ¿Me has entendido?

—Sí, Jenny. No te preocupes por mí. Solo ayudaré con los heridos en lo que pueda.

Asintió más tranquila y giró en la intersección que daba acceso a la carretera que llevaba a la fábrica. Aparcó más allá de la entrada y se bajó a toda prisa del coche.

—¡Dejarlo por allí para no obstaculizar a los bomberos! —gritó a los chicos. Cogió su maletín que ante algo realmente grave no serviría de mucho y corrió pasando la entrada. Miró a su alrededor. Había varios heridos y vio que uno de ellos parecía desorientado. —¡Joss encárgate de ese!

Corrió hacia uno que tenía una brecha en la cabeza y se arrodilló a su lado. —Te pondrás bien.

—Hay gente dentro. ¿Dónde están los bomberos?

Vio que un hombre sacaba a un herido en brazos y se le cortó el aliento al darse cuenta de que era Bob. Corrió hasta él y gritó —¡Déjalo en el suelo!

Él agotado lo hizo y ella le tomó las constantes. Viendo la herida que el hombre tenía en la cabeza se le pusieron los pelos de punta, pero inició la reanimación porque jamás daba a nadie por perdido y era el más grave que había allí. Bob se levantó y Jenny al ver el estado de la fábrica que cada vez estaba más envuelta en llamas gritó asustada —¡No, no entres!

El ruido de los gritos y las sirenas que se acercaban amortiguaron sus palabras. Angustiada siguió intentando reanimar al herido, pero alguien le tocó el hombro. —Hija está muerto —dijo Joss tras ella.

Frustrada dejó el masaje y miró a su alrededor. Varios de sus compañeros corrían hacia los heridos y ella se levantó con intención de hacer lo mismo cuando escucharon el crujido. Gritó del horror cuando la estructura se vino abajo y se volvió por instinto cubriéndose la cabeza con las manos mientras el polvo y el humo lo invadía todo. Tosiendo y sintiendo que sus ojos picaban muchísimo se giró y al ver que el techo de la fábrica se había desplomado gritó el nombre de Bob una y otra vez. Corrió hacia allí accediendo a la fábrica por la entrada de camiones que aún seguía en pie. Tosió porque el humo era tan denso que casi no se veía. El fuego estaba devorando el almacén que estaba en la parte de atrás. Se cubrió la boca con la camiseta y entrecerrando los ojos intentó encontrarle rezando porque no estuviera en la parte

donde estaba el fuego. Una chapa se movió y saltando entre los escombros hizo lo posible por llegar hasta allí. Tuvo que rodear lo que quedaba de un muro que tenía pinta de desplomarse en cualquier momento. —¡Bob! —Cuando llegó a la chapa quiso levantarla, pero pesaba muchísimo. Intentó empujar hacia arriba con todas sus fuerzas y vio una mano. Lloró del alivio porque la reconoció de inmediato. Era él y tenía que sacarle de allí cuanto antes. —Vamos cielo, tienes que arrastrarte. ¡No puedo levantarla del todo! —gritó empujando hacia arriba todo lo que podía. La mano cogió su tobillo y sujetándose en ella consiguió arrastrarse un poco. La chapa cedió por el otro lado lo que significaba que había liberado sus piernas, pero el movimiento casi hizo que se le resbalara de las manos. Sintiendo que sus fuerzas no lo soportarían apretó los dientes mientras sentía que los músculos de su espalda parecían que iban a romperse en dos. En ese momento alguien se puso a su lado y vio que era Marc, que gritando levantó la chapa con rabia haciendo que volcara al otro lado.

—¡Vamos, vamos! —gritó agarrando a su hermano de un brazo.

Ella lo hizo del otro y en cuanto consiguieron levantarle el muro se desplomó tras ellos. Tan aprisa como podían pasaron por encima de los escombros para llegar al exterior. El camión de bomberos se detuvo ante la fábrica y varios corrieron hacia ellos para ayudarles a salir. Asustada siguió a los hombres que cargaban a Bob y vio que había perdido el sentido. Alargó la mano para tocarle el pulso y sollozó cuando lo sintió en las yemas de sus dedos. Le colocaron sobre una camilla y varios sanitarios se pusieron a su alrededor. No tenía fuerzas para ayudarle y lloró de la impotencia dejándoles hacer. Megan la cogió por los hombros para que supiera que estaba allí. Vio que Bob tenía un buen corte en el brazo y que le sangraba un oído, lo que la preocupó aún más porque podía tener algo interno que solo sabrían cuando le hicieran las pruebas.

—¡La tensión cae, Joe! —gritó el enfermero al médico.

—Tiene una hemorragia interna. ¡Rápido, a la ambulancia!

Cerró los ojos porque sus peores sospechas se confirmaban.

—Vamos al coche —dijo Marc pálido—. ¡Joss, nos vamos al hospital!

Joss que estaba dando agua a un herido corrió hacia ellos y al ver a Bob se llevó las manos a la cabeza. —Joder…

—No le digas nada a la abuela todavía. Te llamaremos.

—Sí, sí. Estaré pendiente.

—Vamos Jenny.

Muerta de miedo fueron hasta el coche y nadie dijo una sola palabra mientras seguían a la ambulancia. Fueron unos instantes desesperantes y la imagen de su oído sangrante la torturaba una y otra vez. Tenía que haber impedido que entrara. Tenía que habérselo impedido.

Como era enfermera al llegar al hospital pidió el favor de que la dejaran verle, pero le dijeron que estaban haciéndole un tac craneal. Eso la puso alerta y se volvió hacia Marc. —¿Tienes ahí el teléfono?

Él lo sacó del bolsillo trasero del pantalón y a toda prisa pulsó el número que se sabía de memoria. Clay no tardó en contestar —Que está bien… No tienes que llamar todos los días, ¿sabes? —preguntó divertido.

—Necesito que vengas a Victoria.

—Jenny, ¿qué ocurre?

Se lo explicó a toda prisa reprimiendo las lágrimas y él le dijo —Que me lo envíen. Ya.

—Pero…

—Que organicen el traslado en helicóptero. ¡O que los Bentley contraten uno! Que me lo envíen ya, Jenny. El jefe es uno de los mejores neurocirujanos del país y está de guardia. Si llegamos a necesitarle le tendremos a mano. Ahí no hay el equipo que tenemos aquí y el tiempo es oro en estos casos. Lo sabes muy bien. Que me lo envíen cuanto antes. Os estaré esperando.

—De acuerdo.

Sin perder el tiempo fue hasta la recepción y dijo con firmeza —Solicito el cambio de hospital para Robert Bentley. Tienen que trasladarle al Memorial en Houston.

—Señorita, usted no puede solicitar eso. Me dijo que era su novia.

Marc se puso tras ella. —Entonces lo solicito yo. Soy su hermano mayor. Marc Bentley. Y puesto que no tenemos padres, soy la persona responsable de mi hermano.

—¿Se da cuenta de que el paciente está en urgencias? Le están intentando salvar la vida.

—Si no estuviera estabilizado no le llevarían a hacer un tac —protestó Jenny.

—¡Están jugando con la vida del paciente!

—Escúchame bien. ¡Ya estáis metiendo a mi novio en el helicóptero medicalizado y llevándolo a toda leche al Memorial!

La enfermera vio las caras de decisión de los tres y levantó el teléfono. —Es un error.

—Lo asumiremos —dijo Marc pálido.

Megan le acarició el brazo mientras la mujer hablaba por teléfono. Impacientes esperaron noticias. Un hombre con bata blanca salió a la sala de espera muy enfadado. —¿Se da cuenta de lo que piden? Están poniendo en riesgo la vida del paciente.

—¿Tiene una hemorragia intracraneal? —preguntó directamente.

—Sí, pero…

—¿Grave?

—Eso parece.

—¡Quiero que le hagan una craneotomía para aliviar la presión del cerebro y métalo en el helicóptero ya! —le gritó a la cara.

El doctor apretó los labios antes de volverse.

—Dios mío —dijo Megan—. ¿Craneotomía?

Marc se llevó las manos a la cabeza. —Estaba despierto cuando le sacamos —dijo

impresionado—. Casi caminaba.

—Aún no le había afectado lo suficiente. Además, sangraba por el oído. Eso alivió la presión.

—Dime que estamos haciendo lo correcto, Jenny.

—¿Crees que le pondría en riesgo si no fuera lo mejor? Voy a ser muy clara contigo… ¡La lesión es muy grave y si alguien va a meter la mano ahí para reparar algo, quiero que sean los mejores para que tenga las menores secuelas posibles!

Marc asintió. —Muy bien.

Cinco horas después Clay salía del quirófano quitándose la mascarilla y el gorro. Al ver sus ojos Jenny se echó a llorar del alivio antes de correr hacia él y abrazarle con fuerza. —Es duro de pelar. Todo un vaquero —dijo él con cariño mientras Marc y Megan se abrazaban.

Se apartó para mirarle a la cara. —¿Ha habido problemas?

—Todo perfecto. Una operación de manual.

Loca de la felicidad intentó reprimir las lágrimas y dijo emocionada —No sé cómo darte las gracias.

—No me las des a mí. Dáselas a mi jefe, que ha hecho un trabajo de primera. Ahora a esperar que no haya complicaciones.

—Gracias, gracias —dijo Marc dándole un apretón de manos.

—Ha sido un placer. Tengo que regresar. Os veo luego.

Marc reprimiendo las lágrimas se volvió hacia los demás y se abrazaron con fuerza.

—Se pondrá bien —dijo Megan sin dejar de llorar.

—Sí.

Marc se apartó y sacó el móvil. —Voy a llamar a Joss, estará loco de preocupación al no recibir noticias.

Se apartó para hablar por teléfono y Megan apretó sus manos. —Gracias.

—Yo no he hecho nada.

—Claro que sí, has hecho muchísimo. Sin ti no hubiéramos sabido qué hacer y gracias a Clay… El destino es muy extraño, ¿no crees?

Jenny pensó en ello mientras su amiga se volvía para observar a su marido y se dio cuenta de que tenía razón. El ictus de su padre la llevó a conocer a Clay y él había tomado las riendas de la operación de Bob.

Marc se volvió. —No, que no venga la abuela. No quiero que se angustie. Dile que está en observación, pero que los médicos son optimistas. —Miró a Jenny como preguntando si estaba haciendo bien y ella asintió. —Si se pone nerviosa llamad al médico.

Aún preocupada se sentó de nuevo en la silla y al mirar sus manos se dio cuenta de lo sucias que las tenía. Al mirar a los demás vio que estaban igual. De hecho Megan tenía el cabello lleno de hollín. Tenían que asearse. —Supongo que ninguno de nosotros nos moveremos de Houston hasta saber algo más.

Los dos negaron con la cabeza vehementes. —Pues tenemos que asearnos. Hay un hotel enfrente.

—Yo me encargo —dijo Marc impaciente por hacer algo—. E iré a comprar algo de ropa. —Miró hacia las puertas de quirófano.

—No te preocupes. Irá directamente a cuidados intensivos. Seguramente no podremos verle hasta dentro de unas horas. —Eso pareció aliviarle. —Megan vete con él y de paso comer algo.

—No, yo me quedo contigo.

—Estás sin comer y no me fío de que Marc compre la talla adecuada. —Su amigo hizo

una mueca haciéndola reír. —Iros. Entre los dos no tardaréis nada.

Megan apretó los labios levantándose a regañadientes y dijo —Volvemos enseguida.

—Tranquilos, ahora ya no hay prisa.

Observó cómo se iban y cuando se metieron en el ascensor ella esperó impaciente. Media hora después Clay y su jefe salieron de nuevo y Jenny se levantó de golpe. —Le están trasladando a cuidados intensivos.

Ella miró ansiosa a su jefe que sonrió. —Todo va bien. Ahora a esperar que se reponga y en cuanto despierte… Eres enfermera Jenny, sabes cómo va esto.

—Sí. Debemos esperar a si tiene secuelas.

La miró de arriba abajo. —Clay llévala al vestuario para que se duche y dale un pijama de quirófano. Que le permitan la entrada a la UCI.

—Gracias —dijo emocionada antes de que el hombre se alejara.

Reprimiendo las lágrimas se volvió hacia a Clay que la cogió por los hombros. —Lo peor ha pasado.

—¿Y si…?

—No seas tan pesimista. De momento todo va sobre ruedas. Venga, necesitas esa ducha.

Capítulo 13

Sentada a su lado cogiendo su mano, comprobaba cada poco sus constantes en la máquina pendiente de cada sonido. Apenas se separaba de su lado excepto para comer algo y para informar de su estado a Megan y Marc que no se iban del hospital. Se negaba a ir a dormir y si dormitaba lo hacía en la silla sobresaltándose cada poco por los sonidos de las máquinas.

Mirando su mano acarició su dorso y suspiró antes de murmurar —¿Por qué todo tiene que ser tan difícil? —Levantó la vista hacia su rostro y se sobresaltó al ver que tenía los ojos abiertos y la observaba. —¿Bob? —preguntó asustada.

La miró como si la conociera y la alegría fue tan grande que sus preciosos ojos azules se llenaron de lágrimas. —Hola, cielo. —Le acarició la mejilla.

—Jenny… —dijo medio drogado.

—Sí, soy yo.

—Creía que era un sueño.

—Estoy aquí. A tu lado. ¿Te duele la cabeza?

—Sí.

—Lo estás haciendo muy bien.

Él sonrió agotado antes de que sus ojos se cerraran de nuevo. Asustada comprobó la pantalla y su latido era estable. La enfermera llegó en ese momento. —Se ha despertado. Avise al doctor Stevenson, por favor.

—Ya lo he hecho —dijo con una sonrisa—. Enseguida llegará.

Aliviada se sentó sintiendo que el agotamiento la invadía de golpe. —Me ha reconocido.

—Esa es una noticia maravillosa.

—Sí. —Se echó a llorar. —Maravillosa.

—¿Dónde está Jenny? —preguntó Bob desde la cama.

Marc miró su vendaje en la cabeza, pero al parecer estaba recuperando las fuerzas porque empezaba a cabrearse. —Ya te lo he dicho. Ha vuelto a Victoria. Tenía pacientes que atender.

—La vi, ¿no? ¡Estaba aquí!

—Ya, pero se ha ido —dijo Megan—. Se aseguró de que estabas bien y en cuanto te hicieron las pruebas se fue.

Decepcionado dejó caer los hombros y se quedó mirando pensativo la pared de enfrente. —Tranquilo, hermano. Te quiere con locura. No se separó de ti ni un momento.

En ese momento se abrió la puerta y Clay entró con una sonrisa en los labios. Bob gruñó haciéndole reír. —Vaya, veo que hoy estás de mucho mejor humor. Eso es fantástico. Chicos, ¿podéis salir un momento que voy a revisarle la herida y no es agradable?

—Yo me quedo —dijeron los dos a la vez.

Clay hizo una mueca. —Una familia de duros vaqueros.

—¿Tienes algo contra los vaqueros? —Los ojos grises de Bob decía que se atreviera a decir que sí.

—No, por supuesto que no —dijo sin perder la sonrisa—. Además, somos familia.

—No, no lo somos. —Bob le miró como si quisiera cargárselo y su hermano carraspeó. Este descaradamente le recriminó su actitud con la mirada, pero Bob no hizo ni caso.

Clay se echó a reír empezando a quitar la venda. —Claro que sí. Yo quiero a Jenny y vosotros la queréis a ella. Somos familia por Jenny.

Bob gruñó de nuevo. —Así que la quieres, ¿eh?

Megan gimió antes de decir rápidamente —Como un hermano, Bob. La quiere como un hermano.

—Por supuesto que la quiero. Muchísimo. Tiene un corazón de oro y tienes suerte de que te lo haya entregado a ti. —Miró la herida y asintió. —Esto va muy bien.

—Exacto. —Bob le cogió por la pechera de la camisa para acercarle a su rostro. —Me lo ha entregado a mí, y me lo quedaré para siempre.

Clay sonrió. —¿Me permites terminar? —Le soltó a regañadientes. —Ella me habló de ti, ¿sabes? Antes de casarnos.

—Tú nunca te casaste con ella.

—Ya entiendes lo que quiero decir. Siempre supe que te amaba a ti, pero estaba empeñado en conseguir un imposible. Y nuestros temas sexuales fueron buena prueba de ello.

Le agarró de la pechera de nuevo. —¿Qué has dicho? —preguntó con voz lacerante—. ¿Me estás diciendo en mi cara que te acostabas con mi mujer?

—En ese momento era mi mujer.

—¡No ha sido tu mujer nunca! —le gritó a la cara.

—¿Este carácter ya lo tenías así antes del golpe?

Megan puso los ojos en blanco mientras Marc reprimía la risa. —Sí, amigo. Es así desde que está totalmente enamorado. Antes era un poco más afable.

—Hay que controlar esos celos.

—Te voy a…

—¿Me dejas continuar?

Le soltó porque no tenía más remedio y Clay rio por lo bajo. —Y no me acosté con tu mujer. No se dejaba. No había visto jamás algo igual. —Megan gimió golpeándose la frente con la mano. —Era un caso para un estudio clínico, sí señor. Se cerraba y nada. —Marc carraspeó mientras Bob le miraba asombrado. —Y el caso es que físicamente estaba perfecta, pero llegaba el momento, ¡y zas! Como una caja fuerte. El sexólogo quería escribir un artículo en una revista médica sobre su caso. —Distraído le puso la venda.

Bob mirándole como si no se lo creyera siseó —Así que no…

—¿Penetré? No. Y te aseguro que lo intenté con ganas, pero… —El puñetazo le tiró contra la pared y Marc y Megan vieron como Clay ponía los ojos en blanco antes de resbalar hasta el suelo. Le miraron asombrados.

—¡Se lo estaba buscando! ¡No me digáis que no! —De repente sonrió. —Ya decía yo. ¡Era virgen! —Parecía que le habían dado la alegría de su vida. —Es que estos de ciudad no tienen ni idea de lo que hacen. —Su familia negó con la cabeza. —¡Es mía! ¡Siempre ha sido mía! —exclamó encantado de la vida. De repente suspiró—. Joder que ganas tengo de llegar a casa. Marc arréglalo.

—¿Que ha hecho qué? —gritó furiosa al teléfono a la mañana siguiente sentándose de golpe en la cama—. ¡Le mato!

—Es que Clay no midió. Y no se le puede decir a un hombre como Bob que te has intentado acostar con su mujer —dijo Megan queriendo excusarle.

—¡No soy su mujer!

—Ya, claro…. Así que entonces pidió el alta. Por supuesto Clay cuando volvió en sí le dijo que ni de coña. Ah, también le dijo que le iba a demandar. —Jenny gimió pasándose la mano por la frente. —Así que le han atado a la cama por enajenación. Tiene un cabreo de

primera. Cuando pille a Clay se lo come vivo. Ya puede huir del país.

—Tiene que quedarse en el hospital.

—Si quieres que se quede tendrás que ir. No atiende a razones. Nos tiene locos con la misma alicantina una y otra vez. —Su amiga gimió. —Por favor…

—Claro que voy a ir —dijo furiosa—. Y le voy a… Le voy a…

—Te quiero. Ciao. —Megan colgó a toda prisa asombrándola.

Apartó la sábana furiosa antes de saltar de la cama. Clay era un santo. Ni siquiera la había llamado para quejarse. Encima que le había salvado la vida, había que ser desagradecido.

Se duchó en tiempo récord y se puso un vestido azul que resaltaba el color de sus ojos. Incluso se alisó el cabello más de lo normal y se maquilló ligeramente. No por nada, solo era porque quería tener buen aspecto cuando le echara la bronca.

Cuando caminaba por el pasillo del hospital parecía que iba a la guerra y abrió la puerta sin llamar. Bob que tenía la boca abierta sonreía con los ojos a la enfermera que le ofrecía una cucharilla con una gelatina roja. Uy, uy… Aquello era el remate. Cerró de un portazo sobresaltando a la enfermera y Bob la miró levantando una ceja. —Nena, tengo las manos atadas y no puedo comer por mí mismo.

—¿No me digas? —siseó antes de fulminar a la mujer con la mirada. Era muy mona. Demasiado mona. Seguro que le lavaba encantada.

—Como no estás aquí... Vivien me ayuda.

—Vivien, que nombre más bonito. —Se acercó y le cogió el tarrito de la mano. —Tranquila que ya le ayudo yo que tendrás mucho que hacer.

—No, si yo…

—¡Qué te largues!

La enfermera salió de allí a toda pastilla y ella le miró como si quisiera torturarle lentamente. Bob con desconfianza se alejó lo que pudo. —Nena, que estoy convaleciente y atado, además.

—Sí, de eso venía a hablar precisamente. —Sonrió como una loca. —¿Has pegado a Clay? ¿Al hombre que te ha salvado la vida? Contesta a la pregunta. Y piensa bien lo que vas a decir.

—¡Se excedió! ¡Y ya puede dar gracias a que solo le pegué un puñetazo! Dijo que no había tenido sexo contigo. ¡Con mi mujer! ¡Que lo intentara me revolvió las tripas!

Su corazón se calentó, pero seguía estando furiosa y no queriendo pegarle cuatro gritos hundió la cucharilla en el tarro cogiendo una buena porción de gelatina para metérsela en la boca. —No soy tu mujer —dijo entre dientes.

Tragó a toda prisa. —¡Ja!

Le metió la cuchara de nuevo hasta la campanilla. —Puedo acostarme con quien quiera.

Él tragó tranquilamente. —No, porque eso se cierra, ¿no es cierto, nena? Conmigo no te pasó.

—¡Y no significa que no pase con otro ahora que ya has abierto el camino!

—¡Si me estás diciendo que estás pensando en salir con otro, que se te vaya olvidando!

—¿Te estás oyendo? ¡Pareces un loco! ¡Puedo salir con quien me plazca! ¡Como has hecho tú todos estos años!

Al ver que sus preciosos ojos azules se llenaban de lágrimas la miró arrepentido. —Nena…

—¡Esto no funciona! —Tiró el tarro sobre la mesa y se volvió furiosa. —¡Y no funcionará nunca! —Le señaló con el dedo. —¡Te lo advierto, como vuelvas a pegar a Clay, a

rozarle de alguna manera, te quemo el rancho! —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —¡Con lo que ha hecho por ti! ¡Es que lo que has hecho no tiene nombre! —Furiosa fue hasta la puerta. —¡Que te vaya muy bien, Bob Bentley!

—¡Jenny! ¡Nena, espera! —gritó tirando de las correas.

Él juró por lo bajo dejando caer la cabeza sobre la almohada y gimió de dolor. Lo había hecho de cine.

Fuera de la habitación Jenny miró a los ojos a Clay que con un buen morado en el pómulo sonrió antes de cogerla por los hombros y caminar con ella. —Es rudo, tu vaquero.

—Empiezo a pensar que es un chiflado.

Clay rio divertido. —Sí, algo loco está. Loco por ti. Menudo ataque de cuernos que tenía.

Se le cortó el aliento porque le conocía muy bien. —¿Le provocaste?

—Claro. Quería comprobar si te quería o no. Y vaya si te quiere. Menos mal que le atamos porque cuando me desperté vi en sus ojos que quería arrearme de nuevo. Ese no podrá verme en la vida.

—Lo siento —dijo avergonzada.

—Bah, igual con el tiempo se suaviza. Ya entiendo lo que decías cuando nos separamos, ¿recuerdas? No había pasión. Y es la base fundamental para una relación. Vosotros la tenéis de sobra.

—Sí, empiezo a pensar que es demasiada. —Le miró de reojo.

—Como te disculpes de nuevo no te hablo más.

Ella sonrió. —Eres el mejor, ¿sabes?

—Sí, pero tú preferiste al vaquero.

—Ya.

Clay se echó a reír a carcajadas y la abrazó. —Le quieres, le quieres muchísimo. He visto como has pasado horas sin despegarte de su lado para comprobar que todo fuera bien. Ese amor es difícil de encontrar. —Hizo una mueca. —Cuando me dijiste que te habías acostado con él no me lo podía creer. Con todo lo que me había esforzado y llega ese…

Se puso como un tomate. —¿Tenemos que hablar de ello?

—Claro que sí, porque me has demostrado que no solo tu corazón y tus pensamientos le pertenecen, sino también tu cuerpo. Cuando dice que eres su mujer es en el sentido amplio de la palabra. Eres suya, Jenny. ¿Por qué no regresas ahí e intentas arreglar las cosas? Puede ser un oso, pero te quiere.

—Han pasado tantas cosas…

—Nada que no se pueda arreglar. Él hizo cosas, tú hiciste cosas… —Le acarició la mejilla. —¿Es por el bebé? ¿Le guardas rencor?

—¡No!

—¿Habéis hablado de eso?

—Desde el accidente no hemos hablado mucho.

—¿Y no crees que deberías hacerlo? —Jenny apartó la mirada incómoda. —¿Crees que él no se siente culpable por lo que ocurrió? Si yo discutiera con Molly y después tuviera un accidente de coche perdiendo a nuestro bebé me moriría. Si ella me dijera que no era responsable me sentiría mucho mejor. Bob tiene eso dentro, ¿sabes? —Se le cortó el aliento y su amigo sonrió. —Como eres sanitario puedo hablar contigo de un paciente, ¿no? —Ella asintió. —Ayer les espié un poco. La enfermera después de atarle dejó la puerta entreabierta al salir. Me acerqué y puse la oreja. Su hermano estaba con él en la habitación y le escuché decir que puede que no le perdonaras nunca lo del bebé.

—Sabe que no fue responsable. No me golpeé en el vientre —dijo asombrada.

—Si no se hubiera enfadado contigo, tú no te hubieras subido a ese coche y esa culpa la tendrá siempre.

Jenny miró hacia la puerta de la habitación y Clay sonrió al ver que se acercaba a ella tímidamente. Ella preocupada entró y Bob pareció aliviado cuando la vio allí. —Menos mal que has vuelto. Preciosa, no quería disgustarte. ¿Quieres que no le toque? No le tocaré más. Tampoco es tan mal tipo. Aprenderé a tolerarle. —Se le puso un nudo en la garganta y le miró a los ojos. —Nena, me estás asustando. ¿Por qué no me desatas? —Al ver que no se movía tiró de las correas de la impotencia. —Sé que no hago las cosas bien, nena… Pero te quiero y si pudieras darme una oportunidad para empezar de cero…

—¿Por qué quieres empezar de cero? —susurró mirando sus ojos.

—Porque… —Apretó los labios. —Así olvidarías todo lo que te he hecho. —Le rogó con la mirada. —No quería hacerte daño, no pretendía…

—Lo sé —dijo emocionada.

Pareció aliviado pero un segundo después volvió a apretar los labios. —No me lo dijiste.

—No quería que pensaras que era de Clay —dijo con la voz congestionada intentando no llorar.

Asintió entendiendo. —Es irónico…

—¿El qué?

—Si los dos nos comportamos como lo hicimos, fue porque ninguno quería perder al otro y al final lo perdimos todo.

Sí que era irónico. —Ambos tenemos culpa de muchas cosas, pero lo del bebé no fue culpa de ninguno de los dos. Ocurrió, puede que por el estrés, pero podía haber pasado en cualquier otro momento.

La miró a los ojos. —Gracias nena…

—¿Por qué?

—Por intentar aliviar esto que tengo dentro.

—No es justo que te culpes de algo así. —Forzó una sonrisa. —Tengo que irme.

—Jenny, dime que puedo arreglarlo. Dime que aún tenemos una oportunidad —dijo casi desesperado. Su corazón dio un vuelco porque parecía que lo deseaba más que a nada—. Conseguiré que me quieras como antes, te lo juro. Solo déjame… —Tiró con fuerza de las correas.

—Cielo, no he dejado nunca de amarte. —A Bob se le cortó el aliento viendo cómo iba hacia la puerta. —Otra cosa es que quiera intentarlo de nuevo. Me lo pensaré.

Salió de la habitación y Bob sonrió antes de gritar —¡Espera a que salga de aquí, nena!

Jenny sonrió caminando hacia Clay que la observaba divertido y este preguntó —¿Nos vamos a comer?

—¿Luego se lo dirás?

—Por supuesto.

Soltó una risita. —Entonces encantada.

Capítulo 14

—Has engordado de más, Julie —dijo con los ojos como platos—. ¡Estás de tres meses y has engordado seis kilos!

La chica se sonrojó mirando el peso en la báscula. —Como hay que comer por dos… ¿Qué pasa? No me privo. Llevo toda la vida a dieta. Para una vez que tengo excusa para comer a gusto.

La enfermera reprimió la risa y ella la advirtió con la mirada haciendo que se pusiera seria. —Mira Julie, como sigas así vas a subir más de veinte kilos y eso no es bueno ni para ti ni para el bebé. —Fue hasta su mesa. —Te voy a hacer un análisis de sangre y… —Al levantar la vista distraída vio que sacaba una chocolatina del bolso y se la arrebató. —¿Hola? ¡Estoy aquí todavía!

La chica tuvo la decencia de sonrojarse. —Es que no he comido.

—Son las once de la mañana.

—Pues eso.

Exasperada se sentó en su sitio. —Análisis completo y reza para no tener diabetes gestacional porque entonces sí que sabrás lo que es estar a dieta. ¡Lisa, que pase la siguiente!

Julie al salir le dijo a su enfermera —Está algo gruñona, ¿no? ¿A que está a dieta?

—Debes hacerle caso. Es la mejor.

Sonrió sin poder evitarlo y en ese momento le sonó el móvil. Se le cortó el aliento al ver

que era Bob. Dudó en cogerlo, pero al final no pudo resistirse. —Jenny Parker.

—Nena, soy yo.

—Ah… es que había borrado tu número —dijo con ganas de picarle.

Escuchó como gruñía y resistió la risa. —Pues vuelve a grabarlo, preciosa. Y ponlo en la lista de los imborrables.

—¿Eso existe?

—Muy graciosa. Estoy aquí.

—¿Aquí donde? —preguntó haciéndose la tonta.

—En el rancho. En nuestra casa.

—Tu casa. Me alegro mucho de que te hayan dado el alta.

—Sé que te alegras. Era por si querías venir a revisarme de arriba abajo.

Sería descarado. —Creo que Clay ya te ha dado un repaso y es médico, sabe más que yo.

—Nadie me conoce tan bien como tú, nena… —dijo con voz ronca haciendo que la sangre fluyera por sus venas de manera alocada—. Seguro que encontrarías algo en lo que él no ha reparado.

—No, ya me ha comentado lo de la hemorroide.

—¡La madre que lo parió! —gritó haciendo que por poco estallara en una carcajada. Se tapó la boca para que no la oyera—. Este tío… ese matasanos…

—¿Qué pasa con él? —preguntó aparentando que se estaba mosqueando.

—Es un tío estupendo.

—¿Eso crees? Es majo, ¿verdad? —preguntó ilusionada—. Me ha llamado hoy mismo y…

—¿Te ha llamado? ¿Para qué?

Menudo mosqueo tenía. —Oh, para hablar. Lo hacemos mucho, ¿sabes? Tres o cuatro veces por semana.

—¿No me digas? —preguntó entre dientes.

—Somos amigos. ¿Te molesta?

—Nooo. ¿Cómo va a molestarme?

—Cómo me alegro de que ahora os llevéis tan bien.

—En nada seremos uña y carne.

Frunció el ceño. —¿Te estás cachondeando?

—¡Nena, quiero verte!

Sonrió de oreja a oreja. —Pues no podrá ser. Hoy tengo mucho trabajo. Veinte embarazadas, no te digo más. Saldré agotada. Y eso si alguna no da a luz que siempre puede ser.

—¿Y si quedamos para comer? Para comer te tomas un descanso, ¿no?

—Ya he quedado con Megan.

—Has quedado con Megan.

—Sí, algo de que tenía que comprar un vestido para la niña. —Vio que llegaba su siguiente paciente y le hizo un gesto para que pasara mientras sonreía dándole la bienvenida. —Tengo que dejarte. Tengo una paciente.

—Pero… —Colgó antes de que pudiera decir algo más y se levantó. —Mel te veo muy bien. Vamos a la pesa para hacer el control.

Salió de la consulta mirando su móvil porque Megan no la había llamado y al ver que alguien le cortaba el paso, levantó la vista sorprendida para ver esos ojos grises que la volvían loca. La alegría que sentía por verle tan bien casi hizo que se le tirara al cuello, pero decidió

esperar a ver por dónde le salía. —Vaya… —Le miró la cabeza cubierta por el sombrero vaquero. —¿Eso no te roza la herida?

—Tengo un apósito.

—Ah, vale… —Miró a su alrededor disimulando que se moría por tocarle y comerle a besos. —¿Has visto a Megan?

—Ha tenido que regresar al rancho. Algo de que había olvidado… No sé, no preste mucha atención.

Tendría cara. Éste había llamado a su amiga para que la dejara tirada. —Bueno, entonces vuelvo al trabajo.

Él la cogió por el brazo tirando de ella hacia el restaurante de enfrente. —Tienes que alimentarte. Y yo también. Joder, además me muero por una hamburguesa. La comida del hospital casi me mata.

—Sí que has adelgazado, sí.

—¿Ya no te gusto tanto?

—Bah, no estás mal. —Entró en la cafetería y él sonrió entrando tras ella. Varios conocidos les saludaron y Daisy la camarera se acercó de inmediato. —Un sándwich de pollo con patatas fritas y una cola enorme y bien fría.

—Marchando. ¿Koyak?

Bob sonrió divertido por el descaro de la muchacha. —Una hamburguesa con queso y patatas. Y una cerveza.

—Nada de cerveza. Agua que está tomando medicación.

Gruñó apoyando los codos sobre la mesa. —Nena, al parecer me controlas a distancia.

—Ojalá.

Se miraron a los ojos. —No sabes lo que te echo de menos.

Se sonrojó de gusto y él alargó la mano para coger la suya por encima de la mesa. Acarició su mano entre las suyas durante unos segundos antes de levantar la vista hasta sus ojos. —¿Lo has pensado?

—¿El qué?

—Lo de intentarlo de nuevo. Dijiste que te lo pensarías.

—Si no quisiera intentarlo no estaría aquí —susurró.

—¡Estupendo! —Contento sacó algo del bolsillo de la camisa y antes de que se diera cuenta se lo deslizaba por el dedo. Parpadeó asombrada al ver un enorme anillo de compromiso. Era un diamante en talla baguette, exactamente el anillo de sus sueños, y lo miró durante varios minutos sin salir de su estupor. Bob perdió la sonrisa poco a poco. —No te gusta.

—Claro que me gusta, pero… —Le miró a los ojos. —¿Qué es esto?

—Querías intentarlo. Pues estoy dispuesto a intentarlo del todo. Los Bentley no dejamos las cosas a medias.

—¿Me estás pidiendo matrimonio? Si acabamos de reconciliarnos.

—Mejor nos damos prisa que luego las cosas se lían y todo se sale de madre. —Se levantó y la cogió por la nuca atrapando su boca. Sus labios le habían echado tanto de menos que parecían que tenían vida propia y medio mareada ni se dio cuenta cuando se apartó sentándose ante ella satisfecho. —¿Cuándo crees que me crecerá el pelo? No quiero salir así en las fotos de la boda. ¿Un mes? Joder, pues aunque parezca un marine nos casaremos en un mes.

Asombrada le miró a los ojos y él gruñó revolviéndose en su asiento. —Cielo, no me mires así. No he perdido un tornillo. —Cogió sus manos de nuevo. —Es que me muero por estar contigo.

—¿Me pides matrimonio en una cafetería? —chilló sonrojándole.

—Iba a llevarte a cenar, pero dijiste…

—¡Sé lo que dije! ¡Pues te esperas!

—¡No! ¡No me espero más! ¡Te quiero y quiero que estemos juntos! Qué manía tienen las mujeres de liar las cosas. Yo soy más de ir al grano.

Jadeó llevándose la mano al pecho. —Así que yo lío las cosas.

—¿Quién ha huido siempre de mí, eh? ¿Quién me rechazó en la iglesia? ¿Quién fingió estar casada?

Jenny se puso como un tomate. —Bueno, esto es el colmo. ¡Me fuiste infiel!

—Creía que me habías dejado plantado. Cualquier hombre actuaría como yo.

—Con despecho.

—¡Sí!

Levantó la barbilla orgullosa. —Pues por eso me casé con otro.

Él entrecerró los ojos. —No, nena… No te casaste con otro.

—Es lo mismo. Para todos era mi marido. Incluido para ti.

—No me lo recuerdes…

Le rogó con la mirada. —Quería intentarlo y dejar todo eso atrás.

—Y yo, preciosa. Por eso te pido que te cases conmigo.

—¿Y no es empezar la casa por el tejado? Primero tendríamos que salir, hacer el amor, discutir por otras cosas y después ya llegaría lo demás. Creo que la otra vez nos precipitamos.

Bob la miraba como si se hubiera tragado un palo. —¡Jenny que te conozco de toda la vida y llevo intentando conseguirte siete años!

Soltó una risita. —¿De veras? Sí que estaba ciega. —Suspiró enamorada sin disimular que se lo comería entero. —Pídemelo cuando tengas pelo. —Él puso los ojos en blanco. —Cariño, no quiero este recuerdo de por vida. Estás raro. —En ese momento llegó la camarera con su pedido. —Gracias Daisy.

—Di que sí, boba… que es un partido estupendo —dijo la camarera por lo bajo antes de sonreír a Bob—. Si esta dice que no, yo estoy dispuesta a todo.

Jadeó indignada y Bob sonrió. —Lo tendré en cuenta.

Le guiñó un ojo con descaro antes de alejarse y Jenny le miró como si quisiera cargárselo, pero él hizo como si no se diera cuenta empezando a comer con ganas.

—¿Y lo de vivir conmigo? Preciosa no me digas que hasta la boda nada, porque entonces te secuestro y me da igual todo.

Sonrió olvidándose de la camarera. —Intentaré evitar que cometas un delito.

Se la comió con los ojos. —Esta noche, preciosa.

—Esta noche.

Dejó el coche ante la puerta del rancho y le extrañó que Bob no hubiera salido a recibirla. La había llamado hacía una hora por si necesitaba ayuda con la mudanza y le había dicho que la ayudaría una de sus compañeras porque se quedaría con el piso. Frunció el ceño viendo luz en el salón. Qué raro que no saliera a ayudarla. Bob para esas cosas siempre era un caballero. Entonces se asustó. ¿Y si le había pasado algo? Salió del coche a toda prisa. —¿Bob? —preguntó subiendo los escalones—. ¡Cariño ya estoy aquí!

Al no haber respuesta entró en la casa y fue hasta el salón deteniéndose en seco al ver la estancia llena de globos plateados con forma de corazón, una pancarta enorme donde le pedía matrimonio y a Bob arrodillado ante ella con una peluca rubia y la cajita del anillo vacía en la mano. No pudo evitarlo, se echó a reír a carcajadas y él se levantó para cogerla de la cintura pegándola a su cuerpo. —¿Así está mejor?

—Mucho mejor. —Le miró enamorada antes de coger la peluca y tirarla a un lado para acariciar su nuca. —Te amo.

Sus ojos brillaron y Jenny se sintió amada. Realmente amada y más cuando dijo —Y yo a ti, preciosa. —Besó su labio inferior antes de cogerla en brazos.

Jenny soltó una risita. —¿No estás convaleciente, Bentley?

—Qué va, estoy hecho un toro. —Empezó a subir las escaleras a toda prisa.

—¿Y me harás un hijo? Me muero por traer un Bentley al mundo.

A él se le cortó el aliento antes de mirarla como si fuera lo más importante de su vida. —Tendremos muchos hijos, preciosa. Todos los que tú quieras.

Se abrazó a él. —Entonces sí, me casaré contigo

Bob gritó de la alegría antes de besarla apasionadamente. Se abrazó a su cuello entregándose por completo y antes de darse cuenta estaba sentada sobre un escalón mientras Bob de cuclillas en el escalón de abajo intentaba levantarle la camiseta. Ella apartó sus labios un segundo para dejarle hacer antes de atrapar sus labios de nuevo con ansias. Bob bajó sus labios por su barbilla y ella inclinó su cuello hacia atrás para darle acceso a su delicada piel. Gimió al sentir la caricia de su lengua. —Deberíamos llegar a la cama. —Se apoyó en el escalón de abajo para subir al siguiente poniendo sus pechos desnudos ante su cara. Gritó de placer cuando sus dientes mordisquearon sus pezones y se arqueó queriendo más.

—Sube otro escalón, nena… —dijo él con voz ronca sin dejar de torturar sus pechos mientras le abría el cierre del pantalón. Se sintió más excitada que en toda su vida y se apoyó para subir al siguiente escalón. A medida que avanzaba sus pantalones bajaron por sus muslos al igual que sus braguitas. Bob besó su vientre descendiendo poco a poco. Muerta de la anticipación gimió elevando sus caderas y la mano de Bob acarició el interior de su muslo hasta llegar a sus húmedos pliegues. Sentir su roce contra su clítoris fue electrizante y gritó retorciéndose de placer. Él levantó la vista mirándola intensamente antes de acariciarlo de nuevo provocando que estallara en mil pedazos. Bob gruñó. —¿Me echabas de menos, preciosa? Parece que sí —dijo con la voz ronca quitándole del todo los pantalones para tirarlos a un lado

colocándose entre sus piernas. —¿Me necesitas, mi vida?

Ella abrió los ojos. —Siempre.

La pasión con la que entró en su ser la hizo gritar arqueando su cuello hacia atrás de placer y ese placer aumentó en cada embestida hasta que todo su cuerpo estuvo tenso como una cuerda. Gritó pidiendo más y Bob la cogió por la nuca. —Mírame a los ojos, nena. Quiero ver cómo te corres. —Ella levantó los párpados sintiendo como entraba en su interior de nuevo y fue cuando sus almas se fundieron en una sola elevándose al paraíso.

Con las respiraciones agitadas se abrazaron volviendo en sí y después de unos minutos ella dijo —Cariño, esto no ha estado mal, pero se me clava el escalón en la espalda.

Él rio incorporándose y sin salir de ella la cogió por los glúteos como si fuera una muñeca. —Uhmm, mi hombretón —dijo acariciando sus hombros sintiendo que se excitaba de nuevo.

—Sí que me has echado de menos, preciosa.

—No sabes cuánto.

Besó sus labios con ganas de más, pero él los apartó. —¿No me querrás solo por el sexo?

Se sonrojó con fuerza. —Bueno, eso influye, ¿no? —Al ver que fruncía el ceño añadió a toda prisa. —Pero yo te quiero entero.

—¿Incluso cuando me enfado? —preguntó inseguro.

—Incluso entonces.

Sonrió divertido. —Te lo recordaré, ¿sabes? —Se la comió con los ojos mientras la tumbaba en la cama. —Te amo, preciosa.

Acariciando su nuca acercó sus labios a los suyos. —De eso ya no me queda ninguna duda, Bentley.

Epílogo

Entraron en la iglesia y Megan les hizo un gesto para indicarles donde estaban.

—Estupendo, llegamos tarde —dijo por lo bajo sujeta del brazo de su marido.

—Nena, todavía no ha empezado.

Megan sonrió cuando llegaron hasta ellos. —Os guardamos el sitio. Una vieja por poco nos arrea con el bolso.

Las amigas se abrazaron chocándose sus voluminosos vientres y soltaron unas risitas mientras sus maridos se sentaban juntos. Jenny le guiñó un ojo a la abuela que sonrió en bienvenida y cuando se sentó al lado de Megan suspiró. —Qué calor. —Cogió un folletín que había al lado del libro de salmos y empezó a abanicarse. —Que ganas tengo de echarlo. —Los que tenían delante se volvieron y forzó una sonrisa. —El momento de dar a luz es un momento divino. Estoy deseando experimentarlo.

Ellos sonrieron antes de girarse de nuevo y Megan se aguantó la risa. —Tranquila que ya te queda menos. Yo me voy a comer todo el verano con la panza y cada vez hace más calor. Alguna se desmaya seguro. —Miró hacia atrás. —¿Qué regalan hoy en la iglesia? Hasta hay gente de pie.

Miró hacia atrás para ver que era cierto. Qué raro. Normalmente no había tanta gente. —Pues no será por los sermones del padre Logan que cada vez son más soporíferos —susurró.

Los de delante se volvieron de nuevo y ella sonrió. —No, amiga… yo no necesito

somníferos. Además te aconsejo que no los tomes en tu estado. —Se acercó a la mujer. —¿Usted los toma?

—No.

—Pues debería, tiene ojeras. Eso es que no descansa bien.

Los cuatro retuvieron la risa cuando la mujer se volvió de golpe. —Nena, te noto inquieta —dijo su marido a su lado.

—Es el calor.

En ese momento metieron un féretro en la iglesia y al ver que todo el mundo se volvía ellos hicieron lo mismo. A Jenny se le pusieron los pelos de punta viendo como pasaba ante ellos. —¿Cómo no me dijiste que había un funeral? —preguntó mosqueada.

—¿No lo sabía? Abuela, ¿quién es?

—El carnicero.

—Por eso hay tanta gente —dijo Megan asombrada—. ¿Cómo no nos hemos enterado de esto?

—Será porque siempre estás metida entre vacas —dijo Jenny molesta.

—Estoy embarazada. Marc no me deja dar palo al agua. Igual tendría que escuchar la radio para enterarme de las noticias locales.

El padre Logan salió en ese momento y se puso ante el ataúd. —Queridos hermanos, sé que no es habitual hacer un sepelio durante la misa del domingo, pero nuestro querido amigo era respetado por todos y se ha estropeado la cámara frigorífica. Como comprenderéis con el calor que hace…

Jenny gimió mirando el ataúd y gritó —¡No empiece!

Toda la iglesia se volvió hacia Jenny, que se levantó a toda prisa sujetándose el vientre. —No empiece, padre. —Su familia vio asombrada como pasaba entre la gente tapándose la cara

con una mano de tal manera que no veía el ataúd. —Perdón. Perdón. Déjeme pasar hombre, ¿no ve que estoy preñada?

—¿Jenny?

—Cariño, lo siento, pero no puedo ni quiero recordar el día del nacimiento del niño como el día en que estuve en un funeral. Me da grima. —Sin volverse gritó —Padre, ¿me comprende?

—Claro que sí, hija. A ti te lo comprendo todo.

Mira como después de salvarle la vida era su feligresa predilecta.

—Nena, ¿estás de parto? —preguntó Bob asombrado levantándose de golpe.

—Bah, quedan unas horitas.

Todos los Bentley chillaron levantándose de inmediato. El padre Logan sonrió al verles salir a toda prisa tras ella. —La vida se hace paso. —Gruñó mirando el ataúd. —Como iba diciendo…

—¿Cómo no me dijiste nada? —gritó Bob viendo como su mujer bajaba los escalones de la iglesia caminando como un pato.

—Sé algo de esto. Si te digo que tengo contracciones me pondrás de los nervios, porque tú te pondrás de los nervios. Por eso no dije nada.

—¡Yo no estoy de los nervios!

Su familia levantó una ceja y él carraspeó antes de seguir a su mujer. —Nena, ¿cuántas son unas horitas?

Seis horas después gritaba desquiciada, jurando contra todos aquellos que decían que el parto natural era un momento único porque sentías totalmente como tu hijo salía de tus entrañas. Pues a ese le costaba salir y por culpa de su padre. Le fulminó con la mirada y él forzando una

sonrisa le pasó una esponja húmeda por la frente. —Venga preciosa, que ya queda menos.

El doctor Priestley reprimió la risa. —¿A que seguro que la próxima vez vas a seguir mis consejos con la epidural?

—¿En serio crees que es el momento para decirme algo así?

Gritó llevándose la mano al vientre y empujó con fuerzas. Bob estiró el cuello para ver el principio de la cabeza y gritó —¡Es moreno!

—¿Esperabas otra cosa? —gritó mosqueada.

—No, preciosa. Claro que no. —Bob abrió los ojos como platos hacia el doctor que rio por lo bajo.

Jenny agotada gimió dejando caer la cabeza en la camilla. —¿Y qué tal una cesárea?

—¿Ahora? Venga, puedes con esto y con más —dijo James divertido—. ¿Preparada? Viene otra contracción.

Tomó aire y sintió como traspasaba su vientre de lado a lado. Gritó empujando de nuevo y cuando vio el móvil ante su cara miró a su marido como si fuera una psicópata salida de la matanza de Texas, porque con los pelos despeinados, roja como un tomate sudando a mares y gritando de esa manera no parecía otra cosa. Cuando la contracción pasó le agarró de la camisa acercándole a ella. —Vuelve a grabarme y te despellejo vivo —dijo casi sin respiración.

Bob carraspeó incorporándose. —Preciosa, la próxima vez una epidural de esas.

Se incorporó de nuevo y él la cogió por la espalda mientras gritaba de dolor. —Eso nena, ya sale la cabeza.

—Muy bien Jenny, descansa —dijo el doctor—. Está casi fuera. Un empujón más y le tenemos.

Emocionada descansó entre los brazos de Bob, pero la siguiente contracción llegó en ese momento y gritó de nuevo empujando con fuerza. El yanto de su bebé le cortó el aliento y Bob se

echó a reír besándola en la sien. —Bien hecho, mi amor.

—Vaya, es alto y pesará cuatro kilos y medio. Menudo campeón —dijo entregándoselo a ella y Jenny lo acurrucó sobre su pecho—. Felicidades, chicos.

—Gracias —dijeron a la vez mirando el bebé fascinados.

—Es perfecto, preciosa.

Jenny sonrió radiante. —Es igual que tú. Otro Robert Bentley en este mundo. Qué peligro.

Su marido se echó a reír. —A ti no te ha ido nada mal.

Le miró con todo el amor de su alma reflejado en sus ojos. —Nada mal. —Besó sus labios y susurró —Y el futuro nos deparará cosas maravillosas, estoy segura.

—Cualquier futuro será perfecto mientras estés a mi lado, mi amor. Cualquier futuro…

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

1- Vilox (Fantasía)
2- Brujas Valerie (Fantasía)
3- Brujas Tessa (Fantasía)
4- Elizabeth Bilford (Serie época)
5- Planes de Boda (Serie oficina)
6- Que gane el mejor (Serie Australia)

7- La consentida de la reina (Serie época)

8- Inseguro amor (Serie oficina)

9- Hasta mi último aliento

10- Demándame si puedes

11- Condenada por tu amor (Serie época)

12- El amor no se compra

13- Peligroso amor

14- Una bala al corazón

15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.

16- Te casarás conmigo

17- Huir del amor (Serie oficina)

18- Insufrible amor

19- A tu lado puedo ser feliz

20- No puede ser para mí. (Serie oficina)

21- No me amas como quiero (Serie época)

22- Amor por destino (Serie Texas)

23- Para siempre, mi amor.

24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)

25- Mi mariposa (Fantasía)

26- Esa no soy yo

27- Confía en el amor

28- Te odiaré toda la vida

29- Juramento de amor (Serie época)

30- Otra vida contigo

31- Dejaré de esconderme

32- La culpa es tuya

33- Mi torturador (Serie oficina)

34- Me faltabas tú

35- Negociemos (Serie oficina)

36- El heredero (Serie época)

37- Un amor que sorprende

38- La caza (Fantasía)

39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)

40- No busco marido

41- Diseña mi amor

42- Tú eres mi estrella

43- No te dejaría escapar

44- No puedo alejarme de ti (Serie época)

45- ¿Nunca? Jamás

46- Busca la felicidad

47- Cuéntame más (Serie Australia)

48- La joya del Yukón

49- Confía en mí (Serie época)

50- Mi matrioska

51- Nadie nos separará jamás

52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)

53- Mi acosadora

54- La portavoz

55- Mi refugio

56- Todo por la familia

57- Te avergüenzas de mí

58- Te necesito en mi vida (Serie época)

59- ¿Qué haría sin ti?

60- Sólo mía

61- Madre de mentira

62- Entrega certificada

63- Tú me haces feliz (Serie época)

64- Lo nuestro es único

65- La ayudante perfecta (Serie oficina)

66- Dueña de tu sangre (Fantasía)

67- Por una mentira

68- Vuelve

69- La Reina de mi corazón

70- No soy de nadie (Serie escocesa)

71- Estaré ahí

72- Dime que me perdonas

73- Me das la felicidad

74- Firma aquí

75- Vilox II (Fantasía)

76- Una moneda por tu corazón (Serie época)

77- Una noticia estupenda.

78- Lucharé por los dos.

79- Lady Johanna. (Serie Época)

80- Podrías hacerlo mejor.

81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)

82- Todo por ti.

83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)

84- Sin mentiras

85- No más secretos (Serie fantasía)

86- El hombre perfecto

87- Mi sombra (Serie medieval)

88- Vuelves loco mi corazón

89- Me lo has dado todo

90- Por encima de todo

91- Lady Corianne (Serie época)

92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)

93- Róbame el corazón

94- Lo sé, mi amor

95- Barreras del pasado

96- Cada día más

97- Miedo a perderte

98- No te merezco (Serie época)

99- Protégeme (Serie oficina)

100- No puedo fiarme de ti.

101- Las pruebas del amor

102- Vilox III (Fantasía)

103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)

104- Retráctate (Serie Texas)

105- Por orgullo

106- Lady Emily (Serie época)

107- A sus órdenes

108- Un buen negocio (Serie oficina)

109- Mi alfa (Serie Fantasía)

110- Lecciones del amor (Serie Texas)

111- Yo lo quiero todo

112- La elegida (Fantasía medieval)

113- Dudo si te quiero (Serie oficina)

114- Con solo una mirada (Serie época)

115- La aventura de mi vida

116- Tú eres mi sueño

117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)

118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)

119- Sólo con estar a mi lado

120- Tienes que entenderlo

121- No puedo pedir más (Serie oficina)

122- Desterrada (Serie vikingos)

123- Tu corazón te lo dirá

124- Brujas III (Mara) (Fantasía)

125- Tenías que ser tú (Serie Montana)

126- Dragón Dorado (Serie época)

127- No cambies por mí, amor

128- Ódiame mañana

129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)

130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)

131- No quiero amarte (Serie época)

132- El juego del amor.

133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)

134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)

135- Deja de huir, mi amor (Serie época)

136- Por nuestro bien.

137- Eres parte de mí (Serie oficina)

138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)

139- Renunciaré a ti.

140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)

141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.

142- Era el destino, jefe (Serie oficina)

143- Lady Elyse (Serie época)

144- Nada me importa más que tú.

145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)

146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)

147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)

148- ¿Cómo te atreves a volver?

149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)

150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)

151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)

152- Tú no eres para mí

153- Lo supe en cuanto le vi

154- Sígueme, amor (Serie escocesa)

155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)

156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)

157- Me has dado la vida

158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)

159- Amor por destino 2 (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3

4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte

También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.